

FRANCESC MIRALLES



amor
en
minúscula

Más de 150.000
ejemplares vendidos
en todo el mundo.



FICCIÓN



amor en minúscula

FRANCESC MIRALLES



1.ª edición: marzo, 2015

© Francesc Miralles, 2006
© Ediciones B, S. A., 2015
para el sello B de Bolsillo
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

DL B 4861-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-993-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Cita bibliográfica
I. Un mar de niebla
650.000 horas
Un platito de leche
Las cuitas del joven Werther
El asalto
Primeras victorias
El viejo redactor
Gabriela
II. La cara oculta de la Luna
Día de Reyes
El tragaperras cósmico
Lo contrario es lo conveniente
Cómo iluminarse en un fin de semana
Franz y Milena
Lunático
Mensaje en una botella
El encargo
La última de Marilyn
El jardín secreto
Índice tentativo
El canon natural de belleza
Buscar y encontrar
Lo difícil lo hacemos ahora, lo imposible llevará un tiempo
Un fracaso exitoso
Gondolero veneciano
Una linterna mágica
III. La tristeza de las cosas
Vuelve el gondolero
Golpe de efecto
Cuando vayamos a la Luna
La casa de los espejos
Chinaski y compañía
Romanzas
Mono no aware
Las velas de Siddhartha
Tratado de filosofía felina
Cascar el huevo
El álbum de la vida
El mundo del andén
Alicia en las ciudades
La cárcel del corazón
La lección de piano
Polvo lunar
Los bigotes del cielo
El consuelo de Buda
IV. Palabras por inventar
Nocturno
El escondite
La merienda del gato
Desaprender lo aprendido
Leitmotiv
Los que lo saben que se lo cuentan a los que no lo saben
Satisfacciones
Una flor al borde de un precipicio
Nada de esto es real
Cita en el cielo
Donde mira Dios
Un chispazo en la oscuridad
El precio de la Luna
Ausencias
Y ¿qué le pasó al cerdo?
Apúntalo en mi karma
10.000 maneras de decir «Te quiero»
¿Quién es Lobsang Rampa?
El macuto vacío
La elección de una novela
El fallo
Desde las alturas
V. Un día en la vida
La desaparición

La noche del fin del mundo
17 minutos
Ascensor
Conversaciones con el ingeniero
La muerte perdió el tren
Revelaciones
Serenitas
La jaula húmeda de la Luna
La rosa del poeta
Se cierra el círculo
Agradecimientos
Notas

Disfruta de las pequeñas cosas, porque tal vez un día vuelvas la vista atrás y te des cuenta de que eran las cosas grandes.

ROBERT BRAULT

I

Un mar de niebla

650.000 horas

Faltaba un suspiro para que acabara un año y empezara otro. Inventos humanos para vender calendarios. A fin de cuentas, nosotros hemos decidido arbitrariamente cuándo empiezan los años, los meses, incluso las horas. Ordenamos el mundo a nuestra medida y eso nos tranquiliza. Quizá, bajo el aparente caos, el universo tenga un orden después de todo. Pero sin duda no será el nuestro.

Mientras ponía sobre la solitaria mesa del comedor un benjamín de champán y doce uvas, pensaba en las horas. Había leído en un libro que las baterías de una vida humana se agotan al cabo de unas 650.000 horas.

Por el historial médico de los varones de mi familia, calculé que mi esperanza de horas era algo menor a la media: unas 600.000 a lo sumo. A mis treinta y siete años podía hallarme perfectamente a mitad de recorrido. La cuestión era, ¿cuántos miles de horas había malgastado ya?

Hasta ese 31 de diciembre, al filo de la medianoche, mi vida no había sido una aventura precisamente.

Sin más familia que una hermana a quien no veía casi nunca, mi existencia transcurría entre el departamento de Filología Germánica —donde soy profesor adjunto— y mi oscuro apartamento.

Fuera de mis clases de literatura, apenas tenía contacto social. En mi tiempo libre, además de preparar las asignaturas y corregir exámenes, me entregaba a las típicas ocupaciones de un solterón aburrido: leer y releer libros, música clásica, noticias... Una rutina donde lo más emocionante eran mis ocasionales viajes al supermercado.

En ocasiones, los festivos me concedía un premio y entraba en los cines Verdi a ver una película en versión original. Siempre en la penúltima sesión. Salía igual de solo que había entrado, pero lo que había visto me procuraba distracción hasta la hora de acostarme. Ya entre las sábanas, leía la hoja que publica este cine sobre la película. Ahí está la ficha técnica, los elogios de la crítica (las malas críticas nunca las ponen) y alguna entrevista con el director o los actores.

En ningún caso cambiaba la opinión que ya me había formado sobre la película. Luego apagaba la luz.

Justo entonces me invadía una sensación muy extraña. Pensaba que no tenía la seguridad de que al día siguiente me fuera a despertar. Y, lo que es peor, me angustiaba calculando cuántos días, semanas incluso, pasarían hasta que alguien se diera cuenta de que había muerto.

Tenía esa inquietud desde que leí en el periódico que un japonés había sido encontrado en su apartamento tres años después de su fallecimiento. Al parecer, nadie lo había echado en falta.

Pero volvamos a lo de las uvas. Mientras pensaba en las horas perdidas, conté doce uvas y las puse en un platito. Delante, la copa alargada y el benjamín. Nunca he sido un gran bebedor.

Abrí el botellín cuando aún faltaban seis minutos para las campanadas, no fueran a pillarme desprevenido. Luego encendí el televisor y sintonicé uno de los programas que conectaban con un reloj emblemático. Creo que era la Puerta del Sol de Madrid. Tras la pareja de presentadores, guapos y relucientes, se agitaba una multitud entusiasta que hacía volar tapones de espumoso. Algunos entonaban cantos o saltaban con los brazos en alto para que los captara la cámara.

Qué extrañas resultan las diversiones de la gente cuando se está solo.

Las campanadas llegaron al fin, y cumplí el rito de llenarme la boca de uvas al son del reloj. Mientras desatascaba el paladar con un trago de champán, no pude evitar sentirme ridículo por haber mordido el anzuelo de la tradición. ¿Quién me mandaba participar en esa pantomima?

Decidí que el asunto no merecía que le dedicase más tiempo, así que me sequé la boca con una servilleta y apagué el televisor.

Mientras me desvestía para meterme en la cama, de la calle me llegaba el fragor de petardos y risotadas.

«Son infantiles», me dije al apagar la luz un día más.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Y no por el jolgorio callejero —bastante notable al vivir entre dos plazas de Gracia—, ya que tengo la costumbre de dormir con antifaz y tapones en los oídos.

Por primera vez aquellas fiestas me sentí solo y desamparado, y deseé que la farsa navideña acabara cuanto antes. Me esperaban cinco días tranquilos, por decirlo de algún modo. Luego la comida de Reyes con mi hermana y su marido, que sufre depresiones desde que le conozco. No han tenido hijos.

«Eso será un mal trago —me dije—, menos mal que al día siguiente vuelve la normalidad.»

Reconfortado con este pensamiento, noté que los párpados se me cerraban. ¿Los volvería a abrir?

«Ya estoy en un nuevo año —fue mi último pensamiento—, pero nada nuevo va a venir.»

Y me dormí ignorando cuánto me equivocaba.

Un platito de leche

Me levanté temprano y tuve la impresión de que la ciudad entera, menos yo, estaba durmiendo. El silencio era tal que, mientras untaba tostadas en pijama, casi sentí que cometía un delito por estar ahí en vez de dormir la mona como el grueso de la humanidad.

No sospechaba que el nuevo año me tenía reservada una pequeña sorpresa, pero de efecto devastador. Como el aleteo de la mariposa que causa un cataclismo al otro lado del globo, se aproximaba un vendaval que iba a derribar las falsas paredes entre las que, hasta entonces, se había representado mi vida. No hay meteorólogos para predecir esa clase de temporal.

Puse la cafetera en el fuego y di el último mordisco a las tostadas. Luego me vestí y empecé a programar el día, como es mi costumbre. Me siento perdido si no organizo la jornada, aunque sea festiva.

Tenía pocas opciones. Una era corregir las redacciones de los alumnos rezagados. Las habían entregado justo antes de Navidad en lugar del 1 de diciembre, como les había pedido para tener tiempo a devolverlas. Descarté esa opción.

Quizá viera algo del concierto vienes de Año Nuevo, aunque los vales no son lo mío. En todo caso, aún faltaban un par de horas para el evento.

Tras lavarme la cara con abundante agua, le llegó el turno al peine. De entrada, se enredó con una nueva cana que debía de haber surgido con nocturnidad y alevosía, pues estaba seguro que el día anterior no estaba ahí.

«Ya sé que las canas son signo de sabiduría —me dije mientras la arrancaba de cuajo con unas pinzas—, pero no quiero que los demás sepan que soy tan sabio. Es sólo una cuestión de modestia.»

Las canas me deprimen más que la caída del pelo. A fin de cuentas, cuando cae un cabello siempre cabe la posibilidad de que vuelva a nacer, más fuerte incluso. Pero el que se vuelve gris ya no hay esperanza de que retorne al negro, a menos de forma natural. Al contrario, lo más probable es que acabe blanco.

Con estos lúgubres pensamientos me dirigí al salón. Al pasar junto al teléfono, le dirigí una mirada de tristeza. No había sonado el 31 por la noche, como tampoco había sonado la noche del 24 o la mañana del 25. Y nada hacía pensar que la tónica cambiaría el día 1.

Por otra parte, no era tan raro. Yo tampoco había llamado a nadie.

Me desplomé en el sillón, dispuesto a sumergirme en un libro americano que me tenía entretenido últimamente. Lo había adquirido en Amazon tras verlo citado en una novela. Su título: *They have a name for it*.¹ Se trata de un curioso diccionario de palabras que sólo existen en un determinado idioma.

Según su recopilador, Howard Rheingold, encontrar el nombre para algo es una manera de conjurar su existencia. Pensamos y nos comportamos de cierto modo porque tenemos palabras que lo apoyan. En ese sentido, las palabras moldean los pensamientos.

Algunos ejemplos de voces singulares:

Baraka: en árabe, energía espiritual que puede emplearse para fines mundanos.

Won: en coreano, resistencia a desprenderse de una ilusión.

Razbliuto: en ruso, sentimiento que se experimenta por alguien a quien se amó hace tiempo, pero que ya no se ama.

Mokita: en kiriwina, la verdad que todo el mundo sabe pero nadie dice.

Del castellano, el editor del diccionario había seleccionado términos como «ocurrencia», que nunca se me hubiera ocurrido que fuera intraducible.

Ví que había muchas entradas del alemán, ya que esta lengua permite a cualquiera —con ciertas reglas— componer nuevas palabras. Citaba vocablos como *Torschlüssspanik* (literalmente: pánico a que se cierre la puerta), definido como «la ansiedad frenética que experimentan las mujeres solteras en su carrera contra el reloj biológico».

Por lo que llevaba leído, me pareció que la lengua con resonancias más sutiles era el japonés, que contaba con palabras como:

Ah-un: la comunicación tácita entre dos amigos.

O mi favorita:

Mono no aware: la tristeza de las cosas.

Mientras repasaba esta entrada, me di cuenta de que un ruido constante me estorbaba la lectura desde hacía unos minutos. Era un crujido lento y continuado, como de un insecto que estuviese abriéndose paso a través de la madera.

Apagué la música para escuchar de dónde procedía aquel molesto sonido. Justo entonces se detuvo, como si su agente se hubiera sentido súbitamente detectado.

Sin dar más importancia a aquello, volví al sillón y a la lectura. Pero antes de que pudiera fijar la vista en la página, el ruido volvió con fuerzas redobladas.

«No puede ser un insecto —pensé—, o, al menos, no uno de tamaño normal.»

Agucé el oído y me pareció que el crujido venía de la puerta. Me encaminé hacia allí con cierta inquietud. ¿Qué clase de loco se dedica a rascar detrás de una puerta? Recordé que en idioma bantú existe el *palatyi*, «un monstruo mítico que araña la puerta».

Hombre o monstruo, si intentaba asustarme, la verdad es que lo estaba consiguiendo. En todo caso había oído mis pasos, pues al plantarme delante de la puerta se puso a rascar la madera con más ferocidad si cabe.

Espoleado por el miedo, abrí la puerta de golpe para asustar a mi oponente.

Pero no había nadie.

Mejor dicho, no había nadie humano a la altura de mis ojos. Porque, mientras miraba atónito el rellano desierto, noté que algo cálido y mullido se enroscaba entre mis piernas.

Di un salto instintivo hacia atrás y bajé la mirada para ver la criatura que había arañado mi puerta. Era un gato, que ahora me saludaba con un musical maullido. Se

trataba de un ejemplar joven —pero más crecido que un cachorro— de pelo atigrado, como millones de gatos que corren y trepan por el mundo.

Supongo que esperaba una actitud más beligerante por mi parte, ya que se frotó con más fuerza aún, describiendo entre mis piernas un ocho horizontal. La denominada «cinta de Moebius» que representa el infinito.

—Ya está bien —le dije, y lo empujé suavemente con la pierna hasta devolverlo al rellano.

Pero el gato volvió a entrar y me miró interrogativo desde el centro del recibidor.

Venciendo el repelús que siempre me habían producido los gatos, lo agarré por el pellejo y lo levanté. Pensaba que me atacaría o sacaría las uñas, pero se limitó a proferir un agudo maullido.

—Y ahora lárgate ya —le ordené mientras lo lanzaba con cierto impulso hacia el rellano.

Sólo tocar suelo, el gato inició una ágil carrera que le llevó de nuevo al recibidor antes de que cerrara la puerta.

Yo estaba a punto de perder los nervios.

Por un momento pensé en espantarlo a escobazos, como habría hecho mi padre en estos casos. Sería por llevarle la contraria —desde el otro lado de la tumba— o por algún sedimento de espíritu navideño, pero el caso es que fui a buscar un platito de leche para que el animal se alimentara y me dejara en paz.

Pensaba que el gato me seguiría hasta la cocina, pero prefirió quedarse en el recibidor, desde donde me miraba expectante.

Vertí un dedo de leche en un platito y volví por el pasillo, caminando lentamente para no salpicar el suelo. Pero cuando llegué al recibidor el gato ya no estaba.

Se había ido.

Como había dejado la puerta entreabierta, supuse que se había largado al pensar que no le hacía caso. Maldije al gato por haberme hecho llevar la leche en balde. Dejé el platito en el suelo y asomé la cabeza al rellano por si lo veía.

Ni rastro.

«Seguramente ha seguido su excursión por otros pisos», me dije.

Soy un hombre racional y pragmático, y me disgustan los actos gratuitos. Yo había llevado la leche y, por lo tanto, el gato debía tomarla. Vaya que sí. Empecé a llamarlo con este sonido sibilante que se emplea para atraer a los felinos. Pero no vino.

Cansado de representar un papel que no era el mío, dejé el platito fuera y cerré la puerta.

El concierto de Año Nuevo estaba a punto de empezar.

Las cuitas del joven Werther

El mediodía y la tarde pasaron sin mayor novedad. Curioseé un poco más en el diccionario de las palabras insólitas. Luego vi algo del concierto, pero me harté de tanta escenita de postal —parejas que juntan las manos junto a un ventanal nevado—, así que apagué el televisor.

La conciencia me dijo que debía trabajar un poco para no tener la sensación de haber perdido el día. Tocaba, por tanto, hacer de tripas corazón y corregir las redacciones de los rezagados.

Se trataba de un ejercicio bien fácil: un resumen de dos páginas de la novela más popular de Goethe, *Die Leiden des jungen Werthers*. Un título con una asombrosa variedad de traducciones en castellano: *Las penas del joven Werther*; *La pasión del joven Werther*; *Las amarguras...*, *Las desventuras...*, *Las tribulaciones...*, *Los sufrimientos...*, *Las cuitas del joven Werther*. Me quedo con esta última, tal vez porque es la versión que yo tenía antes de leerla en alemán, aunque nunca he sabido muy bien qué es esto de las cuitas.

El argumento de la novela, escrita en forma epistolar, es bien conocido: el joven Werther se ha trasladado al idílico pueblo de Wahlheim para dedicarse felizmente a la pintura y la lectura. Pero en un baile organizado por los mozos de la localidad conoce a Charlotte —Lotte para los amigos—, de la que queda profundamente enamorado. Aunque la muchacha está prometida a otro, Werther acude a menudo a visitarla con la esperanza de que su amor se vea correspondido. Su pasión irá en aumento, como suele suceder cuando no te hacen caso. Siguiendo los consejos de Wilhelm, su amigo y confidente, el joven se aleja del pueblo y entra a trabajar como secretario de un embajador. Pero la vida mundana le resulta odiosa, y regresa a Wahlheim donde, ante la imposibilidad de amar a Lotte —que ya se ha casado—, Werther se suicida pegándose un tiro.

Explicado así, puede parecer una historia ñoña y exagerada, pero Goethe le da un aire existencial a todo el asunto. Al final uno tiene la impresión de que el enamoramiento desaforado de Werther es una excusa, y que en realidad está aburrido de vivir.

Ésta es al menos mi interpretación, que no la de mis alumnos. Más de dos siglos después, a ellos y ellas les sigue encantando esta obra. Tal vez porque están en una edad en la que todavía se puede idealizar el amor.

A los estudiantes les gusta que les hable del furor que despertó esta novela en su época. En menos de dos años se tradujo a doce idiomas —entre ellos al chino—, algo insólito por aquel entonces. La obra creó un estilo de vida en todo el mundo: legiones de románticos se vestían con frac azul y chaleco amarillo, como el protagonista, lloraban abundantemente y escribían cartas desesperadas a sus enamoradas. Incluso Napoleón afirmaba haber leído siete veces el libro, que llevaba consigo a través de los campos de batalla.

Emulando a su héroe, cientos de jóvenes acabaron suicidándose, y en algunas ciudades como Leipzig la novela fue prohibida.

Werther es responsable, en buena medida, del concepto de amor romántico que aún pervive. Es una obra magnífica, aunque algunos arrebatos del protagonista me provocan risa. Sospecho que al mismo Goethe se le escapó más de una carcajada mientras escribía esas líneas.

El asalto

La noche helada había empañado los cristales de la cocina, donde me preparaba la cena en silencio. Nunca me han gustado las últimas horas del día, porque es como si en el declinar de la jornada yo leyera mi propio declive. Es entonces cuando la soledad muerde más hondo con sus colmillos invisibles.

Mientras cocía una tortilla de patatas en una sartén individual, me preguntaba por qué no había cuajado con ninguna de las chicas que había salido. De la última ya hacía muchos años. Era una rubia muy graciosa. Su único defecto era que ya tenía novio, aunque tardé meses en enterarme. Al final su propio hermano se apiadó de mí y me aconsejó, en un encuentro a solas, que lo dejara estar.

—No os quiere a ninguno de los dos —me advirtió—. Si amara a su novio no estaría contigo. Si te amara a ti, dejaría de inmediato a su novio.

Una ecuación muy sencilla que me volvió a situar en la senda de la soledad.

Werther tenía al menos un amigo fiel, Wilhelm, a quien confesarle sus penas. Yo ni siquiera eso.

Supongo que dejé de sociabilizar por miedo a cosechar más decepciones. Durante la adolescencia me harté de seguir el juego de otros, que luego te dejaban en la estacada tan pronto como los necesitabas. Por otro lado, tampoco es fácil encontrar a gente con la que tener una conversación mínimamente interesante.

Me ofende el mundo y sus tonterías.

Conecté la radio e hice girar el dial hasta encontrar algo de música. Transmitían desde Tokio una *jam session* de jazz. Justo cuando volteaba con éxito la tortilla, el público del concierto estalló en aplausos.

Figurándome que la ovación era para el cocinero, me incliné un par de veces a modo de saludo antes de volver al guiso.

A las once ya estaba en la cama con la luz apagada, aunque seguía escuchando la retransmisión musical. Al parecer, cuatro primeros espadas del jazz arropaban a un quinto, que celebraba cincuenta años de su primer concierto en aquel escenario.

Mientras escuchaba la competición de virtuosos con los ojos clavados en el techo, me volvió la imagen del japonés archimuerto.

«Tal vez se encontró indispuerto a mitad de la noche, pero no pudo pedir ayuda a nadie —pensé—. Será por eso que los casados viven más que los solteros, dicen. Por ejemplo, si a mí me diera un patatús ahora mismo... »

Fue pensar eso y notar una sacudida en el pecho que me dejó sin aliento. Mientras buscaba el teléfono con la mano, sentí que gotas de sudor frío acudían a mi frente. El auricular cayó al suelo. Temblando de pies a cabeza logré encender la lámpara de la mesita de noche. Entonces lo vi.

Dos ojos verdes y redondos me miraban fijamente.

El gato.

Se había ocultado en el apartamento y acababa de saltar sobre mi pecho, desde donde me observaba inquisitivo.

—¡Maldito seas! —grité mientras me incorporaba de un salto y el animal huía al salón—. ¡Me has dado un susto de muerte!

La situación exigía un retorno a medios primitivos, así que tomé la escoba de la cocina e irrumpí en el salón como una fiera, decidido a expulsar a aquel intruso a escobazos.

Ni rastro.

Apoyé la escoba en la pared y registré sin éxito todos los rincones del salón. Proseguí en el dormitorio: no estaba entre las mantas, ni bajo la cama, ni en un armario que había quedado medio abierto.

La segunda redada por el salón resultó tan infructuosa como la primera, y rastree el resto del piso con idéntico resultado. Estaba claro que aquel gato era un mago del escondite y no me lo iba a poner fácil.

De repente me invadió una fatiga infinita. Un par de agujonazos en la espalda me ordenaron que dejara de agacharme y volviera a la cama.

—He perdido la batalla pero no la guerra —dije bien alto mientras regresaba al dormitorio—. Mañana pienso poner la casa patas arriba hasta encontrarte. Te vas a enterar.

Me metí en la cama y caí dormido casi al instante. Ni siquiera llegué a apagar la radio. La sesión había terminado.

Primeras victorias

Me desperté con una vibrante opresión en el pecho. No necesité abrir los ojos para saber que no se trataba de un aviso de infarto.

Aturdido, vi que el gato dormía plácidamente enroscado sobre mi pecho.

—Eres obstinado, ¿eh? —le dije, mientras pensaba si debía retorcerle el pescuezo ahí mismo.

Casi por curiosidad, le pasé la mano por el pelo corto y suave. El gato multiplicó el ronroneo mientras abrió los ojos soñolientos. Luego hizo estiramientos: levantaba el lomo a la vez que avanzaba las patitas de delante. Finalmente se quedó sentado sobre mi estómago. Hacía ronrón y me pareció que sonreía.

¿Puede sonreír un gato?

Tras el desayuno decidí que el intruso podía quedarse hasta que abrieran la protectora de animales. Había encontrado el teléfono en la guía, pero una voz enlatada dijo que no atendían hasta el día 7.

Inmediatamente después, recordé que en una publicación de anuncios gratuitos había una sección dedicada a las mascotas.

«Puede ser una opción si en la protectora me ponen pegatas», pensé, y acto seguido me puse a revolver en el trastero hasta dar con un viejo ejemplar de la revista. La había consultado alguna vez para comprar muebles de segunda mano.

Llamé y me atendió enseguida un operador de voz amañada. Dije la sección para la que iba el anuncio y le dicté:

Se regala gato joven seminuevo. Excelente estado. Telefonar tardes.

Había pensado que unas gotitas de humor ayudarían a colocar al animal. Por lo visto, el operador no era de la misma opinión.

—¿Nada más? —preguntó tras haber anotado mi número de teléfono.

—Creo que no.

—No le puedo admitir el anuncio tal como está. ¿Y las vacunas?

—¿Cómo? —pregunté sin saber a qué se refería.

—En esta sección sólo se admiten animales con las vacunas en regla. La revista evita así cualquier corresponsabilidad en caso de contagio. Por lo tanto, hay que especificarlo.

Iba a confesarle que desconocía si el gato estaba o no vacunado, pero me contuve porque no quería retrasar la publicación del anuncio.

—Tiene vacunas —mentí—. Póngalo al final de la nota.

—De acuerdo.

Al parecer había tenido suerte, según el operador, porque aquél era día de cierre y mi anuncio saldría ya en la revista del 8 de enero. Decidí, por tanto, posponer el viaje a la protectora de animales hasta el 15. Había que dar tiempo por si alguna alma caritativa se llevaba a la criatura. Sin embargo, quedaba por resolver el tema de las vacunas. Seguro que quien viniera me exigiría el certificado.

Mientras le daba vueltas a todas estas cuestiones, el gato me observaba cómodamente instalado en el sofá. Sin mudar su elegante posición, seguía con la mirada mis paseos por el salón y daba algún que otro coletazo impaciente.

Suelo despachar las gestiones engorrosas cuanto antes, así que volví a la guía telefónica para buscar un veterinario. Entre las muchas clínicas recuadradas, encontré una que estaba relativamente cerca, así que llamé para pedir hora.

Me atendió una voz femenina algo seca.

—¿Para quién es la consulta?

—Para un gato. Necesita el certificado de vacunación.

—¿Cómo se llama?

—Samuel de Juan.

—¿Y el gato?

Esta pregunta me tomó desprevenido. «¿Es necesario que los animales tengan nombre?», me pregunté. Justo ante mis narices tenía una estantería de novelas, y me fijé en *El marinero que perdió la gracia del mar*. No quería dar más explicaciones, así que dije el apellido de su autor:

—Mishima.

El gato respondió con un sonoro maullido, como si aceptara llamarse como el escritor japonés que se suicidó haciéndose el haraquiri.

—¿Cómo dice?

Mientras deletreaba el nombre me di cuenta de que tendría un problema logístico. ¿De qué manera llevaría el gato a la consulta? Había demostrado ser muy escurridizo, y no quería verme en la tesitura de tener que perseguirlo por la calle. Le expliqué a la voz femenina mi inquietud.

—Necesitará un transportín —dijo.

—¿Un transportín? ¿Qué diablos es eso?

Mishima —Mishi para los amigos— parecía estar disfrutando con la situación. El índice de coletazos por minuto se había incrementado de manera notable.

La voz me explicó que era una caja homologada para el transporte de animales. Me sugirió que fuera primero al centro veterinario a comprar una y que luego llevara al gato.

—Demasiados viajes —repuse irritado—. No puedo perder todo el día por un gato. ¿No hay otra solución?

—Puede pedir visita domiciliaria, pero es mucho más caro.

—Da igual. Acabemos con esto cuanto antes.

—Tendré que ir yo misma —dijo con tono de fastidio—. Estoy de guardia. ¿Le parece bien este mediodía?

Respondí que sí y aproveché para encargarme toda la parafernalia del animal: comederos, pienso, arena para gatos..., también un transportín.

A las dos y media sonó el timbre y supe que era ella, porque nunca me visita nadie. Al abrir la puerta me llevé una grata sorpresa: la veterinaria era una atractiva mujer de unos treinta años. Con pelo corto y gafas tenía unas facciones agradables y la frente despejada. La expresión seria, pero no tensa, revelaba que no perdía el tiempo con tonterías.

«Justo el tipo de persona que me gustaría tener por amiga», pensé.

Me imaginaba perfectamente merendando con ella un tazón de chocolate con bizcochos en una de las granjas de la calle Petritxol.

Su voz arisca me despertó de mi ensañación.

—Empecemos ya —dijo impaciente—. Tengo mucho trabajo hoy.

—Por supuesto.

Tomé las dos grandes bolsas que llevaba con ella y le pedí que me siguiera hasta el salón, donde Mishima había pasado toda la mañana. Pero, cuando llegamos, el sofá estaba vacío.

—¿Dónde tiene el gato? —preguntó ella mientras abría sobre la mesa un pequeño maletín.

Corrí hacia el dormitorio, por si había vuelto a la cama. No estaba allí. Luego fui a la cocina, donde tenía su platito de leche. Tampoco. Cuando regresé al salón, vi que la veterinaria ya estaba cerrando el maletín y se disponía a marcharse.

—Tenga un poco de paciencia —le rogué—. Ya aparecerá.

—No cuente con ello. Todos los gatos se esconden el día de vacunación. ¿No lo sabía? Debería haberlo encerrado en un lugar donde estuviera bajo control.

—La verdad es que no sé nada de gatos. ¿Quiere tomar un café? Me gustaría consultarle algunas dudas.

—Lo siento, pero tengo visita a las tres —dijo cortante—. Además, he venido a atender al gato, no a usted.

Esta respuesta me hirió. Le arrebaté la factura de las manos para zanjar el asunto cuanto antes. Pagué religiosamente el total —visita incluida— con una generosa propina, porque no tenía cambio. Luego me dispuse a acompañarla a la puerta.

—Cuando lo encuentre —dijo—, lo encierra en el transportín y lo lleva a la consulta. No es necesario que pida hora.

Asentí con la cabeza. Antes de enfilarse el pasillo, la veterinaria señaló una masa pegajosa —una especie de papilla— en el borde de la alfombra. Yo no había reparado en ella.

—Y no le dé más leche —concluyó—. Les sienta mal y vomitan.

Este último consejo me reconcilié con ella, y antes de cerrar la puerta le di las gracias.

Apenas dos minutos después, Mishima reapareció en el salón y me saludó con un musical maullido. Como si tal cosa. Nunca averigüé dónde se había ocultado.

—Buena la has hecho —le reñí—. Eres incorregible, ¿sabes?

El viejo redactor

Tercer día del año. Me desperté con un notable dolor de huesos y sensación de fiebre. Al parecer, la gripe estaba derribando mis últimas defensas.

Mishima saltó de la cama conmigo y desayunamos, cada uno de su plato, como dos solterones que comparten piso. Una situación excepcional que no debía prolongarse más allá del 15 de enero.

Al levantarme de la mesa de la cocina me sentí súbitamente mareado. Abrí el cajón donde guardo las medicinas, pero sólo encontré una caja de analgésicos vacía.

«Tendré que bajar a la farmacia antes de que la cosa empeore», me dije.

Un hombre solo debe prever el doble que uno acompañado, porque únicamente cuenta con sus propios recursos para salir adelante.

Sin siquiera quitarme el pijama, me vestí con lo primero que encontré a mano y me dispuse a salir, decidido a estar de vuelta en un santiamén.

Y entonces sucedió nuevamente algo inesperado. Estaba ya en el rellano, a punto de cerrar la puerta, cuando Mishima salió disparado por el hueco y corrió escaleras arriba.

—¡Maldito seas una y mil veces! —grité, y mi voz retumbó por toda la escalera.

Estaba claro que aquel gato no había entrado en mi vida para hacérmela más fácil precisamente. Con la frente ardiendo, fui a buscar el transportín y subí con él por las escaleras, resuelto a cazar al animal y dejarlo ahí dentro hasta el día 15 si era necesario.

Afortunadamente sólo hay un piso más en el bloque, así que tenía la esperanza de acorralarlo para que volviera al redil. Pero empezaba a comprender que un gato nunca hace lo que esperas que haga.

Lo encontré, muy quieto, sobre la alfombra del apartamento que queda encima del mío. Rascaba la puerta pacientemente con la patita, tal como había hecho conmigo tres días antes.

De repente me vi salvado. El gato pertenecía, sin duda, al viejo del sobreático. Era un hombre de aspecto huraño. Calvo como una bola de billar, resultaba difícil adivinar su edad, aunque las abundantes arrugas que le surcaban la frente y el cuello invitaban a pensar que había superado los setenta. Ya estaba ahí cuando me mudé al piso, hacía seis años, aunque desde entonces me había cruzado con él por la escalera en contadas ocasiones.

Llamé al timbre y como respuesta la puerta se abrió con un potente zumbido. La empujé y el gato se escurrió inmediatamente hacia adentro. Por lo tanto, mi hipótesis era correcta.

Entré en el apartamento sin saber muy bien por qué lo hacía. A fin de cuentas, una vez restituido el gato a su dueño todo quedaba resuelto.

En el aire flotaba un olor dulzón, como de almizcle en un quemador de esencias.

—¿Hola? —dije mientras cerraba la puerta tras de mí. No tenía fuerzas para volver a perseguir al gato escaleras abajo si volvía a escaparse.

Nadie contestó.

Intrigado, avancé por un pasillo idéntico al mío. Antes de llegar al salón, sin embargo, me detuve junto a un cuadro que me llamó poderosamente la atención. Se trataba de una reproducción de *El caminante sobre el mar de niebla*, de Caspar David Friedrich, el más importante pintor romántico alemán.

En mis años de estudiante me había interesado mucho por su obra, llena de paisajes melancólicos, casi místicos, en los que reina un sentimiento de soledad y separación. En una de sus pinturas más tristes, *Mar polar*, se adivina la sombra de un barco que ha naufragado bajo una pirámide de placas de hielo. De acuerdo con un especialista en Friedrich, «esta obra es un monumento al triunfo de la naturaleza sobre la aspiración humana, el pesimismo romántico en su esencia».

El caminante —con el que me reencontraba muchos años después— muestra, de espaldas, a un despeinado caballero en lo alto de un risco. Mientras se apoya con un bastón, contempla el turbulento océano de nubes que se abre ante sus pies. Podría ser perfectamente Werther antes de decidirse a acabar con todo.

Había visto este cuadro muchas veces. Creo que incluso llegué a estar ante el original en una galería de Hamburgo. Sin embargo, de repente *El caminante* había adquirido un significado nuevo para mí. Entendí que era una alegoría de mi vida. Yo era como ese tipo: encaramado a una montaña sin comprender nada de lo que sucede ahí abajo en el mundo.

—¿Entra o no entra? —dijo una voz impaciente desde el salón.

—¿Es a mí? —pregunté, mientras descendía súbitamente de aquel océano de nubes.

—¿A quién si no?

Acto seguido estalló en una carcajada.

Ofendido, pasé al salón dispuesto a aclarar el asunto del gato y largarme.

El viejo estaba sentado en un moderno escritorio que ocupaba el centro de la sala. Escruté la mesa buscando el dispositivo con el que había abierto la puerta, pero sólo había un ordenador portátil. En aquel momento estaba siendo aporreado por su dueño, como si yo fuera invisible. A su lado tenía un libro de divulgación científica del que yo me había deshecho, *Una breve historia de casi todo*. Ahí leí lo de las 650.000 horas.

Antes de que el viejo interrumpiera su trabajo y levantara la mirada, aún tuve tiempo de fijarme en una curiosidad. Junto a él, en una mesa más pequeña, había un circuito de trenes en miniatura como los que tenían los niños de mi época. Bajo la mesa, una mullida alfombra sobre la que el gato se había instalado a sus anchas.

El viejo se dirigió a mí con tono repentinamente suave.

—Usted dirá.

—He llegado hasta aquí persiguiendo el gato. Entiendo que es suyo.

—Pues lo ha entendido mal.

Mishima se limpiaba la cara, humedeciendo primero la pata con la lengua. Era obvio que no estaba bajo esa mesa por primera vez.

—¿A quién pertenece entonces? —pregunté.

—El gato se pertenece a sí mismo, igual que usted o yo.

Estaba claro que el viejo era amigo de los debates, algo que nunca he soportado. Lo más sensato hubiera sido irme de allí inmediatamente y dejarle con el gato, de quienquiera que fuese.

Pero alguna razón inexplicable me retenía en el salón, como si tuviera los talones clavados en el parquet. Mientras el viejo aporreaba de nuevo el ordenador, volví a mirar el absurdo circuito de trenes, y luego otra vez el libro, en cuya portada flotaba el globo terráqueo.

—Tuve ese libro, pero lo acabé regalando —dije, y casi me sorprendí a mí mismo de estar contando eso a un extraño.

—¿Por qué? —preguntó sin apartar la mirada del monitor—. Es una obra magnífica.

—La ciencia me deprime. Es desesperante que seamos un amasijo de átomos a la espera de su disolución. Saber que se recombinarán para formar un montón de estiércol o, con suerte, un campo de champiñones no me sirve de consuelo.

—Veo que no ha entendido absolutamente nada —dijo socarrón mientras apagaba el ordenador y lo plegaba con cuidado—. La ciencia es el camino más corto hacia Dios. De hecho, cuando uno indaga en la biografía de los grandes científicos se da cuenta de que eran unos místicos.

—Puede ser, pero eso no tiene nada que ver con lo que estoy diciendo. A mí lo que me sabe mal es que, 650.000 horas después de haber nacido, mis átomos y moléculas se vayan por ahí a formar cosas sin mi permiso.

—Los átomos y moléculas no son nada.

—Pues yo pensaba que lo eran todo —contraataqué—. Además del espacio vacío, claro. Lei lo suficiente para saber que el vacío es omnipresente tanto en el universo como a nivel molecular.

—Olvídese del vacío. De momento, lo más vacío que veo es su cabeza.

Y se me quedó mirando fijamente, como si quisiera medir mi reacción. Pero no dije nada. Aquel hombre comenzaba a fascinarme. Luego prosiguió:

—Los átomos son como las letras. Las mismas que componen los cantos de Kabir o la Biblia sirven para redactar las revistas del corazón, o el prospecto de un crecepele. ¿Entiende por dónde voy?

—No.

—Le pondré otro simil, ya que parece duro de mollera. Los mismos bloques de piedra sirven para erigir la Sagrada Familia o los muros de Auschwitz. No importan los ladrillos, sino el uso que les damos. ¿Me sigue ahora?

—Creo que sí.

—Por lo tanto, cuando hablamos de ladrillos, letras o átomos, lo que cuenta es quién los ordena y qué uso les damos. Dicho de otro modo, no importa lo que somos, sino lo que hacemos con lo que somos. Da igual vivir 650.000 horas que seis horas y media. Las horas no sirven para nada si no sabes qué hacer con ellas.

Acto seguido se interrumpió y yo no supe qué más decir. Estaba impresionado; no me esperaba ese tipo de argumentaciones del huraño del sobreático. El silencio empezaba a hacerse incómodo, así que dije:

—¿Se dedica usted a la ciencia?

—Frío, frío.

—¿A la filosofía?

—Helado. Soy un simple redactor al que le gusta curiosear en las afueras del conocimiento.

—Redactor... Eso quiere decir que escribe artículos, ¿no?

—Si escribiera artículos le hubiera dicho que soy periodista. Y he dicho redactor. Me dedico a juntar textos de aquí y allá para montar libros que me piden los editores.

—Explicado así, parece muy sencillo —comenté tomando asiento en el sofá sin pedirle permiso.

—Lo es si conoces las fuentes, es decir, cuando sabes dónde buscar. Si me piden una antología de poemas amorosos, sé cuáles agradarán más al público y dónde encontrarlos. Si me piden un manual de remedios naturales, también sé qué obras consultar. Supongo que soy una especie de ensamblador.

Me quedé unos instantes entre pensativo y sorprendido. No sabía que existiera un oficio como aquél. Hasta entonces había imaginado que todos los libros salían de autores expertos en la materia. Pregunté:

—¿Y puedo saber qué está ensamblando ahora mismo?

El viejo me dedicó una sonrisa maliciosa antes de responder:

—Un encargo difícil, porque además de rastrear libros tengo que recoger testimonios. Tal vez le apetezca hacer alguna aportación.

—¿De qué se trata?

—El libro se llama *Tómate un respiro*. Incluye relatos inspiradores de personas que han vivido un momento mágico, una especie de *satori*. Ya sabe, cuando el tiempo parece detenerse.

—Creo que no podré ayudarle —dije—. No recuerdo haber tenido ningún momento así. Mi vida no es muy emocionante, ¿sabe? A no ser que alcance el *satori* cuando doy la vuelta a la tortilla.

—Lástima —dijo—. Tal vez pueda entonces ayudarme de otro modo. Ya que ha entrado en mi casa, con gato y todo, y parece que le cuesta irse, me hará un favor.

Esa petición sin concretar me pilló con la guardia baja. El viejo tenía razón. ¿Qué demonios hacía yo de cháchara con un extraño de quien ni siquiera sabía el nombre? Las buenas maneras, sin embargo, sólo admitían una respuesta:

—Por supuesto.

El viejo golpeó la mesa suavemente con las palmas, para mostrar su entusiasmo, y luego giró con la silla hacia el circuito de trenes. Mientras se dedicaba a desenroscar algo, dijo:

—Por cierto, me llamo Titus. Es un nombre algo chocante, por eso firmo siempre las obras con seudónimo.

Me presenté mientras observaba, confuso, cómo el viejo arrancaba con cuidado un tramo de vía —una de las curvas— y me la entregaba sonriente.

—Por algún extraño motivo se ha deformado y hace descarrilar los trenes.

—¿Y qué quiere que haga? —pregunté confuso mientras sostenía el tramo de vía.

—Hace días que me fallan las piernas. Tal vez el frío me haya despertado el reuma, quién sabe. En todo caso la tienda de modelismo está en el centro. No es muy lejos para alguien joven como usted.

Me maldije a mí mismo por haber dado un sí a ciegas. Con la fiebre subiendo por momentos, tendría que atravesar media ciudad por un pedazo de vía de juguete.

—¿No es un poco mayorcito para jugar a los trenes? —arremetí.

Pensaba que este comentario le heriría, pero el hombre parecía ahora destilar felicidad. Se levantó con dificultad para palmearme la espalda.

—Me relaja ver correr trenes mientras estoy pensando. Un punto donde fijar la atención siempre es bueno para meditar.

Guardé el trozo de vía en mi bolsillo y, antes de poner fin al insólito encuentro, pregunté:

—Por cierto, es sólo curiosidad: ¿cómo se llama el gato en realidad?

Durante toda la entrevista no se había movido de bajo la mesita, donde ahora dormía enroscado.

—¡Y yo qué sé! Pregúnteselo a él. Ya le he dicho que no es mío. Pero se lo cuidaré mientras va a la tienda.

Gabriela

Salí a la calle totalmente destemplado. Tras hacer escala en una farmacia, busqué infructuosamente un taxi. Todos estaban ocupados, probablemente por personas que bajaban al centro a efectuar las últimas compras de Reyes.

«Las tarjetas de crédito están sacando humo —me dije—, y yo voy a enfermar de verdad por culpa de un trozo de vía.»

Caminé temblando —y lleno de ira contra el viejo— hasta la calle Balmes, una de las arterias que bajan al centro. Tomando el 16 o el 17 llegaría a la desembocadura con la calle Pelayo, justo donde estaba la tienda.

Sin embargo, durante veinte minutos, a la parada de autobús sólo acudieron ráfagas de viento asesino. Luego me di cuenta de que en el poste había un cartel donde decía que los autobuseros estaban en huelga.

Maldiciendo mi suerte, empecé a caminar Balmes abajo a grandes zancadas. Si no aflojaba el paso, conseguiría llegar ahí en unos veinte minutos. Hubo momentos en los que creí desmayarme de pura debilidad, pero conseguí resistir los embates de la fiebre.

Llegué alrededor de la una del mediodía. Un apático dependiente con bata azul examinó el tramo de vía y dijo:

—No sé si me quedan. Es un modelo que hace tiempo que no se fabrica.

Acto seguido desapareció por una recámara, que yo imaginé llena de cajas con vías en miniatura de todas las formas y anchuras.

Mientras esperaba, miré el escaparate. Lo bordeaba una locomotora en marcha que encendía el faro delantero cuando llegaba a su destino, para luego rehacer absurdamente el trayecto hacia atrás, como en una moviola.

—Ha tenido suerte —dijo el dependiente, que me mostraba un tramo igual al que le había entregado—. Es la última pieza que nos queda de esta serie. Si me hubiera pedido una recta, se habría ido con las manos vacías.

No hice ningún comentario y pagué en caja. Me pareció un importe ridículo para un viaje tan penoso. El dependiente me entregó la mercancía, cuidadosamente envuelta en un papel marrón, y salí de la tienda.

Aproveché que el semáforo aún estaba verde para atravesar la calle, mientras pensaba en la manera más rápida de volver a casa. Cuando me hallaba justo a medio camino entre ambas aceras, el verde cambió a ámbar. Y fue entonces cuando la vi.

Era una mujer más o menos de mi edad, alta y esbelta, con una frondosa y ondulada cabellera negra. Los ojos ligeramente rasgados y la constelación de pecas en los pómulos me acabaron de confirmar que era ella. La vi sólo un instante, la décima de segundo que nos detuvimos frente a frente. Y por su mirada perpleja supe que ella también me había reconocido.

De repente pareció que el tiempo se detenía —en un *satori* como los del libro— y el pasado se volvió a proyectar con una nitidez asombrosa.

Retrocedí treinta años, a un sábado por la tarde que creía olvidado. Como cada fin de semana, había acudido con mi hermana a un palacete de las Ramblas. Tenía una gran escalinata de mármol y muchos lugares donde ocultarse. Íbamos allí porque una amiga de su clase vivía justo al lado. Siempre acudían niños del barrio a los juegos que se organizaban de manera espontánea. Aquel día se trataba del clásico escondite.

Recuerdo que me oculté bajo una escalera, pero alguien ya había tenido la misma idea. Era una niña de unos seis años, como yo, de cabellera negra y rizada y unos ojos que fulminaban.

—¿Te han dado alguna vez un beso de mariposa? —me preguntó entre susurros.

—No —respondí asustado—. ¿Qué es?

Acto seguido, abrió y cerró las pestañas varias veces sobre mi mejilla.

Nunca llegué a olvidar del todo a esa niña, a la que no volví a ver. Hasta ahora, pues era ella —sin duda— quien había atravesado la calle y se había detenido un instante al cruzarnos.

Por extraño que fuera, me pareció que no había cambiado en lo esencial.

Y en aquella misma décima de segundo supe que siempre había querido a Gabriela, aún recordaba su nombre. Entendí, de repente, que era el amor de mi vida, y que nunca podría querer a nadie como a aquella niña que me dio un beso de mariposa bajo las escaleras. Ni siquiera había un por qué. Simplemente lo supe.

El *satori* se rompió y nos apresuramos, con el semáforo ya en rojo, cada uno hacia su acera. Al llegar a la otra orilla me giré y vi que ella se giraba también, con una tenue sonrisa, antes de proseguir su camino.

Me hubiera gustado detenerla, interesarme por su vida, compartir un café incluso, pero el tráfico volvía a ocupar el asfalto borrando cualquier camino de regreso al pasado.

Creo que llegué a levantar el brazo, pues un taxi frenó junto a mí pensando que lo llamaba. Entré por inercia y murmuré mi dirección sin ser consciente de ello. Derrumbado en el asiento trasero, el corazón me latía de una forma extraña y notaba en el estómago una opresión que no había sentido desde la adolescencia.

Mientras sorteábamos el tráfico tuve un momento de lucidez. Un rayo clarificador que me había alcanzado segundos después de la reaparición —y pérdida— de Gabriela.

Tal vez para otro fuera un razonamiento sin valor, por lo evidente. Pero yo lo asumí como una revelación. De alguna manera comprendí que Gabriela, el amor de mi infancia, había vuelto porque yo había llenado un platito de leche. Aparentemente ambas cosas no guardaban relación, pero a un nivel más profundo sí.

Mientras ponía la leche en la cocina, el gato pudo ocultarse en mi casa. Él me llevó hasta el viejo, y el viejo hasta la tienda de trenes y Gabriela.

El trozo de vía en mi bolsillo cobraba ahora un sentido trascendente. Esa curva de aluminio me había desviado de mi camino para echarme en brazos de un fantasma del pasado.

De repente entendí que nuestro futuro depende de actos tan mínimos como alimentar a un gato o comprar una vía de juguete.

Pero ¿cuál era el sentido de todo aquello? ¿Significaba que debía buscar a Gabriela? ¿Debía retomar mi vida donde la había dejado treinta años antes? ¿Adónde llevaban los eslabones de esta cadena?

«Amor en minúscula —me dije—, ése es el secreto.» Me pareció que estas palabras no venían de mí, sino del rayo de sol que atravesaba el cristal del taxi, iluminando una galaxia de partículas de polvo.

Una cosa estaba clara: sin ese plato de leche, no habría encontrado a Gabriela. Todo había empezado ahí.

II

La cara oculta de la Luna

Día de Reyes

La gripe me había postrado en la cama tres días enteros, que ahora parecían un largo y pesado sueño. En todo ese tiempo, Mishima apenas se había movido de mi lado. Como si supiera que lo peor había pasado, se acercó ronroneando y me dio un golpecito en la mejilla con la cabeza.

Me estaba diciendo algo como: «Espabila y sal ya de la cama. Tienes que hacer cosas: ponerme comida y agua, limpiar mi lavabo y todo eso.»

Miré de reojo el despertador, sobre todo para saber la fecha, pues había perdido la noción de las horas y los días. Seis de enero, 10:44.

«Así que ya estamos en Reyes», me dije mientras tanteaba el frío suelo con el pie. Aunque me sentía débil, la ausencia de fiebre y un hambre incipiente me decían que pronto me reincorporaría a la normalidad. Desafortunadamente, eso implicaba también comer en casa de mi hermana, aunque siempre podía no ir con la excusa de la gripe.

Una rápida inspección al apartamento reveló que durante mi convalecencia me había movido como un fantasma. No recordaba haber llenado el comedero de Mishima, pero un montón de pienso fuera del plato me decía que al menos había hecho el intento.

Tras llenar el cuenco de agua fresca, eché un vistazo al comedor. Sobre la mesa había una nota manuscrita con grandes garabatos. Reconocí mi letra, con la que contaba torpemente mi encuentro con Gabriela en el semáforo.

«Por lo tanto no ha sido un sueño», pensé, y me invadió una suave sensación de euforia.

Puse la radio mientras limpiaba el mármol de la cocina, lleno de caldo derramado y granos de arroz que evidenciaban mis tentativas de alimentarme durante la enfermedad. Sonaba el *Réquiem* de Verdi, una pieza desconcertante que pasa del lirismo más delicado a ensordecedores pasajes de bombo y platillo.

Apagué la radio y escruté desde la cocina el cielo de la mañana, surcado en aquel momento por un gorrión que parecía llevar algo en el pico.

«Iré a esa comida», me dije sin saber por qué. Albergaba un motivo e incluso un plan, pero en aquel momento no tenía conciencia de ello, como si en mi interior hubiera un secreto centro de operaciones que sólo informa cuando todo está ya preparado.

Tal vez lo que llamamos intuición no sea otra cosa que la punta del iceberg de algo que se ha fraguado en un nivel más profundo. Este pensamiento resulta como mínimo inquietante, porque alguien que es uno mismo pero que trabaja en la sombra se adelanta a nuestros actos y decide de antemano el camino a seguir.

Al pasar junto al teléfono vi que el contestador no parpadeaba. Por lo tanto, había estado tres días incomunicado. Podrían haber sido tres años y nadie se habría enterado, como con el hombre de Tokio.

Mishima empezó a restregarse entre mis piernas para hacerse notar.

—Sí, ya sé que estás tú —le dije—. Y arriba tenemos a Titus. Somos tres reyes magos que no saben a quién dar sus regalos.

Acto seguido, pensé que no sería mala idea hacer una visita al viejo antes de ir a comer. Miré de nuevo el papel sobre la mesa. Seguro que se alegraría de que hubiera recogido un momento dorado para él.

El tragaperras cósmico

Titus escuchó atentamente mi relato tras entregarle el papel, que sostenía entre los dedos como si no supiera qué hacer con él. Cuando terminé, se quedó unos segundos pensativo.

Mientras esperaba impaciente sus impresiones, encontré que el viejo estaba desmejorado desde la última vez. Recordaba vagamente haberle entregado su vía de juguete y que el gato me siguió de vuelta al apartamento. Luego sucumbí a la fiebre.

A juzgar por el tono amarillento de su piel, tampoco Titus estaba en su mejor momento. Encogido dentro de un albornoz gris oscuro, parecía una bestia a la espera del tiro de gracia. Iba a preguntarle por su salud, pero entonces le dio por responder:

—Incluiré tu *satori* en el libro.

—¿Le parece una tontería? —pregunté.

—En absoluto.

Aunque había empezado a tutearme, el viejo se mostraba parco en palabras. Eso confirmaba que no se sentía bien. Lo correcto por mi parte hubiera sido marcharme y dejarlo en paz, pero había algo en él que —como tres días antes— me impulsaba a sincerarme.

—Lo que quiero decir —proseguí— es que después de haberla visto no me puedo quedar con los brazos cruzados, como si nada hubiera sucedido. Aunque sé que es ridículo, creo que tendría que hacer algo.

—Pues hazlo.

—El problema es que no sé nada de ella, excepto el nombre de pila. No tengo por dónde empezar. Y, aunque lograra dar con Gabriela, ¿qué decirle para que no me tome por loco? Necesito una buena excusa.

—Excusas son justamente lo que te sobran. ¡Deja de tambalearte y haz algo de una vez!

Su grito no sólo no me ofendió, sino que dio alas a mi entusiasmo.

—¿Cree que debo encontrarla? ¿Es ése el mensaje de lo que ha sucedido?

—Sin duda. Ésta es la misión que te ha sido encomendada.

—Pero ¿quién la ha encomendado? ¿El azar?

—O la sombra de Dios, como quieras llamarlo.

—Me cuesta creer que se trate de una simple casualidad. No sabría explicarlo, pero cuando me crucé con Gabriela supe que estaba allí y entonces porque era necesario. No había nada fortuito en ello.

Titus tamborileó con los dedos sobre el escritorio antes de responder:

—No aceptamos el azar en nuestro día a día cuando es demasiado caprichoso. Pero en cambio lo aceptamos en el universo y en la formación de la vida, que depende de una conjunción de elementos infinitamente más caprichosa.

—¿Qué quiere decir?

—La probabilidad de que surja vida es como pillar el premio gordo en una máquina tragaperras que tuviera cientos de casillas. Estamos aquí porque, por una vez, salió la única combinación que podía funcionar. ¿No te parece asombroso? Es más, ¿quién echó la moneda para que los tambores empezaran a rodar? Ése es el gran misterio. El Big Bang es totalmente intrascendente, porque lo importante no es lo que pasó, sino quién o qué hizo clic para que prendiera la mecha.

—¿Significa eso que hay una mano invisible detrás de todo lo que nos sucede?

—Eso sería simplificar mucho las cosas —respondió Titus sonriendo por primera vez—. Creo que era Jung quien decía que todos los seres estamos vinculados por hilos invisibles. Tiras de uno y se mueve el conjunto. Por eso cada pequeño acto afecta a todo y a todos. No hace falta un Dios para eso.

—Pero eso no me ayuda a saber por qué estaba Gabriela allí, y menos aún qué tengo que hacer ahora.

—Piensa en el tragaperras cósmico. Es ya un misterio que estemos aquí. Un gran misterio, eso es todo lo que hay.

Lo contrario es lo conveniente

—Mi conversación con Titus, que estaba como ido, no había servido precisamente para clarificar la situación. De alguna manera me empujaba a que hiciera algo, sin concretar qué ni cómo. Tal vez lo mejor fuera dejarme de fantasías románticas y olvidar aquel asunto de una vez por todas.

—Antes de despedirme, le conté la mala disposición con la que acudía a casa de mi hermana.

—Para eso sí que puedo darte una fórmula mágica —había dicho.

—Al preguntarle de qué se trataba, respondió:

—Lo contrario es lo conveniente. Siempre que sientas ira hacia alguien aplícate esta máxima. Se trata de hacer justamente lo contrario de lo que te pide el cuerpo. Créeme: obra milagros.

Mientras hacía cola en la pastelería para comprar un rosco de Reyes, pensé que —aunque sólo fuera como experimento para combatir el tedio— seguiría el consejo de Titus.

Rita y Andrés —mi hermana y su marido— forman un tándem tan perfecto como destructivo. Él tiene asumido el rol de llorón y se lamenta sin cesar; ella se encarga de señalar a los culpables.

En los quince años que llevan juntos no recuerdo haber asistido a ninguna escena alegre en esa casa. Siempre lo he atribuido al hecho de que no pudieron tener hijos, tal como deseaban. Ahora ella ha superado de largo los cuarenta, y supongo que ha aceptado que ya nada cambiará. Ni siquiera su mal carácter.

Mientras subía en ascensor hacia su piso de la Diagonal, un sudor frío empezó a empaparme la nuca. Siempre me sucedía lo mismo cuando los visitaba. Saber que estaría un par de horas ahí me provocaba un malestar físico ya antes de llegar. Eso que llaman somatización.

«Lo contrario es lo conveniente», me dije a modo de mantra mientras llamaba al timbre.

Fue Andrés el encargado de abrir la puerta. Sólo de ver su expresión de buey castigado me arrepentí de no haberme quedado en casa, alargando la gripe un día más.

—¿Qué tal? —dijo.

Yo sabía perfectamente que no le interesaba saber cómo me encontraba. El «qué tal» era sólo una muletilla para que le preguntara lo mismo y pudiera empezar a lamentarse. Aplicando la máxima de Titus, en lugar de preguntarle a desgana, hice justamente lo contrario.

—He estado tres días con gripe. Pero tú tienes un aspecto magnífico.

—¿De verdad? —repuso asombrado.

—Me cuesta creer que te operaran de hernia hace dos meses —seguí—. Para mí que estuviste en un balneario y has salido diez años más joven.

Dicho esto pasé al comedor, dejando a Andrés pasmado en la puerta. «Esto puede ser divertido», me dije.

—¿Qué demonios estás diciendo? —gritó mi hermana a modo de saludo—. ¿Estás borracho o es que has venido a reírte de nosotros?

Si el nuestro fuera un mundo sin inhibiciones, habría desenvuelto el rosco de Reyes con parsimonia y se lo habría lanzado a la cara. Pero quería continuar con el experimento para ver adónde me llevaba.

Tomé a mi hermana en brazos y le di un sonoro beso en la frente.

—Tenía ganas de veros —mentí—. Lo único que lamento es no haber traído regalos este año.

—¿Desde cuándo nos hacemos regalos? —dijo Rita mientras me acompañaba aturdida hasta el salón.

—Desde hoy. ¿Qué os parece si vamos a una marisquería un domingo de éstos? Invito yo.

Casi no podía creer que aquello estuviera saliendo de mis labios, pero había que llevar la farsa hasta el final. De repente, la tensión pareció abandonar las facciones de mi hermana y dejó paso a una tímida sonrisa.

—Es muy amable por tu parte —dijo—, pero Andrés está a régimen y yo hace un mes que me he vuelto vegetariana.

—Haces bien —repuse siguiéndole la cuerda—. A fin de cuentas la carne está llena de hormonas y porquerías.

—Por una vez no me llevas la contraria —dijo, y volvió a la cocina para ultimar el guiso.

Me senté en el sofá al lado de Andrés, que ahora seguía hipnotizado las noticias de la televisión con un vaso de agua en la mano. De vez en cuando me miraba de reojo, como si temiera que realmente estuviese borracho y fuera a hacer alguna tontería. Cuando finalmente entendió que eso no sucedería, dijo:

—Es una pena cómo está el mundo. ¿Dónde vamos a ir a parar?

—Hay que hacer algo cuanto antes —apunté sin saber aún qué diría a continuación.

—¿Es que crees que esto tiene arreglo? —exclamó sorprendido.

—Por supuesto. De entrada, hay que echar al director de estos informativos. Que pongan a otro que dé mejores noticias.

En ese momento entró Rita con una fuente de lasaña vegetal y la dejó sobre la mesa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me increpó—. No haces más que decir bobadas.

En circunstancias normales, me habría sentado a la mesa y habríamos comido mientras veíamos las noticias en silenciosa comunión. Pero la máxima de Titus me impulsaba a hacer justo lo contrario: elogí cada plato que se servía, me interesé por detalles de la vida de mi hermana y su marido, y conté algunas anécdotas para dar animación.

—Se me ha metido un gato en casa —dije entre bocado y bocado—. Primero pensaba que era de Titus, pero al parecer no es de nadie.

—¿Quién es Titus? —preguntó Andrés mientras apagaba el televisor con el mando a distancia.

Antes de que pudiera contestar, Rita intervino:

—Está muy bien que tengas gato. Te dará buenas vibraciones, y ya sabes que absorben la energía negativa.

El Samuel de siempre hubiera contestado con un irónico: «Por eso mismo pensaba regalártelo», pero en vez de eso llevé la conversación a un terreno imprevisto.

Le recordé lo que solíamos hacer, treinta años antes, los sábados por la tarde. También le pregunté si sabía algo de Gabriela.

—Ni siquiera me suena ese nombre —dijo—. Allí venían muchos niños del barrio Gótico a los que no conocíamos.

—Se escondió bajo una escalera conmigo. Creo que fuiste precisamente tú quien nos descubrió.

—¿Y esperas que me acuerde? Además, si estaba bajo una escalera es porque sería un demonio.

—Pensaba que ya no creías en todo eso.

—¿Sabes por qué la gente evita pasar por debajo de las escaleras? En un pasaje de la Biblia, creo, el demonio se esconde ahí.

La conversación fue degenerando hasta llegar —no sé cómo— a la sanación con velas, una disciplina en la que mi hermana se había implicado últimamente. Antes de enzarzarme en una discusión como muchas que habíamos tenido, tomé el café de un sorbo y di por finalizada la visita de cortesía.

—Acuéstate —dijo Rita con expresión cínica—. Creo que la gripe te ha debilitado la cabeza.

Cómo iluminarse en un fin de semana

La tarde de Reyes tuve como regalo las últimas redacciones de los rezagados, que ni siquiera habían conseguido escribir correctamente el nombre de Werther. Aprobé a algunos por compasión y a otros para no tener que leerlos de nuevo en septiembre. Me había vuelto práctico.

Agrupé las redacciones y las guardé en mi cartera para la mañana siguiente. Tenía ese grupo a primera hora.

La luz del día ya languidecía, así que encendí la lámpara de pie para curiosear un poco más en el diccionario de Rheingold hasta que fuera hora de cenar. Me llamó la atención cómo definía un término alemán bastante en desuso:

Weltschmerz: literalmente «dolor del mundo», tristeza romántica que experimentan sobre todo los jóvenes privilegiados.

Esa palabra parecía haber sido creada para el héroe de Goethe. El autor del diccionario había añadido al final de esta entrada la siguiente precisión:

«Los que sufren *Weltschmerz* parecen compartir un atributo: se trata a menudo de hijos (más raramente, hijas) de padres ricos, por lo que no deben preocuparse del alimento o del techo y son libres de entregarse a un sentimiento de dolor por su estado existencial.»

Esta definición me hizo pensar en mi hermana Rita, que aunque no tiene nada de romántica, y a de adolescente mostraba que el mundo le dolía, y de qué manera.

Tal vez fuera porque nuestra madre murió cuando aún éramos niños, y quedamos al cuidado de un hombre que se desocupó de nosotros porque tenía otras prioridades. A Rita le dejó el piso en el que vive con su marido; a mí, unas acciones que nunca he tocado y un sentimiento amargo que aún conservo.

Hasta los veinte años Rita y yo estuvimos bastante unidos. Aunque ya entonces era despótica y malintencionada, de adolescente todavía albergaba la ilusión de cambiar. Yo la llamaba «niña cursillos», porque siempre estaba probando cosas nuevas: taichi, reiki, biodanza...

Buscaba estar bien ella misma, una pulsión puramente egoísta que, además, nunca le ha dado resultado.

Pero entonces me hacía gracia. Siempre tenía cosas nuevas que contar y yo la escuchaba con curiosidad, aunque nunca me pareció que nada de eso sirviera para ser feliz.

Recuerdo que un fin de semana, cuando yo empezaba la carrera, accedí a acompañarla a un curso de lo que entonces se llamaba «meditación trascendental». El maestro, un tipo bronceado de unos cincuenta años, había alquilado una masía en el Ampurdán en la que —según rezaba el folleto— asistiríamos al milagro de la iluminación en un fin de semana.

Casi sin saber cómo había llegado allí, me encontré compartiendo una buhardilla con unos veinte jóvenes ávidos de saber en qué consiste esto de la existencia.

Tras el desayuno del sábado, el maestro nos reunió en el jardín para darnos una charla. Empezó descalificando a los que él consideraba «falsos maestros» —es decir a la competencia— y nos aseguró que la iluminación estaba al alcance de todo aquel que se atreviera a abrir los ojos.

—Es más —dijo—, todos vosotros ya estáis iluminados. Lo que pasa es que no os habéis dado cuenta aún.

Hasta aquí fue todo bastante normal. Luego pasamos a una sala con gruesas alfombras y un duro almohadón para cada uno. Nos explicó en qué consistía la posición de loto y la de medio loto, aunque nos advirtió que necesitaríamos un tiempo para conseguirlas. De momento se conformaba —decía— con que nos sentáramos con la espalda recta y los ojos entornados.

Nos advirtió con voz grave:

—Cada segundo que consigáis poner la mente en blanco es una rendija en vuestra coraza por la que entra la ternura y la claridad.

El maestro resultó ser un hombre lleno de amor, sobre todo hacia las mujeres mejor formadas corporalmente, a las que ayudaba todo el tiempo a corregir su postura. Le interesaba especialmente que al respirar levantaran la caja torácica, operación que supervisaba desde atrás con las palmas de las manos sobre sus pechos. El uso de sujetador estaba prohibido durante la meditación porque, en palabras del maestro, «restringen el aliento de la vida».

Creo que yo era un alumno aventajado en esto de respirar y meditar, porque nunca tuvo que ocuparse de mí.

La noche de ese mismo sábado se armó gran revuelo cuando nuestro gurú eligió a una jovencita para la iniciación tántrica. La chica, que había sido objeto de constantes atenciones durante la meditación, rehusó el privilegio aduciendo que no se sentía preparada. El maestro montó en cólera y la puso en ridículo delante de todo el grupo.

—Hasta que no renuncies a tus apegos pequeñoburgueses —dijo— no hay esperanza de liberación para ti.

Creo que él sólo sabía liberar sujetadores y bragas, pero no era consciente de ello.

En todo caso, entendí que el maestro estaba muy lejos de haber penetrado en las entrañas de la realidad. Siendo generosos, su grado de iluminación se asemejaba a una bombilla de 40 vatios con polilla incluida.

Franz y Milena

Tras la aburrida clase de redacción, tenía un seminario de literatura contemporánea con los de cuarto. Era un grupo de ocho alumnos bastante simpático, porque leían alemán con fluidez aunque costara hacerles tragar un libro entero.

Como se trataba de un curso meramente introductorio, dedicábamos dos semanas a cada autor. Yo hacía una breve presentación de la biografía y obras del escritor en cuestión, y encargaba un tema a cada alumno para que lo expusieran en clase.

Así es como funcionan las carreras de letras en Alemania, aunque en este país a los estudiantes les cuesta tomar la iniciativa. La mayoría prefieren el método tradicional —también llamado «clase magistral»— en el que el profesor dicta monótonamente sus apuntes un año tras otro y los alumnos no levantan la cabeza del papel.

Ese día la presentación iba sobre Franz Kafka, un autor que intimida a muchos porque existe el prejuicio de que sus obras son complicadas. Nada más lejos de la realidad. Aunque describe mundos ciertamente opresivos, Kafka tiene un gran sentido de la tensión narrativa y sabe seducir al lector desde la primera línea, que recoge el conflicto y te mete dentro de la trama.

Para demostrar esta tesis, había apuntado en la pizarra la frase inicial de dos de sus principales obras, *La metamorfosis* y *El proceso* respectivamente:

Quando Gregor Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Alguien debía de haber calumniado a Josef K., porque, sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana.

Antes de repartir los temas entre los alumnos, hice un breve resumen de la biografía de Kafka. Obvié datos demasiado conocidos, como los problemas con su padre, a quien escribió una agria carta de cien páginas que su madre interceptó para que no llegara a su destinatario.

En cambio comenté algunas frivolidades: al parecer, un tío que tenía en Madrid llegó a ser director general de una compañía de ferrocarriles. A los estudiantes también les gusta saber que Kafka hacía una siesta diaria de cuatro horas y media, o que al final de su vida soñó con abrir un restaurante en Tel Aviv donde él sería el camarero.

Supongo que es la cultura del cotilleo, que ha llegado hasta las aulas; para interesar a los alumnos hay que llegarles con las mismas armas.

Dediqué los últimos veinte minutos de clase a su obra epistolar. Además de las novelas que no acababa, Kafka mandó a sus enamoradas cientos de cartas maravillosas, aunque quizá las mejores fueron las que recibió Milena Jesenská, que había traducido al checo algunas de sus obras.

Aunque no era judía como él, tras la ocupación nazi de Checoslovaquia, Milena fue internada en el campo de concentración de Ravensbrück, donde moriría en 1944. Fue casi una suerte para Franz fallecer de tuberculosis veinte años antes.

El romance entre ambos estaba condenado al fracaso, entre otras cosas porque ella estaba casada. Pero eso no impidió que se vieran un par de veces y que Kafka le escribiera misivas como ésta:

Querida Señora Milena,

El día es tan breve, que entre usted y apenas dos o tres nimiedades se me termina enseguida. Difícilmente consigo un ratito para escribir a la verdadera Milena, ya que otra más verdadera estuvo conmigo todo el día, en la habitación, en el balcón, en las nubes.

Lunático

Creo que los amores epistolares de Kafka me habían puesto romántico, ya que al salir de la facultad decidí acercarme al lugar del crimen.

Era la una del mediodía, como el día del encuentro, y el cruce estaba a un par de minutos de la universidad. Sólo tuve que atravesar la plaza y entrar por la calle Pelayo. Allí estaba la tienda de modelismo, donde la locomotora de juguete seguía recorriendo el escaparate como una fiera enjaulada.

Justo enfrente, el semáforo donde la había visto: territorio del *satori*.

Sin embargo, esta vez no experimenté ninguna clase de emoción. Me pareció una calle similar a cualquier otra, por donde en aquel momento pasaban incesantemente autobuses, coches y motocicletas.

«Esta calle pierde mucho cuando Gabriela no la está cruzando», me dije, y acto seguido me reí de mi propia estupidez.

Al otro lado de la calle había un pequeño café con terraza, justo donde empieza la calle Vergara. Pensé que no sería mala idea apostarme allí un rato por si se repetía el milagro. Que una persona pase un día a cierta hora por cierta calle no es garantía de que vuelva a hacerlo en el futuro. Pero digamos que la probabilidad es mayor que en cualquier otro lugar y momento.

Mientras me apresuraba hacia la única mesa libre de la terraza, recordé el chiste del borracho que al volver de noche busca las llaves junto a una farola, no porque las haya perdido ahí sino porque hay más luz. Lo mío era algo parecido, pero en el fondo tal vez sólo quisiera prolongar una ilusión.

Aunque daba el sol, era sorprendente que dos de las tres mesas de la terraza estuvieran ocupadas en pleno invierno. En una había un matrimonio mayor de aspecto nórdico. Supongo que para ellos cinco grados y unos pocos rayos gélidos ya hacen verano. En la otra, un barbudo de unos cuarenta años con abrigo gris, sombrero negro de ala ancha y bufanda blanca. Tenía entre manos un grueso pliego de folios encuadernado en espiral.

Tomé asiento a la mesa que quedaba libre entre ambas y pedí un vermut. Comprobé que la vista sobre el cruce era magnífica, aunque nada me aseguraba que pudiera dar alcance a Gabriela si aparecía en escena. Todo dependía del sentido de su marcha: si cruzaba en dirección a la tienda de modelismo, tendría que salir corriendo y esperar que el semáforo —y el tráfico— no me cortaran el paso, como la última vez. En cambio, si venía en dirección contraria sólo debía esperarla allí donde estaba.

Imaginé la conversación ideal que mantendríamos:

—¡Qué casualidad, Gabriela! El otro día me quedé con ganas de saludarte.

—A mí me sucedió lo mismo —respondería—. Es un milagro que ahora nos volvamos a encontrar.

—Parece que el azar nos ha reunido de nuevo —diría yo—, aunque a veces haya que ayudarlo, como a Dios.

—Da igual —respondería—. Lo importante es que ahora estamos juntos, ¿no?

—Sí, y ya nada podrá separarnos.

Mientras reproducía emocionado esta conversación, me di cuenta de que el barbudo me observaba fijamente, sin la menor discreción o pudor. Le aguanté la mirada para intimidarlo, pero no se movió ni un ápice. Parecía como hipnotizado ante mi presencia.

Finalmente, me di por vencido y bajé la mirada hasta el manuscrito que tenía sobre la mesa. Era un tocho de más de trescientos folios con grandes caracteres en la portada; por eso pude leer su título:

LA CARA OCULTA DE LA LUNA

«Sin duda es un chiflado», me dije. Antes de que la cosa se complicara, pagué y me levanté para salir de mi absurdo observatorio. El hombre del sombrero no dejó de escanearme con la mirada.

Incluso cuando ya estaba caminando, acera arriba, podía notar en mi espalda su mirada de lunático.

Mensaje en una botella

Comí un bocadillo por el camino para no perder tiempo cuando llegara a casa. Tenía un ambicioso plan doméstico que incluía poner dos lavadoras, aspirar la alfombra del salón y preparar sopa para toda la semana.

También quería poner en orden mis apuntes de Kafka para cuando los alumnos empezaran a exponer los temas.

Tres paradas de metro y volvía a estar en Gracia, el único barrio de Barcelona donde hay más espacio para los paseantes que para los coches. De camino a mi apartamento, me detuve en los cines Verdi para ver qué echaban, compré un periódico y una botella de agua con gas.

Ahora ya podía encerrarme hasta el día siguiente.

Al entrar en casa vi que el contestador parpadeaba, cosa rara. La pantallita de cuarzo indicaba que había dos mensajes, los primeros en una larga semana. Pulsé el botón de reproducir mientras dejaba el periódico sobre la mesa y el agua en la nevera.

Una tosca voz masculina dijo:

Buenos días. Mi nombre es Paco Liñán y llamo para lo del gato. Me gustaría verlo antes de decidir si quiero quedármelo. Mi teléfono es...

Pulsé la tecla para borrar el mensaje. Acababa de decidir que Mishima no se iría a ningún sitio. El gato pareció comprender la situación, ya que daba vueltas por el salón muy orgulloso con la cola erguida.

También él protagonizaba el asunto del segundo mensaje:

Hola. Soy la veterinaria. Como aún no ha traído el gato, he pensado en llamarle para recordar lo de las vacunas. Si viene no le cobraré la visita. Chao.

«Buena chica», respondí al contestador. Tal vez aún tomaríamos el famoso chocolate con bizcochos.

Estuve tentado de encerrar a Mishima en el transportín para llevarlo, pero finalmente me contuve. Había decidido dedicar la tarde a tareas domésticas y eso era lo que iba a hacer.

¿Por dónde empezar? Había que proceder de manera lógica: como una sopa de cebolla necesita un par de horas de ebullición, lo mejor era empezar por ahí. Durante la cocción podía hacer las lavadoras y aspirar la alfombra. Daba tiempo de eso y más.

Saqué las hortalizas de la nevera y las fui ordenando sobre el mármol.

«Houston, tenemos un problema», me dije emulando al capitán del *Apolo XIII*.

Una sola cebolla no era suficiente para una olla entera de sopa. Con el resto de ingredientes se podía jugar, pero ¡una sopa de cebolla no puede estar floja de cebolla! Necesitaría una o dos más.

Primero pensé con fastidio en salir de nuevo a la calle, pero enseguida cambié de opinión: sería más fácil tomarla prestada de Titus, si es que no lo comía todo de lata.

Ataviado con bata y zapatillas, subí los escalones a grandes zancadas hasta el apartamento del viejo y llamé al timbre. A diferencia de las otras veces, la puerta no se abrió inmediatamente con un zumbido. Volví a llamar pero sólo obtuve el silencio como respuesta.

Pegué el oído a la puerta por si detectaba algún tipo de actividad en la casa. Fue entonces cuando vi el papel que sobresalía de la puerta. Un golpe de intuición — sabiduría concentrada que no sabemos de dónde viene — me dijo que la nota era para mí y que la cosa no pintaba bien.

Me agaché a recogerla y leí:

Samuel, me llevan al Hospital Clínico. Necesito ayuda urgente y sólo tú puedes dármela.

El encargo

No recordaba que ese hospital fuera tan laberíntico y kafkiano, lleno de téticos corredores con fluorescentes de luz trémula. Me costó más de media hora dar con la habitación que Titus compartía con un anciano que estaba en las últimas.

Levantó la mano con la palma hacia afuera a modo de saludo y me sonrió beatíficamente. Mal afeitado y con pijama verde, el Titus que me miraba desde la cama parecía haber envejecido diez años en un día. Al verle allí tan desvalido, conectado al suero, me invadió un sentimiento de tristeza que traté de contrarrestar con su propia fórmula:

—Por fin se ha dado descanso, aunque este hotel tenga pocas estrellas.

—Cállate ya, ¿quieres? He sufrido una angina de pecho, pero voy a salir de ésta. Me alegro de que hayas venido.

En aquel momento entró una enfermera voluptuosa a atender a su compañero de habitación.

—Aquí se está de maravilla —declaré burlón—. ¿Por qué me decía en la nota que sólo yo le podía ayudar?

—Lo que tengo que pedirte no tiene nada que ver con el hospital. Es algo mucho más serio.

Me senté a su lado, dispuesto a oír una excentricidad. Y no andaba equivocado.

—Ya sabes que vivo de redactar —dijo—. No puedo bajar la guardia aunque esté aquí internado. Dicen que tengo para tres semanas por lo menos, porque hay riesgo de que se repita la crisis.

—Entonces se impone un descanso, ¿no? Si necesita dinero, yo puedo...

—Gracias, pero no es eso —me cortó—. De lo que se trata ahora es de salir del atolladero. A mi edad no puedo perder comba o me borrarán del mapa editorial.

—No entiendo.

—Verás, justo hace dos días recibí un encargo de un editor inflexible, de estos que no aceptan demoras. Si sabe que estoy de baja buscará otro redactor y perderé el hilo, ¿sabes? Me interesa que cuando salga de aquí siga suministrándome trabajo.

—¿Y qué pinto yo en esto? ¿Quiere que hable con él para explicarle la situación?

—¡No! —exclamó furioso—. Eso es justamente lo que hay que evitar. Debe pensar que estoy en activo y que la obra se entregará en el plazo acordado. Es la primera de un grupo de tres, ¿sabes? Si no cumplo, quedaré fuera de juego.

—Pues no le veo solución —admití—, a no ser que salga volando de este hospital por arte de magia.

—De magia va precisamente la cosa —dijo con un destello de entusiasmo en los ojos—. Por una vez, has dado en el clavo.

—Sigo sin entender nada.

—Un poco de imaginación, Samuel. Te estoy pidiendo que asumas ese encargo por mí.

—¿Cómo? No pretenderá que me ponga a ensamblar uno de sus libros inspiradores...

—Exacto. Yo dirigiré la tarea desde aquí para que te resulte fácil. Puedes tomar las llaves y utilizar mi despacho. En el ordenador hay un documento preparado para ese fin.

Si Titus no acabara de superar un *match ball* contra la muerte, habría salido de ahí pitando para no verle nunca más. No se puede pedir algo así a un académico, que funciona a base de notas al pie y bibliografía contrastada.

—Supongo que no puedo negarme —dije.

—Efectivamente, no puedes.

—¿Cómo se llamará la obra?

—*Pequeño curso de magia cotidiana*.

La última de Marilyn

Volví a casa abatido ante lo que se me venía encima. Por si no tuviera bastante con preparar las clases, corregir ejercicios y mantener la casa a raya, ahora tendría que encarnarme en el viejo redactor para una tarea que se me antojaba imposible.

Antes de entrar en mi apartamento, sentí la necesidad de visitar el despacho de Titus, como un terrorista que examina el terreno donde va a perpetrar el atentado.

Al abrir la puerta me sentí extrañamente tranquilo, como si aquello siempre hubiera sido mi casa y fuera lógico hacer uso de ella. Encendí la luz del pasillo, al final del cual me esperaba el caminante sobre el mar de niebla. Me detuve una vez más a mirarlo.

«Desde luego, ahora estoy aún más solo que antes», me dije.

En el periódico había leído que el 20,3 % de los hogares de este país están compuestos por una sola persona. Yo formaba parte de esa estadística, era un «hombre hogar» —como decía el artículo—, un caracol apegado a una casa en la que sólo cabe él.

Bueno, de hecho ahora tendría dos casas y dos vidas paralelas. En el ático seguiría viviendo como Samuel, el profesor de alemán, y en el sobreático me dedicaría unas horas al día a hacer de Titus. Y lo peor de todo era que estaba asumiendo ese desdoblamiento con una calma inquietante.

¿Qué más podía suceder?

Contemplé el escritorio bajo la última luz de la tarde. Estaba todo: el ordenador, el libro de ciencia, el circuito de trenes. Sobre la alfombra yacían tres libros desperdigados, como si hubieran caído de las manos de Titus al sobrevenirle la crisis.

Me agaché a recogerlos. Uno reunía los aforismos más célebres de Siddhartha Gautama, Buda. Los otros eran las biografías de Alan Watts y Thomas Merton respectivamente.

Decidí llevármelos a casa para empezar a meterme en mi nuevo papel. No me enfrentaría a la redacción del libro hasta el día siguiente, si era capaz de hacer algo.

Hacia las ocho de la tarde empecé a sentirme angustiado, como si los últimos acontecimientos me estuvieran superando. Los tres libros reposaban en la mesilla de noche; serían mi lectura de almohada.

De repente entendí que quería salir de casa, aunque no había hecho nada de lo que me había propuesto. En los Verdi reponían una de mis películas favoritas, *The Misfits*, que en su estreno aquí se llamó *Vidas rebeldes*. Miré el horario en el periódico y vi que aún tenía tiempo de llegar a la penúltima sesión.

Sin pensármelo dos veces, me puse el abrigo y salí de casa con la ilusión de que huía de mí mismo.

Antes de la proyección, me entretuve en la sala leyendo la historia del rodaje. La que sería la última película de Marilyn Monroe —con guión de su marido, Arthur Miller— fue un cúmulo de despropósitos y catástrofes de principio a fin.

La filmación duró 111 días y contaba, además de la rubia de oro, con Clark Gable y Montgomery Clift. Como los personajes a los que interpretaban, pronto se vio que ninguno de ellos estaba en su mejor momento.

Marilyn llegaba cada día horas tarde al rodaje, porque tomaba tantos tranquilizantes que luego era imposible despertarla. Al parecer, se sentía traicionada por sus tres amantes: J. F. Kennedy, Yves Montand y el propio Miller, que la había utilizado para reflotar su carrera. Cuando llegaba al plató tampoco servía de mucho, porque o había olvidado el diálogo o tenía la mirada tan perdida que el director —John Houston— renunciaba a hacer la toma.

Clark Gable tenía a sus cincuenta y nueve años la salud muy delicada, aunque eso no le impedía diariamente beber dos litros de *whisky* y fumarse tres paquetes de cigarrillos. Caballero de la vieja escuela, nunca perdía los nervios ante los retrasos de Marilyn. Cuando llegaba, se limitaba a pellizcarle el trasero y decirle: «A trabajar, belleza.»

Por su parte, Montgomery Clift estaba enganchado al alcohol y a las drogas desde que se había desfigurado la cara en un accidente, además de no asumir su homosexualidad.

Ante aquel panorama, John Houston perdió interés por el trabajo y pasaba todas las noches en el casino. Entraba a las once y salía a las cinco de la madrugada. Llegó a deber tanto dinero que —según dicen— paralizó la película y mandó a Marilyn a un hospital para ganar tiempo y salir del lío.

Fue un milagro que el 5 de noviembre de 1960 logaran terminar la filmación. Debió de ser una experiencia ardua, pues Clark Gable murió de un ataque cardíaco al día siguiente. Fue también la última película de Marilyn, que falleció de sobredosis no mucho después. Para acabar de arreglarlo, *Vidas rebeldes* fue un fracaso de taquilla.

El *dossier* sobre la película se cerraba con un réquiem a la actriz escrito por el poeta Ernesto Cardenal, en versión abreviada:

Señor / recibe a esta muchacha conocida en toda la Tierra con el nombre de Marilyn Monroe / [...] / y que ahora se presenta ante Ti sin ningún maquillaje / sin su agente de prensa / sin fotógrafos y sin firmar autógrafos / sola como un astronauta frente a la noche espacial.

El jardín secreto

Mientras me dirigía a la terraza del café por segundo día, por mi cabeza aún galopaban los caballos salvajes que Marilyn intenta salvar en la película. La velada cinematográfica me había animado a revisar más clásicos, justo cuando menos tiempo tenía para ello.

El recuerdo de una joya del neorealismo italiano, *Ladrón de bicicletas*, me libró de cometer una tontería.

Como en el fondo no creía que apostarme en el café sirviera de nada, se me había ocurrido una idea desesperada: acudir a un adivino para que me pusiera sobre la pista de Gabriela. Había leído que la policía a veces utilizaba a mentalistas en casos de secuestros y desapariciones. Con un péndulo sobre el mapa, van acotando el terreno hasta dar con el lugar exacto.

Pero enseguida acudió en mi salvación una escena de *Ladrón de bicicletas*. Tras serle robado el vehículo con el que pega carteles —su único medio de subsistencia—, el protagonista acude a una pitonisa para que le ayude a recuperarlo. El pobre infeliz gasta sus últimas monedas para obtener una respuesta tremenda: «O la encuentras pronto o no la encuentras nunca.»

Definitivamente, era preferible la terraza del café.

«Maldita sea», me dije al distinguir desde lejos una figura incordiosa sentada en el café. El sombrero negro y la bufanda blanca no dejaban lugar a dudas: era él.

Por un momento pensé en dar media vuelta y no volver más por ahí. Pero el barbudo estaba tan absorto en su manuscrito que tal vez ni siquiera reparara en mi presencia. Es más, aquel tipo parecía lo bastante loco para haberse olvidado de mí y del resto del mundo.

En efecto, tomé asiento nuevamente en la mesa del medio sin que levantara la mirada de las páginas. Podía estar tranquilo.

Pedí un vermut que pagué por adelantado como medida de precaución. Si Gabriela cruzaba el semáforo hacia la tienda de modelismo tendría que salir de inmediato. Y no quería que el camarero me detuviera en el momento menos oportuno.

Aquel jueves al mediodía, el bullicio de coches y transeúntes era más intenso de la cuenta, así que tuve que prestar mucha atención para mi espionaje. Estaba tan concentrado en la gente que subía y bajaba, que tardé un buen rato en darme cuenta de que el barbudo se había ido, olvidándose el manuscrito sobre la mesa.

Mi obligación era dárselo al camarero para que lo guardara. Debía de ser un cliente asiduo, así que no tardaría en recuperarlo.

Sin embargo, cuando lo tuve entre las manos no pude evitar echarle un vistazo. Sería por curiosidad o tal vez por simple tedio, pero el caso es que volví a mi asiento con el manuscrito. Releí el título, *La cara oculta de la Luna*, y pasé hoja para ver de qué se trataba.

Me encontré ante lo que parecía un prólogo o declaración de principios:

Toda luz tiene su sombra. Las personas aparentemente más sencillas ocultan un mundo en el que suceden cosas impensables. Si por casualidad penetramos en él, nos invade un sentimiento de desconcierto y temor, como quien invade un jardín ajeno.

De repente, nos damos cuenta de que algo que siempre había estado allí nos ha pasado inadvertido. El siguiente paso es ampliar el territorio de duda a los campos colindantes. A partir de aquí, la región de sombra puede llevarnos a lugares nunca imaginados. A fin de cuentas, el reverso de la moneda ocupa la misma superficie que su opuesto.

Puedes descubrir que no sabías nada de quien vive a tu lado, o que hasta ahora habías cerrado los ojos para no verlo. Y desearías que esa primera revelación —que ha rasgado la dulce cotidianidad— no hubiera llegado nunca.

Por eso es conveniente, a veces, no querer saberlo todo.

Tras leer esto, permanecí unos segundos aturdido, sin saber qué pensar. Aquella presentación no aclaraba para nada por dónde iban los tiros.

Intrigado, iba pasar ya al meollo del asunto, cuando tuve la fortuna de levantar la mirada. El barbudo estaba cruzando el semáforo con paso furioso. De algún modo, comprendí que no estaba enfadado conmigo —es más, ni siquiera me miraba— sino consigo mismo por haber olvidado el manuscrito en la terraza. Un fallo imperdonable.

Presa del pánico, lo dejé en su mesa y me largué ipso facto. Casi corrí en la dirección contraria sin mirar atrás.

Índice tentativo

Llegué a casa con el humor sombrío. El encuentro con el barbudo y su manuscrito había disparado todas las alarmas, como si haber leído lo que no debía fuera a traer consecuencias.

Pero ¿qué era lo que había leído?

Mi atrevimiento tal vez hubiera desatado un huracán de pequeños acontecimientos —el efecto mariposa— cuyas devastadoras consecuencias sólo serían visibles cuando ya fuera demasiado tarde.

Todo esto lo pensé a posteriori. Sin duda, no habría dado más importancia a aquel asunto si, mientras preparaba la comida, no hubiera sucedido aquello. Un acto tan inofensivo para cualquiera como poner la radio fue para mí como si me hubiera alcanzado un rayo.

Estaba girando el dial en busca de una emisora con buena música, cuando una guitarra setentera me detuvo. Normalmente prefiero escuchar clásica o jazz, pero algunos mitos del rock me gustan. Al parecer, el programa estaba dedicado a un disco de Pink Floyd del que se cumplía no se qué aniversario.

El locutor de Radio 3 dijo con voz grave y relajada:

... Es uno de los álbumes más emblemáticos de todos los tiempos y lleva vendidas más de veinticinco millones de copias desde su aparición, en 1973. Tras ensayar los temas en directo, la banda finalmente se encerró en los míticos estudios de Abbey Road. Como ingeniero de sonido contaron nada menos que con Alan Parsons, que plasmó en 16 pistas, con la nueva tecnología Dolby, una verdadera obra de arte. Es una grabación llena de sorpresas insólitas, como fragmentos en los que habla el portero de los estudios, que no esperaba salir en el disco. Para todos nuestros oyentes, tenemos el enorme placer de ofrecer la versión remasterizada del clásico: *Dark side of the Moon*, La cara oculta de la Luna.

Con un sentimiento de fatalidad pendiendo sobre mí, me había encerrado en el despacho de Titus para olvidarme de aquel episodio. Al menos, mientras me peleara con la redacción del libro, estaría a salvo de ese espacio de sombra que iba ganando terreno. En ese momento recordé lo que había dicho el viejo:

«El azar es la sombra de Dios.»

—No más sombras, por favor —dije a mi invisible interlocutor mientras encendía el ordenador portátil.

Mishima me había seguido hasta el sobreático con toda naturalidad, y ahora dormitaba bajo la mesa del tren. Una estufa de butano calentaba el ambiente con gases narcóticos.

Encontré en el escritorio del ordenador un documento titulado *Pequeño curso de magia cotidiana*. Hice clic y se abrió ágilmente, porque —como enseguida comprobaría— apenas contenía información aparte del título.

Titus firmaba la antología como Francis Amalfi, uno de sus muchos seudónimos. Como se suponía que el libro iba a ensamblarlo yo, ahora ése era mi seudónimo y mi segunda personalidad. Pues no se puede ser Samuel de Juan, doctor en Filología Germánica, y confeccionar libros amables para todos los públicos.

Pasé página con la ruedecita del ratón para llegar hasta el índice. Eso era todo lo que había hecho Titus, el resto del libro estaba en blanco. Leí los nombres de los capítulos por si se me ocurría algo que pudiera encajar en ellos:

Índice (tentativo)

0. Prólogo: bienvenido a la magia
1. Los tesoros de la soledad
2. Caricias cotidianas para el alma
3. Las flores del azar
4. El corazón en la mano
- 5.
- 6.
- 7.

«No es mucho», me dije, agotado sólo de pensar en la tarea que tenía por delante. Titus ni siquiera había terminado el índice, y ahora esperaba que llenara de sentido todo eso hasta convertirlo en un libro.

Metódico por naturaleza, decidí que había que completar el índice antes de meterme en el libro. Miré hipnotizado el vacío a la derecha del cinco, como si de la nada pudiera surgir algo espontáneamente. Un inesperado maullido de Mishima me despertó de mi estupor con la fuerza de un *satori*.

—Gracias por la sugerencia —le dije, y acto seguido tecleé:

5. Filosofía felina

Quizá no fuera un título muy brillante, pero me pareció divertido ceder ese capítulo a un gato, aunque no tuviera la más remota idea de lo que diría.

Animado, estudié el punto número seis y pensé que estaría bien incluir algún tipo de diccionario en el libro. Podía tomar algunas entradas del *They have a word for it*, si no se me ocurría otra cosa. De momento, lo llamaría:

6. El lenguaje secreto

«Suenan bien», me dije entusiasmado. Como una cosa lleva a la otra, casi sin darme cuenta me encontré tecleando el nombre del último capítulo. Con eso el índice quedaba completado:

7. Amor en minúscula

Miré orgulloso esa ocurrencia, porque era de cosecha propia. Tal vez por eso mismo se trataba del único capítulo que tenía claro. Constaría de una introducción sobre la fuerza de los pequeños actos. Luego habría una lista de lo que desata el «amor en minúscula».

Fui con la ruedecita hasta el final del documento y escribí:

#1. Poner leche a un gato (aunque no le convenga)

Esto me recordó que tenía que ir al veterinario para vacunar a Mishima. Allí me esperaba la mujer atractiva de mal genio pero buen corazón. Ése había sido el diagnóstico.

Al apagar el ordenador me invadió una fatiga que, más que física, era existencial. Realmente no había avanzado mucho, si es que tenía algún sentido todo aquello.

Con el gato pegado a los talones, me detuve un momento frente al caminante del cuadro, que se había convertido en mi espejo. Le dije:

—Cuando se disipe la niebla, me avisas.

El canon natural de belleza

Empezaba a saber algo sobre conducta felina, así que había cerrado la puerta del dormitorio toda la noche para que Mishima no se escondiera. El animal ya había adivinado lo que le esperaba, porque intentó por todos los medios que abriera.

Cuando vio que no bastaba con rascar la puerta, empezó a maullar y a saltar sobre la cama para despertarme. Pero yo me mantuve firme, aunque eso me costara no pegar ojo en toda la noche. Al final el gato se había dado por vencido, y ahora dormía acurrucado a mis pies.

Antes de prepararme el desayuno, lo encerré en el transportín. Mishima empezó a gemir, más que maullar, y traté de tranquilizarlo acariciándole la cabeza con un dedo a través de la rendija.

—La vida tiene estas cosas —le dije—. No te lo tomes a mal.

En la clínica veterinaria tenía por delante un baboso pit bull que nos miraba amenazador. Casi podía sentir cómo a Mishima se le erizaba el pelo dentro del transportín. Por una vez, agradecía estar confinado ahí.

El dueño del perro era un joven cabeza rapada con cara de pocos amigos.

Se abrió la puerta de la consulta y salió una anciana teñida de lila con un caniche en brazos. El pit bull se puso nervioso y empezó a rugir y babear, pero una mano firme lo agarró por el collar y lo elevó ligeramente para ahogarlo y hacerlo callar.

—Ahora te atiende —dijo la veterinaria sonriendo antes de cerrar la puerta.

Mishima emitió un débil maullido, como si dijera: «El peligro ha pasado.»

Mientras esperaba, me entretuve mirando los pósters que decoraban la sala, todos ellos regalo de marcas de comida para animales. Una iconografía bastante cursi de perros alegres saltando y gatos de angora que miran su pienso con expresión exigente.

Cuando hubieron salido el pit bull y su dueño, entré con el transportín en la pequeña consulta. Tal vez porque estaba en su hábitat, la veterinaria parecía mucho más relajada que en casa.

—Por cierto, me llamo Meritxell —dijo sin que se lo preguntara al tiempo que sacaba al gato de su caja.

Mientras vacunaba a Mishima, admiré nuevamente la armonía de su rostro, que el pelo corto hacía aún más destacable.

En algún lugar he leído que la belleza del rostro no es un canon cultural, sino un concepto común a todas las etnias humanas. Según parece, una misma cara resulta atractiva a la inmensa mayoría de la humanidad. Incluso se han hecho pruebas con bebés de guardería, que reaccionan de manera diferente según las facciones de la cuidadora. Mientras lloran ante las caras más irregulares, cuando se asoma a la cuna un rostro armónico lo acogen positivamente y sonríen.

El estudio permitió deducir que el concepto universal de belleza se basa en la simetría de los rasgos. Sin duda, hay otros tipos de belleza, pero los bebés todavía no pueden captarla.

Aquella Meritxell me parecía un buen ejemplo de belleza y carácter. Cuando hubo terminado el trabajo, me regaló una segunda sonrisa. Eso no quería decir, sin embargo, que aceptara una invitación a merendar chocolate con bizcochos. Opté por la discreción y me marché de ahí sin hacer ruido.

En el simétrico rostro de Meritxell casi me pareció leer una leve decepción. Probablemente se hubiera negado, pero aun así quería que se lo propusiera. Misterios de la coquetería femenina que nunca me he atrevido a desentrañar.

Buscar y encontrar

Como tenía la mañana libre, de vuelta a casa pensé que sería una buena idea pasarme por el hospital a saludar a Titus. De una clínica a la otra, aunque en la primera hubiera animales y en la segunda personas.

Aproveché el viaje en metro para leer algunos aforismos de Buda para el libro. Primero me dio cierto reparo sacar la antología que había encontrado en el apartamento. Un vagón lleno de caras grises no parece el mejor lugar para lecturas contemplativas, pero pronto vi que nadie prestaba la más mínima atención a lo que yo —o cualquier otro— hiciera.

Tenían los ojos abiertos, sí, pero miraban sin ver, lo que es peor que tenerlos cerrados. En este último caso, siempre existe la posibilidad de soñar.

Eso me hizo pensar en un fragmento de *El libro del desasosiego* de Pessoa que me había gustado especialmente. Dice algo así: todo el que duerme es nuevamente niño, porque en el sueño no se puede hacer daño ni se rinden cuentas de la vida. El mayor criminal, el más terco egoísta, es sagrado mientras duerme por una magia natural. Por eso, entre matar a quien duerme y matar a un niño no hay —según el poeta— diferencia sustancial.

De la *saudade* —otro término intraducible— del portugués, pasé a lo que se supone que dijo Siddhartha Gautama. Señalé los aforismos que me parecieron más notables para incluirlos en algún capítulo:

*El dolor es inevitable,
pero el sufrimiento es opcional.*

*El que no sabe a qué cosas atender
y de cuáles hacer caso omiso,
atiende a lo que no tiene importancia,
y hace caso omiso de lo esencial.*

«Ése soy yo», me dije mientras bajaba en la parada de Hospital Clínico, y casi me dio rabia que alguien que había vivido hacía dos mil quinientos años pudiera darme consejos.

—Así, ¿cómo llevas tus dos tareas? —preguntó Titus.

—He empezado por completar el índice del libro. ¿Cuál es la segunda tarea? —pregunté.

—Encontrar a Gabriela, por supuesto.

—La verdad es que mi búsqueda no ha dado resultado de momento.

—Yo no he dicho que la busques, sino que la encuentres —precisó Titus.

—No entiendo cuál es la diferencia.

—Mientras estés buscando, tu mirada se ancla en los límites de tus expectativas. Es como si, para encontrar a Dios, yo lo buscara debajo de la cama porque me resulta más cómodo desde mi posición. ¿Entiendes?

Asentí y tuve que pensar de nuevo en el chiste del borracho que busca las llaves junto a la farola. Titus continuó:

—Por eso, mientras busques, no encontrarás nada realmente importante.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Cruzarme de brazos?

—¡Al contrario! —saltó Titus casi incorporándose en la cama.

Miré asustado a mi derecha por si estábamos molestando al compañero de habitación, pero me di cuenta —por primera vez desde que había llegado— que la cama estaba vacía.

El viejo redactor me tomó la mano con fuerza y dijo:

—Para encontrar debes dejarte llevar. Mientras vayas con ideas preconcebidas, serás incapaz de ver lo que pasa ante tus narices.

Eso me devolvió la mirada a la cama vacía. Pregunté, algo inocentemente, por el anciano que la ocupaba una semana atrás.

—¿Dónde se ha ido?

Titus soltó una débil risa antes de contestar:

—Si lo supiera, me darían el premio Nobel de todas las disciplinas.

Lo difícil lo hacemos ahora, lo imposible llevará un tiempo

La exposición sobre *El castillo* de Kafka había sido reveladora, porque demostró que el estudiante no había entendido absolutamente nada.

Ésta siempre ha sido mi novela preferida del escritor checo —aunque escribiera en alemán—, tal vez porque es la más enigmática. Como Kafka la dejó a medias, uno sólo puede especular acerca de cuál hubiera sido el final del agrimensor K., que se afana inútilmente por llegar a un castillo que se aleja cada vez más de él.

¿Sería Gabriela mi castillo particular? Preocupado por esta asociación, repasé esquemáticamente el argumento de la novela mientras me dirigía a la terraza del café.

El agrimensor K. avanza a la deriva, confundido por una serie de indicaciones contradictorias:

- 1) K. llega a una aldea nevada porque ha sido llamado a entrar al servicio de los señores del castillo.
- 2) Cuando se aloja en la posada del pueblo, se le informa telefónicamente de que nunca podrá ir al castillo.
- 3) Poco después recibe una carta en la que se le confirma que ha sido aceptado en el servicio señorial.
- 4) El alcalde informa a K. de que el castillo no necesita ningún agrimensor, y que la engorrosa situación se debe a un error administrativo.
- 5) El mismo día recibe una carta donde le comunican que en el castillo están muy satisfechos con su trabajo de agrimensor.
- 6) Pese a esta misiva, K. sigue sin poder ejercer sus funciones y todos sus intentos de llegar al castillo resultan fallidos.

El castillo es un emblema de las más absurdas aspiraciones humanas, como el deseo de inmortalidad o mis intentos de resucitar un amor de hacía treinta años. Este pensamiento me llevó de vuelta a Titus: aunque había dicho que mientras buscara no encontraría, quería hacer un último intento.

Había decidido que si el lunático estaba en el café pasaría de largo y no volvería más. Como las tres mesas estaban vacías —era un día frío y ventoso—, tomé asiento una vez más a la del medio y pedí un vermut. Mientras me frotaba las manos para entrar en calor, tuve que admitir que esa terraza ejercía en mí algún tipo de atracción irresistible, como la de la Tierra hacia la Luna.

Y yo era un ridículo satélite que giraba en torno a un sueño imposible.

Con la energía de quien decide hacer algo por última vez, escruté con la mirada los movimientos de los transeúntes que cruzaban en una u otra dirección. Que volviera a aparecer Gabriela entre las multitudes apresuradas era como encontrar una aguja en un pajar, pero quería darle una última oportunidad.

Como reforzando mis esperanzas, en el hilo musical del café empezó a sonar una canción de Billie Holliday. La letra dice: «Lo difícil lo hacemos ahora, lo imposible nos llevará un tiempo.»

Aquel mensaje musical me reconfortó, también por lo que respectaba al ensamblaje del libro de Francis Amalfi, es decir, de un servidor.

Mientras tarareaba la canción entregado a pensamientos optimistas, una figura siniestra hizo acto de aparición. Fue tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar: el barbudo del sombrero dobló la esquina y se dejó caer sobre la silla metálica. Acto seguido depositó el manuscrito sobre la mesa.

Podría haber apurado el vermut y salir de allí para no volver más. Pero una parálisis inexplicable me indujo a permanecer en mi lugar. Asaltado por una extraña calma, seguí contemplando las evoluciones de los transeúntes.

«Algo sucederá hoy», me dije.

Aunque no tenía base alguna para pensar así, una flecha había perforado la fina capa del inconsciente para advertirme de que aquello iba a ocurrir. Tal vez por eso no me sobresalté cuando el hombre del sombrero lanzó la pregunta:

—¿Tienes nostalgia del futuro?

Un fracaso exitoso

La frase resonó en mi mente durante unos segundos mientras el viento arreciaba.

Por insólito que parezca, no me extrañó que me hablara, ni que se hubiera decidido a tutearme como si fuéramos ya amigos. Tampoco me sorprendió que la pregunta fuera absurda.

Le miré atentamente. Me di cuenta de que llevaba barba y bigote para tapar una cara demasiado redonda y un labio superior hundido.

También él parecía estar muy tranquilo, como si no tuviera ninguna prisa en obtener respuesta.

Yo tenía la sensación de haber despertado de un largo sueño. Como si todo aquello ya lo hubiera vivido —un *déjà vu*— a modo de ensayo, y ahora llegara la hora de la verdad. Un hombre cuerdo se habría levantado, dejando al lunático solo con su pregunta, pero yo había decidido tomar el toro por los cuernos. Totalmente sereno, dije:

—No puedo tener nostalgia de algo que aún no ha sucedido.

—Eso es lo que tú crees —replicó, y acercó su silla a la mía sin abandonar por ello su mesa.

Éramos como dos marineros a la deriva hablando cada uno desde su bote agujereado. Y el mar estaba ciertamente turbulento.

El barbudo volvió a la carga:

—Todos sabemos más o menos lo que nos va a suceder, puesto que en buena parte elegimos nuestro futuro. Ése es el truco de los verdaderos adivinos.

—¿De qué me estás hablando? —dije aceptando el tuteo.

—Leer el futuro es como jugar al ajedrez. Un jugador modesto puede prever las próximas dos o tres jugadas que ocurrirán en el tablero. Uno bueno muchas más.

Es una cuestión de lógica y coherencia.

—Y tú has sido capaz de prever por dónde irá tu partida.

—Sí. Antes del jaque mate, van a haber aventuras apasionantes. Por eso tengo nostalgia del futuro. Va a ser una maravilla y me gustaría estar ya allí.

—Puesto que depende de ti —dije siguiéndole la cuerda—, ¿no podrías adelantar la jugada?

Mi sospecha de que estaba chiflado empezaba a tener una base sólida.

—No es posible —respondió—, porque antes han de suceder muchas otras cosas, ¿entiendes? En el ajedrez, unas jugadas llevan a las siguientes. Si te cargas la partida no sucederá nada en absoluto.

—Déjame que adivine algo —lo interrumpí con un atrevimiento nada propio de mí—. En este manuscrito que llevas de un lado a otro está escrito ese futuro del que tienes nostalgia.

El barbudo hizo una mueca antes de decir:

—Eres un chico listo. Ya sabía yo que se podía contar contigo.

—Houston, tenemos un problema —dije, sin pensar, a la vista de que me estaba metiendo en un nuevo lío.

—Once de abril de 1970 —repuso él con seguridad.

—¿Cómo?

—Ésa fue la fecha en la que se lanzó al espacio el *Apolo XIII*. Un mal número que estuvo a punto de llevarlos al infierno.

—Por lo que veo, eres supersticioso.

—Hay que serlo cuando los indicios son tan evidentes. El *Apolo XIII* partió a las 13:13 de una fecha cuyas cifras sumadas dan 13. Haz la prueba: 11/04/70.

Sumé mentalmente las seis cifras y efectivamente daba trece. Pero eso no demostraba nada.

—Lo asombroso es que logran salvar el pellejo —siguió—. La tripulación del *Apolo XIII* iba a ser la segunda en pisar la Luna, pero cuando estaban a 370.000 kilómetros de la Tierra una explosión hirió de muerte al cohete, que empezó a vagar a ciegas en la órbita lunar. Fueron las noventa horas más largas de la carrera espacial.

—Veo que eres un experto en la materia.

—Cuando el segundo tanque de oxígeno explotó, los astronautas apagaron todos los mecanismos que pudieran restar energía a la nave. Les costó lo suyo recuperar la órbita terrestre. Fue un milagro que logran amerizar el 17 de abril al sur de la isla de Pago-Pago. Por eso la NASA calificó la misión como un «fracaso exitoso». Una bonita definición, ¿no te parece?

En lugar de responder, permanecí unos segundos pensativo. Sin duda, aquel hombre estaba en la luna, aunque la página que había leído de su libro no parecía guardar ninguna relación con nuestro satélite natural.

Como respondiendo a mi silencio, dijo:

—Pero ahora no puedo ocuparme de la Luna. Ya llegaremos ahí.

Me pareció preocupante que utilizara la primera persona del plural para cuestiones como viajar a la Luna, pero traté de protegerme tras una fachada de normalidad.

—Todo a su tiempo —siguió—. Antes hay que ocuparse de otras cosas.

Coronó esta frase con una mirada cómplice, mientras daba un último sorbo a su taza de café. Por primera vez en aquella conversación me di cuenta de que había abandonado mi vigilancia del cruce. Tal vez fuera mejor así.

—¿Cuál es la jugada de hoy? —le pregunté casi por diversión volviendo a lo del tablero.

—La mía es descubrir al autor de una pieza musical que me gusta mucho.

—Yo sé algo de música —admití—. Tal vez pueda ayudarte. ¿De qué pieza se trata?

—Eso sí que es una buena noticia —dijo repentinamente animado—. Ayer vi una película por televisión: dos vampiros modernos están encerrados en un apartamento de Nueva York. Él ha perdido la inmortalidad y empieza a envejecer minuto a minuto delante de su amada, que acaba enterrándolo como a un viejo decrepito. De vez en cuando suena una canción al piano muy triste. Me gustaría saber de quién es. No me aclaré con los títulos de crédito.

—¿Son los vampiros Catherine Deneuve y David Bowie?

—Creo que sí.

—Entonces es una pieza de Bartók. Creo que se llama *La picota* o algo así. No es un título muy alegre.

—Quizá no, pero gracias por la información.

Dicho esto, se puso en pie como si de repente tuviera mucha prisa. Dejó una moneda sobre la mesa y se levantó ligeramente el sombrero a modo de despedida.

—Valdemar se va —dijo.

Y, sin darme tiempo a decir mi nombre, se volvió por donde había venido con el manuscrito bajo el brazo.

Gondolero veneciano

Apuré mi vermut y permanecí allí, algo atolondrado, hasta que el viento helado me invitó a marcharme.

En mi cabeza sonaban los lánguidos acordes de Bartók, y de repente sentí el deseo de escuchar aquella pieza. Consulté mi reloj. Si me apresuraba, aún lograría llegar a la tienda de discos antes de que cerrara.

Hacia más de un año que no iba a aquel pequeño establecimiento de la calle Tallers especializado en música clásica. Si en algún lugar estaba el disco de Bartók, sería allí.

En lugar de desviarme hasta el semáforo, crucé la calle Pelayo algo temerariamente y atajé por Jovellanos. Luego giré a la izquierda hasta llegar a la tienda, cinco minutos antes de que cerrara.

Además de un soñoliento cajero, me recibió una melodía deliciosa que hacía años que no escuchaba: una de las «Romanzas sin palabras» de Mendelssohn, *Gondolero veneciano*. Es una pieza para piano, como la de Bartók, pero de un lirismo sobrecogedor.

Decidí aparcar la picota y me trasladé, con los ojos entornados, del estante de contemporáneos al de románticos. Antes de encontrar el disco que me llevaría a casa, esperé a que las últimas notas del *Gondolero* se extinguieran. Cuando abrí los ojos, el corazón me dio tal sacudida que estuve a punto de desmayarme: justo al otro lado de la estantería estaba Gabriela.

Aunque nos separaban escasos centímetros —me llegaba incluso el perfume de su melena negra y ondulada—, no me había visto. Sus ojos parpadeaban mientras buscaba velozmente en uno de los estantes.

Resistiendo el pánico que me impulsaba a huir, contuve la respiración mientras esperaba a que Gabriela levantara la cabeza.

Cuando eso sucedió, mi corazón empezó a golpear como un tambor de guerra. Tuve unos instantes para admirar la constelación de pecas en sus mejillas, antes de que me lanzara una mirada interrogativa.

La mía no fue una entrada brillante. Dije:

—Hola.

En su rostro se dibujó una expresión de perplejidad. Era normal, también yo me sentía como en un sueño. Acabé de romper el hielo del modo más vulgar:

—¿Te acuerdas de mí?

Me estudió un segundo con sus ojos rasgados y, acto seguido, dijo:

—No. ¿Qué desea?

Esta respuesta me descolocó de tal manera que dudé en seguir. Si todo era una ilusión y sólo yo la había reconocido, iba a ponerme en un ridículo espantoso. Aun así, eché el resto:

—Hace muchos años —dije—, en un palacio neoclásico que hay a la derecha de las Ramblas. Creo que jugábamos al escondite y...

—No sé de qué me habla —repuso asustada—. Se confunde de persona.

Dicho esto, me dio la espalda y se refugió en un rincón de la tienda.

Rojo de vergüenza, salí de allí sin otra música que la de mi corazón hecho añicos.

Una linterna mágica

Para distraer la tristeza, me detuve a pensar que aquella estaba siendo la tarde más insólita de mi vida: tras *El castillo* y la conversación con Valdemar, me había dado de bruces con Gabriela y ni siquiera me había reconocido.

¿Por qué me había mirado, entonces, de manera tan penetrante en el semáforo? Incluso se había girado para dedicarme una última mirada antes de seguir su camino. ¿O había sido sólo una alucinación producida por la fiebre?

En el camino hacia casa rebobiné varias veces esa escena y la de la tienda de discos. Al final, llegué a la única conclusión lógica: nuestros ojos simplemente se habían encontrado en el semáforo, y luego ella se había girado por casualidad. Todos nos giramos de vez en cuando mientras andamos por la calle.

Sin duda, era la misma persona que había despertado mi corazón treinta años antes con un beso de mariposa. El problema era que ella no lo recordaba. Posiblemente para Gabriela aquella escena infantil no había significado nada especial, ni entonces ni mucho menos ahora.

Por primera vez asumí, con dolor, mi condición de hombre olvidable. Y lo más absurdo de todo: aun así, estaba perdidamente enamorado de ella.

Una vez en casa, estuve tentado de correr al hospital a sincerarme con el viejo. ¿No dicen que una aflicción compartida pesa la mitad?

Sin embargo, desistí. No quería abrir más la herida asumiendo mi derrota. Para mitigar el dolor haría lo único para lo que estaba bien adiestrado: trabajar. Mientras subía las escaleras cargado con varios libros, casi me alegré de estar pluriempleado en el sobreático.

Tras la parada de rigor frente al *Caminante*, ocupé la mesa del redactor con la intención de avanzar en la tarea.

Había copiado los títulos del índice en páginas separadas del documento para ir rellenando cada sección con lo que se me fuera ocurriendo. Eché un vistazo a la sección final, «Amor en minúscula», y añadí un nuevo desencadenante del cariño universal:

#2. Hablar con un extraño

Había que incluirlo, puesto que la conversación con Valdemar me había llevado a Bartók, y éste a la tienda de discos. Allí el *Gondolero veneciano* de Mendelssohn me había conducido —por canales inescrutables— hasta Gabriela. La pregunta era: ¿de qué me había servido?

Abandoné esta sección momentáneamente para ir a «El corazón en la mano». Mientras releía *Werther* para preparar una clase, había encontrado un fragmento donde el protagonista hace a su amigo una conmovedora reflexión sobre los misterios del amor, anécdota incluida.

Aunque había leído la novela en mi época de estudiante, el pasaje seleccionado para el libro adquiriría ahora un nuevo sentido, una dimensión trágica reservada para quien ama sin esperanza. Con la pena a flor de piel, empecé a copiar:

Wilhelm, ¿qué sería sin amor el mundo para nuestro corazón? Una linterna mágica sin luz. Apenas pones la lamparilla aparecen sobre tu blanca pared imágenes de todos los colores. Y aun cuando no fueran más que eso, fantasmas pasajeros, constituyen nuestra felicidad si los contemplamos como niños pequeños y nos extasiamos ante esas maravillosas apariciones. Hoy no he podido ver a Lotte, me retuvo una visita ineludible. ¿Qué hacer? Le envié mi criado solamente por tener a mi alrededor alguien que hoy hubiera estado cerca de ella. Con qué impaciencia le estuve esperando, con qué alegría volví a verlo. Si no me hubiera dado vergüenza, me habría gustado tomar su cabeza y la habría besado.

Cuentan de la piedra de Bolonia que si se la pone al sol absorbe rayos y resplandece algún tiempo durante la noche. Lo mismo me sucedió a mí con el criado. La sensación de los ojos de ella se habían posado en su rostro, en sus mejillas, en sus botones y en el cuello de su casaca ¡hacíamelo tan sagrado, tan valioso! En aquel instante no hubiera cambiado mi criado por mil táleros. ¡Me sentía tan a gusto en su presencia...! Dios te libre de reírte. Wilhelm, ¿será la felicidad producto de la fantasía?

III

La tristeza de las cosas

Vuelve el gondolero

Una semana después de aquella tarde triste y extraña, una nueva señal me puso en guardia. Tenía la mañana libre, así que me dediqué a poner la casa al día mientras sintonizaba una emisora de música clásica.

Estaba lavando una pila de platos con incrustaciones reseca, cuando el locutor mencionó las «Romanzas sin palabras». Cerré el grifo y subí el volumen de la radio esperando desvelar algún mensaje:

... En 1828 Fanny, la hermana favorita del compositor, recibió de éste una «Canción sin palabras» como regalo de cumpleaños. Mendelssohn tenía entonces diecinueve años, y fue reuniendo más piezas cortas para piano a lo largo de su carrera. La primera colección de «Canciones» o «Romanzas sin palabras» fue publicada en 1832, con enorme éxito entre el público burgués de la época, que empezaba a instalar un piano en el salón familiar y gustaba de este tipo de piezas breves. Pese a la denominación explícita de estos temas para piano, la gente victoriana empezó a bautizarlas con títulos llenos de afectación como *La felicidad perdida* y otros tan absurdos como *La boda de la abeja*, convencidos que bajo aquellas miniaturas musicales había un argumento. Sin embargo, el propio Mendelssohn contribuyó a poner nombre a las «Romanzas sin palabras» en piezas emblemáticas como el *Gondolero veneciano* que escucharemos a continuación.

«Ya está aquí de nuevo», me dije y agucé el oído mientras entornaba los ojos para recibir la canción.

Sin embargo —y esto era lo más raro—, no la reconocí. La melancólica pieza que había escuchado ante Gabriela había sido sustituida por un tema mucho más lento y solemne, aunque igualmente bello.

Sin duda, aquél no era el gondolero que yo conocía. ¿Se había equivocado el locutor o había vivido yo engañado, tomando por gondolero a una abeja que se casa o algo por el estilo? Un enigma más para mi archivo personal.

Acabada la audición, mientras pasaba el aspirador por la alfombra, Mishima se enfrentó a la ruidosa máquina con bufidos y saltos laterales.

—Mañana hablaremos tú y yo —le dije—. Vas a ayudarme en ese capítulo sobre filosofía felina.

Solucionadas las tareas domésticas, tenía básicamente tres opciones: quedarme en casa a leer, subir al estudio del redactor o salir a la calle. Consulté mi reloj y vi que eran las doce pasadas.

«La hora perfecta para tomar un vermut», me dije, y salí en dirección al café al que no acudía desde la semana anterior.

No obstante, cuando hube abandonado los límites de Gracia, pensé que antes le debía una visita al viejo. Eso me ponía en el doloroso trance de explicarle lo sucedido con Gabriela, pues desde entonces no me había puesto en contacto con él. Tal vez era justamente por eso que le había evitado, refugiándome en las clases de la universidad y en la redacción del libro de Francis Amalfi.

Estaba cansado de tanto fregoteo, así que tomé un taxi para relajarme mientras iba en busca de mi amigo y confesor.

El conductor resultó ser un hombre de espaldas anchas y el cabello gris recogido en una cola de caballo, a la manera de los indios americanos. Como muchos taxistas, tenía ganas de cháchara, así que tras darle mi destino me contó la noticia del día:

—Una mujer de noventa años ha recibido una carta de 1937. ¿Qué le parece la rapidez del servicio de correos?

—¿De verdad? —dije con fingido interés.

—Eso parece. Se la escribía su novio desde el frente del Ebro. Murió en el campo de batalla, así que podemos decir que es una carta de ultratumba.

—¿Y qué ha dicho la destinataria?

—Ha llorado mucho. Es normal, le habrá traído recuerdos.

—Supongo que sí.

—No es la primera vez que pasa algo así —dijo el taxista—. Hace unos años, en un sótano encontraron una saca llena de cartas que habían dormido ahí casi una eternidad. El director de Correos tuvo que hacer declaraciones para frenar el escándalo.

—¿Y qué dijo?

—Una chorrada. Dijo: «Que nadie se preocupe, que no había ninguna carta de amor.»

Golpe de efecto

En el hospital encontré la cama de Titus vacía. Me comunicaron que se lo habían llevado para hacerle unas pruebas. Quise esperarle, pero la voluptuosa enfermera me azuzó para que me marchara.

—Necesitaré reposo tras la exploración —dijo.

Eso me hizo pensar en las exploraciones espaciales de Valdemar, así que me dirigí sin más demora hacia el café, aunque no tuviera un motivo para ello. Tal vez sólo necesitaba un poco de calor humano, aunque viviera en la gélida y oscura atmósfera lunar.

Mientras atravesaba a pie el Ensanche izquierdo, me pregunté cuál debía de ser la ocupación de ese tipo. No me lo imaginaba en ningún empleo serio, aunque la ropa de calidad revelaba que no iba corto de dinero. Si no vivía de una herencia, algo debía de hacer. Y eso era lo preocupante: si el sistema había podido pillar a un tipo como ése, significa que nadie está a salvo.

Cuando llegué al cruce, vi que Valdemar se acababa de levantar de la mesa y recogía su manuscrito para marcharse. Le di alcance justo cuando iniciaba su vigorosa marcha hacia algún lugar indeterminado.

Me saludó sin aflojar el paso, así que caminé a su lado bajo un sol voluntarioso, que no calentaba demasiado.

—¿Has dado con la pieza de Bartók? —le pregunté por hablar de algo.

—No la quiero —respondió abrupto—. Ya me dijiste que era *La picota*. Eso es todo lo que necesitaba saber.

—Entonces, sólo querías saber cómo se llamaba la pieza.

—Sí, me gusta llamar a las cosas por su nombre. ¿A ti no?

Mientras atravesábamos por un lateral la plaza Cataluña, me vino a la mente el enigma del gondolero de Mendelssohn y se lo expliqué a Valdemar.

—Favor por favor —dijo sin interrumpir el paso—. Llévame a una tienda y te sacaré de dudas. Soy muy bueno leyendo los estuches de los discos.

Le guié hasta la tienda de música clásica cuando faltaban nuevamente unos minutos para cerrar.

Estábamos ya con medio cuerpo dentro del establecimiento, cuando en un acto reflejo tiré de Valdemar y volvimos a la calle Tallers. Sin sorprenderse lo más mínimo por mi actitud, seguimos caminando al mismo ritmo.

—Basta ya de música —le dije—. ¿Puedo invitarte a comer? Conozco un buen restaurante cerca de aquí.

Asintió levemente con la cabeza mientras yo intentaba serenar el pulso. Se había vuelto loco desde que había visto nuevamente a Gabriela ahí dentro.

Cuando vayamos a la Luna

Le conduje por un laberinto de callejones hasta llegar al Romesco, un pequeño restaurante del Raval al que le tengo cierto afecto. Valdemar no habló en todo el camino, dándome la oportunidad de hacer mis cábalas.

De repente lo vi claro, y me reí de mí mismo por no haberlo entendido antes. No era un milagro del azar que Gabriela hubiera reaparecido en la tienda de discos: sencillamente trabajaba ahí.

A veces necesitamos dar un largo rodeo para entender lo que es evidente.

Ese descubrimiento tenía su lado reconfortante, porque ahora ya sabía dónde encontrarla. No necesitaría volverme a apostar en una terraza para ver si pasaba. Bastaba con ir a la tienda. Por otra parte, eso no solucionaba el principal problema: Gabriela no me había reconocido, ni se había mostrado receptiva a mis evocaciones infantiles. Para ella yo era un perfecto desconocido y el grado máximo de interacción entre nosotros sería la compra de un disco.

Y eso era justo lo que pensaba hacer.

Logramos capturar la única mesa libre del restaurante, antes de que una marabunta de turistas de bajo presupuesto abarrotara el espacio. Allí sólo se servían platos sencillos, así que pedí ensalada y pescado para los dos además de una botella de vino blanco.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo Valdemar.

—Aquí todo va muy rápido, no te preocupes. ¿Dónde tienes que ir?

—Debo proseguir mi estudio.

—¿De qué se trata?

Cató el vino blanco y dio unos golpecitos con el dedo índice sobre el grueso manuscrito, que reposaba sobre la mesa. Luego se secó la boca con la servilleta y dijo:

—A la humanidad le espera un futuro maravilloso.

Me quedé mudo. Como en un nuevo *déjà vu*, tuve la impresión que no era la primera vez que oía esa absurdidad.

—Eso sí que es una visión optimista —dije—. Pero ¿qué tiene que ver con el libro?

—Mucho. Me dedico a este libro porque no puedo hacer otra cosa desde que tengo nostalgia del futuro.

—Algo me dijiste. Sabes dónde estarás de aquí un tiempo y no ves el momento de llegar ahí, porque va a ser la monda. ¿Me equivoco? Pero ¿qué tiene eso que ver con la Luna?

Valdemar levantó un trozo de pescado blanco con el tenedor y lo examinó atentamente antes de introducirlo en la boca. Luego respondió:

—Este libro ya ha sufrido muchas mutaciones. Tal vez hasta sea un error llamarlo libro, porque por libro entendemos algo terminado y cerrado. Esto es otra cosa. Es un monstruo que se alarga y se deforma según se van abriendo nuevos caminos. Llamémosle destino. Llamémosle vida.

—El título, *La cara oculta de la Luna*, ¿hace referencia a ese pedrusco que tenemos ahí arriba o es simbólico?

—Ambas cosas —respondió con un repentino destello de entusiasmo en los ojos—. Digamos que empecé una investigación de índole puramente científica y eso tuvo consecuencias en otros niveles.

—Entonces, ¿eres físico?

—Algo así; soy selenólogo, pero me han apartado del mundo académico. Empecé a tener problemas con mis colegas a partir de mi hipótesis. Los científicos son gente conservadora. Parece que estén buscando, pero en realidad tienen miedo a descubrir algo que esté más allá de lo que están dispuestos a aceptar. Prefieren cerrar los ojos.

—Y tú viste algo. ¿Cuál era tu teoría?

—Bueno, en realidad no es más que una suposición, una hipótesis de trabajo. He llegado a la conclusión de que en la Luna la gente no envejece.

—¿En qué te basas para suponer eso? —pregunté fascinado—. A fin de cuentas, hasta ahora nadie ha vivido en la Luna. Los astronautas sólo estuvieron ahí de vacaciones, ¿verdad?

—Eso dicen. Samuel, has dado en el clavo.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre. Entendí que eso significaba que había superado la fase de iniciación y ya podía recibir la enseñanza suprema. Siguió:

—Yo entonces intentaba demostrar que existe una relación directa entre la oxidación celular y la gravedad terrestre. Cuando empecé a estudiar los datos recogidos por las diferentes misiones, empecé a dudar de que algún ser humano haya pisado alguna vez la Luna. Encontré demasiadas lagunas. Eso explicaría que, teniendo hoy una tecnología infinitamente superior, no se haya vuelto a ir.

—Hay una película sobre eso —apunté—. Al final, los falsos astronautas irrumpen en un cementerio en el que se está televisando su propio entierro.

—Supongo que hay otros que coinciden conmigo —dijo visiblemente irritado—, pero mi trabajo era sobre la inmortalidad. Lamentablemente no he podido demostrar nada, porque esas misiones no existieron o sus logros fueron tan pobres que es como si no hubieran existido.

—¿Desde cuándo te interesas por la Luna?

—Desde muy pequeño mi sueño fue viajar allí. En los años sesenta parecía muy claro que, en un par de décadas, todo el mundo podría ir. Por eso me siento estafado.

—Y sin embargo hablas de un futuro maravilloso.

—Porque he comprendido que al final llegaremos allí. Va a haber tal hecatombe en la Tierra que no nos quedará más remedio que colonizar la Luna. Entonces descubriremos que somos inmortales. Final feliz.

La casa de los espejos

Terminada la comida, Valdemar despegó hacia su propio mundo. Yo me quedé solo con la cuenta y las dos horas que faltaban para que la tienda volviera a abrir.

Ante la presión de un grupo de hambrientos que querían ocupar mi mesa, me levanté sin saber todavía dónde pasear mis quebraderos de cabeza. Para evitar las riadas humanas que bajan por las Ramblas, me interné por el Raval entre locutorios y videoclubs para paquistaníes.

De manera casi involuntaria llegué al Marsella, un café tan mágico como decadente que no visitaba desde mis tiempos de estudiante. Había sido mi bar favorito por los espejos que recubren todas las paredes y su ambiente bohemio.

Entré por pura nostalgia, para comprobar que en lo esencial nada había cambiado allí dentro. Los mismos espejos desgastados, botellas centenarias cubiertas de polvo, carteles de la época con mensajes a la clientela como PROHIBIDO CANTAR O PROHIBIDO ESTACIONARSE.

Mientras me sentaba a una de las muchas mesas libres a aquella hora, recordé haber leído que aquél era el café más antiguo de Barcelona —de 1820—. Entre sus ilustres bebedores se contaba el dramaturgo Jean Genet, que de joven se prostituía en el barrio Chino que ahora se llama Raval o Rawalstán.

Un camarero con acento americano me sirvió el café, interrumpiendo mi paseo mental por una ciudad que ya no existe.

Consulté mi reloj: eran las tres y media. En poco más de una hora volvería a ver a Gabriela. Sólo de pensarlo sentía un sudor frío en las manos y el pulso acelerado, estragos de una llama que yo creía extinguida.

Al verla de nuevo ese mediodía había experimentado un dolor físico y a la vez un vacío vertiginoso. Como si estuviera a punto de caer en un precipicio y ella fuera mi último asidero. En aquel momento había pensado que moriría de tristeza si debía renunciar a ella.

Mientras pensaba en todo esto noté que tenía los ojos húmedos. En la mesa de delante, una vieja borracha me observaba con expresión maternal mientras fumaba un cigarrillo negro. Aunque tosía entre calada y calada, advertí en sus ojos la compasión de quien ha quemado todas sus pasiones y es al fin libre.

En aquel momento el camarero acudió a su mesa con la especialidad de la casa: un vaso de absenta rebajado con un terrón de azúcar encendido. La vieja borracha dejó de mirarme para concentrarse en la alquimia de las llamas, que cuando se consumieran darían vía libre al alcohol caliente que ella tragaría en unos pocos sorbos.

La escena me hizo pensar en un poemario de Bukowski. Nunca ha estado entre mis autores favoritos, pero para mí merece un lugar de honor en la literatura aunque sólo sea por el título de ese libro:

ARDER EN EL AGUA, AHOGARSE EN EL FUEGO

Chinaski y compañía

Me bebí el café de un trago y salí, nervioso, a estirar las piernas mientras pensaba qué haría con Gabriela. Llegué a la conclusión de que lo mejor era disculparme por lo que había dicho la última vez —lo que equivalía a pedir perdón por que no me hubiera reconocido— y comportarme como un cliente normal.

Para distraer la ansiedad que me producía esa escena, volví a pensar en Bukowski, otro alemán huido a los Estados Unidos en los albores del nazismo. Personalmente nunca vibré con las sucias aventuras de Chinaski —su álgter ego—, pero había descubierto que era un gran tipo al leer una anécdota suya.

Al parecer, en una ocasión que viajaba en tren por la costa oeste, un niño que se había sentado a su lado miró el océano y le dijo: «El mar no es nada bonito.» Bukowski se estremeció y pensó que el pequeño era un genio, porque hasta entonces no se había dado cuenta de ello.

Desde que nacemos, nos enseñan a pensar que el mar es bonito sin que podamos decidirlo por nosotros mismos.

Anduve ensimismado con estos pensamientos hasta que alguien me tiró de la manga. Como despertando de un sueño, vi que había sido un joven árabe vestido con una chilaba. Estaba en una cabina de teléfonos y su otra mano sostenía el auricular descolgado.

—Queda crédito —dijo.

—¿Cómo?

—Quedan treinta céntimos. Si cuelgo se los traga la telefónica, y no quiero que se los queden. Toma, anda, llama a tu novia.

Dicho esto me entregó el auricular y se marchó silbando. Ni siquiera tuve tiempo de darle las gracias. A falta de novia o de amigos, tuve que pensar a quién llamaría para que el detalle del árabe no cayera en saco roto.

Recordé que había anotado el número del Hospital Clínico, por si necesitaba comunicarme con Titus. Aprovecharía para preguntarle cómo había ido la exploración.

Tras esperar casi dos minutos, su voz cavernosa surgió al otro lado de la línea.

—Estoy bien, no es necesario que te preocupes por mí. ¿Cómo llevas el libro que te encargué?

«Diablos», pensé. La verdad era que había hecho bien poco, así que era mejor cambiar de tema. Lo pondría al día de las últimas novedades.

—He conocido a un tipo —dije—, Valdemar, que también me habla de ciencia como usted.

—Debe de ser el signo de los tiempos —respondió el viejo—. Y ¿qué pasa con Gabriela?

—Al final la encontré. Trabaja en una tienda de discos. Lo tengo bastante imposible, porque ella no se acuerda de mí.

—Da igual. Tú de momento llévate la música. Ya sabes lo que dicen...

Pero me quedé sin saberlo, porque justo entonces se me acabó el crédito y la comunicación se cortó. Rebusqué en mis bolsillos alguna moneda, pero sólo aparecieron diez céntimos. No llegaba para una llamada urbana.

Con la duda en el aire, abandoné la cabina y me puse en camino con la agitación de quien avanza hacia el frente.

Romanzas

Dicen que los buenos actores de teatro, cuando el telón está a punto de abrirse, experimentan una tensión casi insoportable que desaparece en el instante mismo en que empieza la obra.

Algo así me sucedió al llegar a mi destino. Me sentí súbitamente tranquilo, dispuesto a mariposar torpemente entre las estanterías, como hacen todos los adeptos a la música clásica. Mecido por un lentísimo cuarteto de cuerda, me dirigí a la «M» de Mendelssohn para averiguar el misterio de los gondoleros.

Ése era mi truco: aunque sabía que ella estaba allí, había logrado orientar todos mis sentidos hacia ese estante, como si me fuera la vida en ello. Sin embargo, no pude evitar sobresaltarme cuando noté que Gabriela se aproximaba como una dulce sombra. Mientras yo pasaba los discos aceleradamente, vi de reojo que me vigilaba con un atisbo de sonrisa.

Giré la cara hacia ella. Había decidido representar el papel de cliente molesto porque no le dejan revolver en paz. Pero al quedar frente a frente salió algo totalmente diferente de mis labios. La mente propone y el corazón dispone.

—Lamento la confusión del otro día. Pensé que...

—No tiene importancia —dijo sonriente—, ¿puedo ayudarte en algo?

«No lo sabes tú bien», pensé. Pero había que ceñirse al guión.

—Busco una pieza que sonaba aquí la semana pasada —dije—. Es un tema para piano de las «*Romanzas sin palabras*». Creía que se llamaba *Gondolero veneciano*, pero ahora no estoy seguro.

—¿Cuál de ellos?

—Entonces hay más de uno —dije tratando de fingir una calma que no poseía en absoluto.

—Hay tres o cuatro romanzas de Mendelssohn que se llaman así.

—Bueno, pues quiero llevarme de juerga a todos esos gondoleros —dije intentando ser gracioso—. ¿Qué versión me recomiendas?

Gabriela me dio la espalda y empezó a pasar los discos con suavidad. Aproveché para admirar su melena tan bellamente ondulada, de reflejos casi azulados. Finalmente dijo:

—Hay dos versiones muy buenas: la integral de Barenboim o la selección interpretada por Andras Schiff.

—Pues Barenboim. Quiero todas las romanzas.

—No lo tengo. Ahora mismo sólo queda el de Schiff —dijo, y me entregó un disco con la fotografía de un tipo de piel rosada y la inscripción *Lieder ohne Worte*.

Lo sostuve unos segundos entre las manos, mientras pensaba en lo que debía hacer. Por un lado, quería llevarme las romanzas a casa para arder en el agua de mis lágrimas y ahogarme en el fuego de mi pasión. Por otro lado, con eso perdía una nueva oportunidad de verla.

Había una solución intermedia, aunque el doble de cara.

—Quiero las dos versiones —dije acogiendo al pianista sonrosado—. ¿Puedes pedirme el de Barenboim?

—Por supuesto. En unos días estará aquí, y te avisaremos cuando llegue. ¿Me puedes dar tu número de teléfono?

Se lo di, absurdamente orgulloso de que lo tuviera. Aunque sólo fuera para notificar la llegada de un disco, en mi ensoñación aquello se había convertido en toda una cita amorosa.

—Hasta de aquí unos días, entonces —dijo antes de esbozar una última sonrisa y desaparecer por la trastienda.

Me pareció lo más bonito que había oído en años.

—Hasta entonces —respondí embobado.

Mono no aware

«No tiene importancia», me repetía en la soledad de mi apartamento mientras me servía una taza de café.

—Ése es justamente el problema —dije a Mishima, que parecía escucharme con atención—, no tiene importancia porque para ella yo no existo. Aunque no llevara una chapa con su nombre, yo reconocería a Gabriela entre un millón de mujeres. Ella, en cambio, es incapaz de reconocerme cuando estoy ante sus narices. ¿Tanto he cambiado?

Finalizado mi discurso, me derrumbé en el sillón mientras la última luz de la tarde abandonaba el salón. Con el corazón encogido miré las estanterías llenas de libros, el equipo de música, los pósters con retratos de Brassai, la lámpara de pie apagada...

No me veía capaz de poner el disco que acababa de adquirir. Estaba embrujado por el *mono no aware* de los japoneses —la tristeza de las cosas—, un término en cuyo significado empezaba a penetrar muy a mi pesar.

Estuve unos minutos en completa penumbra hasta que me decidí a encender la lámpara, decisión que Mishima aprobó con un maullido. Tomé de la mesita el diccionario de Rheingold para columpiarme en mi melancolía con conocimiento de causa.

La palabra en cuestión no estaba directamente en el diccionario, sino en un recorte que guardaba en su interior. Al parecer, el término fue acuñado por Motoori Norinaga, un poeta japonés del siglo XVIII. Hace referencia a una extrema sensibilidad hacia las cosas, una relación sin filtros en la que el observador se funde con lo observado. Como el amante que vive en el corazón de su amada.

Esa experiencia profunda genera melancolía, como si el sustrato del mundo tuviera de por sí esa condición: lo bello y lo triste. Así se llama justamente una novela de Kawabata, el último Nobel japonés.

«Tal vez todo lo bello sea triste porque es efímero como un beso de mariposa», me dije.

Harto de mí mismo, cerré el libro y me fui a lavar los platos. Últimamente estaba de un lírico insoportable.

Mientras pasaba la vajilla por el chorro de agua caliente, podía ver la Luna, llena y espléndida en el firmamento. De repente, me pareció que estaba muy sola ahí arriba. Razón de más para ir a hacerle una visita.

Tal vez Valdemar tuviera razón a fin de cuentas y nuestra inmortalidad esté allí. Pero ¿a quién le interesa pasar la eternidad en la Luna?

Las velas de Siddhartha

Amanecí el sábado por la mañana con un pensamiento feliz: nunca estamos solos, ésa es otra de las ilusiones humanas.

La visión de la Luna había producido durante la noche algún tipo de alquimia en mí, ya que me embargaba la euforia de quien cree que todo es posible. Las mismas escenas que el día anterior habían alimentado mi tristeza ahora eran motivo de esperanza. ¿Me estaría volviendo loco?

El sol había despertado a Mishima, que se desperezaba con un bostezo mientras realizaba sus estiramientos matinales.

Salté de la cama con el convencimiento de que era dueño de mi destino. Por lo tanto, no había nada que temer, ni siquiera a Mendelssohn. Puse el disco de las «Romanzas» mientras movilizaba toda mi despensa para preparar un generoso desayuno.

Comprobé, para mi satisfacción, que la versión de Andras Schiff era la misma que había sonado en mi penúltima visita a la tienda. Era justo la medicina que necesitaba para resucitar a Gabriela y soñar con situaciones llenas de magia. Pues sólo la magia podría devolverme un amor de infancia breve como un parpadeo.

El primer gondolero me trajo la sonrisa de Gabriela, la constelación pecosa de sus mejillas, sus bellos ojos rasgados. Todo lo bueno de la vida —las maravillas del mundo— en un mismo rostro.

Para un observador externo, yo podía ser un simple bobalicón que sueña frente a un desayuno individual un sábado por la mañana. Ciertamente, si exceptuaba a Mishima, seguía tan solo como siempre. Pero mi soledad me parecía ahora densamente habitada.

Volví a repasar los eslabones de amor en minúscula que habían desembocado en mi alocada esperanza: plato de leche > gato > Titus > vía de tren (curva) > Gabriela > terraza > Valdemar > Bartók > Mendelssohn > Gabriela > Titus (exploración) > terraza > Valdemar > Mendelssohn (¿dos gondoleros?) > Gabriela...

Lo dicho: una soledad muy habitada y bastante musical por lo demás. ¿Adónde me llevaría esa cadena de causas y efectos? ¿Y la Luna? ¿Qué pintaba la Luna en todo esto?

Parecía haber una relación directa entre mi apertura al exterior —Mishima, Titus y Valdemar, sin contar a mi hermana y su marido, y la triple aparición de Gabriela. ¿Era ella el premio a unas atenciones hacia los desconocidos nada propias de mí?

«Quizá sólo sean dignos de amor aquellos que aman al por mayor, sin negar a unos lo que dan a otros», me dije.

Esa idea me llevó a un aforismo de Siddhartha Gautama que había leído antes de acostarme. Ese librito se había convertido en una buena almohada en la que reposar mis angustias. Lo fui a buscar para leerlo de nuevo.

El segundo gondolero ya había entrado en escena cuando encontré la respuesta a algunas de mis preguntas:

*Miles de velas pueden encenderse con una sola vela,
y la vida de la vela no será por ello más corta.
La felicidad nunca mengua porque sea compartida.*

Tratado de filosofía felina

Después de un sábado dedicado a la ensoñación y a las tareas universitarias —había preparado todas las clases de la semana—, el domingo empecé a tener mala conciencia respecto al libro de Francis Amalfi.

Desde que había aceptado el encargo de Titus, apenas había generado diez páginas: el fragmento de *Werther*, unos cuantos aforismos de Buda, la sección de amor en minúscula... El *Curso de magia cotidiana* necesitaba un buen empujón para convencerme de que era capaz de terminarlo.

Eché una miradita a Mishima, que se aburría en el sofá como la mayoría de la humanidad. Antes de que me entrara la depresión del domingo por la tarde, subí al estudio de Titus para enfrentarme al capítulo de «Filosofía felina».

Aunque siempre me seguía a todos sitios, mientras subía al sobreático con Mishima me convencí de que formábamos un equipo preparado para asumir el reto y coronarlo esa misma tarde.

Encendí el ordenador portátil y empecé a recopilar documentación. En la biblioteca de Titus había unos cuantos manuales sobre gatos, y uno de ellos me iría como anillo al dedo: un libro americano que podía traducirse como *10 lecciones espirituales que puedes extraer de tu gato*. La autora, Joanna Sandmark, decía en el prólogo que sus dos gatos le habían enseñado a saltar sin caerse y a ronronear cuando se sentía feliz.

No estaba mal para empezar, pero debía buscar algo totalmente diferente.

Lo de las diez lecciones no me convencía, porque siempre había asociado a los gatos con las siete vidas. Decidí que ése sería justamente el punto de partida. Sin perder a Mishima de vista empecé a redactar, impulsado por una repentina inspiración:

I. VIDA ESPIRITUAL

Los gatos son grandes meditadores, además de expertos en el arte del yoga. El felino es capaz de permanecer horas inmóvil, viajando hacia su propio centro, para en un instante dar un brinco hacia el mundo exterior y comprometer todos sus sentidos en aquello que está haciendo. Su vitalidad surge del reposo, porque el animal no consume energía en estados intermedios. O actúa o descansa. Cuando actúa, lo hace como si le fuera la vida en ello. Cuando descansa, como si nunca más fuera a levantarse. No pierde el tiempo dudando.

II. VIDA EMOCIONAL

Se dice que los gatos son egoístas, cuando en realidad son simplemente listos. No vienen a ti si pueden lograr que tú vayas a ellos. En su aparente indiferencia reside su fuerza. Prefieren dejarse amar a arriesgar sus sentimientos poniéndolos de manifiesto. Como buenos taoístas que son, hacen sin hacer y gobiernan sin gobernar. Se limitan a mantener su dignidad y a conducirse según sus caprichos. No piden cariño y por eso lo obtienen sin pedirlo. Los perros tienen dueños; los gatos, sirvientes.

III. VIDA SENSORIAL

Un gato en casa es un aviso constante de que debemos prestar atención. A menudo dejamos escapar oportunidades porque no somos conscientes de ellas. Los felinos aguzan sus sentidos, controlan su entorno y están alerta ante el más pequeño cambio. La suya es una vigilancia reposada, llena de paciencia activa. Mientras descansan están conectados a lo que les rodea para actuar cuando sea necesario. Su aparente calma es en realidad concentración. Esta atención favorece que los acontecimientos giren a su favor.

Me detuve aquí, impresionado por haber soltado todo eso. Al repasar el texto, no me parecía que eso hubiera salido de mí. Como si yo hubiera sido un mero médium a través del que había hablado Francis Amalfi. Pero ¿quién era en realidad Francis Amalfi?

Mishima golpeaba la alfombra con la cola, como animándome a volver al trabajo. Pensé en otros temas que podía desarrollar: la higiene de los gatos, su capacidad para ocultarse a tiempo, su intuición casi sobrenatural...

La lección estaba clara: yo también debía andar despierto a partir de ahora. Miré en perspectiva la semana que tenía por delante y entendí que podía suceder cualquier cosa. El secreto residía en abrir bien los ojos y saltar sin miedo cuando fuera el momento.

Cascar el huevo

Con los primeros exámenes en danza, el seminario de literatura alemana se había trasladado a primera hora del lunes. Tocaba hablar de Hermann Hesse, concretamente de su novela *Demian*, que firmó inicialmente con el nombre de su protagonista: Emil Sinclair.

Mientras atravesaba el melancólico patio de letras, releí la frase que se encuentra en el umbral de esta novela:

Quería tan sólo intentar vivir aquello que brotaba espontáneamente de mí. ¿Por qué había de serme tan difícil?

Impresionado por este inicio que no recordaba, me zambullí en la siguiente página mientras subía las viejas escaleras de la facultad. Se trataba de una breve introducción en la que el autor presenta los temas que se desarrollarán a lo largo del libro y su filosofía:

La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el intento de un camino, el esbozo de un sendero. Ningún hombre ha llegado a ser él mismo por completo; sin embargo, cada cual aspira a llegar, los unos a ciegas, los otros con más luz, cada cual como puede.

«Ya puedes decirlo», respondí al escritor de las gafas redondas mientras entraba en el aula, donde me esperaban unos pocos estudiantes soñolientos.

Sin más transición, colgué el abrigo y empecé a explicar en alemán la biografía del autor a grandes rasgos. Hermann Hesse procedía de una familia de misioneros que habían vivido en la India. Al parecer era un tipo raro, pues pasó temporadas en un manicomio e intentó suicidarse dos veces con un revólver.

Ajeno al signo de sus tiempos, un año antes de recibir el Nobel fue objeto de una caza de brujas por parte de los intelectuales alemanes, que exigieron que se prohibieran sus libros. Su pecado: oponerse a la «culpa colectiva» que Karl Jaspers había endosado a todo el pueblo alemán por el Holocausto.

Un par de bostezos mal disimulados me indicaron que debía pasar a las anécdotas y chismes. Expliqué que Hesse nunca dejó de contestar ninguna de las cartas que le enviaban sus lectores. De hecho, se calcula que llegó a responder —con mucho fastidio por su parte— más de treinta mil cartas, actividad que monopolizó su tiempo en las últimas dos décadas de su vida, y que explica en parte su escasa producción literaria después de *El lobo estepario*.

Terminada la sinopsis biográfica, distribuí los temas de *Demian* entre los presentes y me detuve en un momento de la novela que me parece especialmente significativo.

Emil Sinclair ha perdido de vista a su amigo Max *Demian*, que le ha enseñado las zonas de sombra de la sociedad en la que vive, así como las de su propia alma. Una noche, Sinclair sueña que *Demian* sostiene en sus manos un escudo adornado con un pájaro. En el sueño, el pájaro cobra vida y empieza a devorarle las entrañas.

Bajo el impacto de este episodio nocturno, Sinclair pinta el pájaro tal como lo ha soñado y envía el dibujo a la antigua dirección de su amigo. La respuesta llega de manera misteriosa, en un papel doblado que el protagonista encontrará dentro de un libro escolar. La lectura del sueño que ha hecho *Demian* adquiere la forma de una revelación:

El pájaro rompe el cascarón. El huevo es el Mundo. El que quiera nacer tiene que romper un mundo. El pájaro vuela hacia Dios.

Llegados a este punto, la listilla de la clase —con gafas redondas como las de Hesse— levantó la mano para intervenir.

—Esa idea, Hesse se la robó a Goethe.

—¿Ah sí? —respondí molesto por el tono.

—Lo pone aquí —dijo mostrando una guía alemana de lectura de tapas amarillas—. En los diarios que escribió Goethe tras su viaje a Italia, ya habla de cascar el huevo.

—Bueno, también yo he cascado un huevo para hacerme una tortilla. Y para eso no hace falta haber leído a Goethe ni a Hesse.

Me arrepentí de mis palabras tan pronto como hubieron salido de mi boca. La estudiante tenía las mejillas rojas de indignación. Había metido la pata y debía disculparme:

—Era sólo una broma, no te lo tomes a mal. ¿Puedes leernos ese fragmento?

La estudiante recuperó la compostura y empezó a leer —con perfecta pronunciación alemana— lo que Goethe sintió en el curso de sus viajes por Italia. Traduje una de las frases para un alumno algo obtuso que siempre pedía la versión simultánea:

Creía diariamente arrojar una nueva cáscara y experimentar una transformación hasta la médula de los huesos.

—Tienes razón —admití—, los dos están hablando de lo mismo. Supongo que todo el mundo tiene que cascar el huevo antes o después. ¿Qué significa esta imagen para vosotros?

Se hizo el silencio habitual de cuando me salía del guión. La mayoría de estudiantes de filología detestan pensar por ellos mismos; prefieren hallar las respuestas en los libros. Miré a un joven asustadizo que raramente abría boca. Acogió mi invitación encogiéndose de hombros.

Para su fortuna, la listilla volvió a la carga con una idea de la introducción:

—Hesse habla de dejar atrás viejas pieles. De alguna manera se está anticipando a lo del huevo.

—Bravo. Y ¿de qué pieles está hablando?

Tras los cristales de la estudiante entreví un destello de orgullo y sensibilidad.

—De las del alma —respondió.

El álbum de la vida

No tenía más clases hasta media tarde, así que barajé las opciones que tenía a mi disposición: asumir el rol de Francis Amalfi, preparar mis clases o visitar a Titus.

La idea de pasar la mañana rodeado de enfermos y familiares histéricos se me hacía muy cuesta arriba, así que elegí una opción que no estaba prevista: visitar de nuevo a mi hermana. A esa hora solía estar en casa, porque había dejado su empleo recientemente, atacada por una misteriosa patología a la que aún nadie había sabido ponerle nombre.

Quería ser coherente con el camino iniciado el día de Reyes, de modo que repetí mi mantra personal —lo contrario es lo conveniente— y detuve un taxi.

Mientras daba la dirección, observé las espaldas anchas del taxista y el cabello gris recogido en una cola de caballo. Ví que sus ojos me vigilaban a través del retrovisor. Sin duda, era el tipo que me había contado lo de las cartas olvidadas.

Sin más preámbulos, pregunté:

—¿Cuántas posibilidades hay de que uno tropiece dos veces con el mismo taxista?

—Una entre diez mil, que es el número de licencias que hay en Barcelona. Pero son cosas que suceden. Cuando empezaba de taxista, cogí tres veces el mismo día a una mujer que iba de compras. Aunque, para serle sincero, la tercera no tuvo mérito: yo la esperaba a la salida de una perfumería porque sabía que habría filete.

—¿Filete? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Pues sí, volvió a subir al taxi haciéndose la loca, como si no me reconociera. Entonces le pregunté: «¿Dónde quiere que la lleve?», y ella dijo: «A la cama». Del empalme que pillé, un poco más y rompo el taxímetro.

El portero me comunicó que Rita había salido, pero que no tardaría en regresar.

«Nadie está últimamente» me dije y, tras pensarlo un rato, decidí esperarla dentro del apartamento.

Al abrir con la llave que guardaba para emergencias, me recibió el olor a pachulí que siempre ha impregnado ese piso. Cuando vivía ahí con mi padre y mi hermana no lo notaba, pero ahora podía identificar perfectamente el aroma de una infancia desgraciada.

Primero pensé en encender el televisor, como hace Andrés en cuanto pone el pie en la casa. Debería llevar el mando a distancia en el bolsillo para poder hacerlo ya desde la puerta. Pero la imagen bovina de mi cuñado me hizo cambiar de opinión, así que preferí vagar por la casa como un intruso, aprovechando que me encontraba solo.

El salón y el dormitorio estaban sometidos a constantes reformas y, por lo tanto, carecían de interés. Tampoco había nada remarcable en la cocina, donde sólo encontré zumos biológicos y una cerveza de malta con un sabor horrible.

Mi ronda de inspección me llevó hasta el trastero de la casa, una habitación larga y estrecha llena de muebles cubiertos con sábanas, como si fueran fantasmas. Encendí la luz pero vi que estaba fundida, señal que hacía tiempo que nadie entraba ahí.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la poca luz que entraba a través del cielo abierto, avancé inseguro entre los muebles hasta el fondo de la habitación. Allí había una cómoda con algunas curiosidades de mi infancia: diplomas escolares, tebeos antiguos, juguetes y cachivaches varios. Casi a ciegas encontré una linterna de hierro que, para mi asombro, se encendió cuando pulsé el botón.

No debía de llevar muchos años allí.

Este descubrimiento sirvió para arrojar luz —nunca mejor dicho— sobre otras cosas que despertaban el recuerdo y el dolor: libretas con ejercicios de caligrafía, un compás, un juego de la oca, pulseras que mi hermana tejía con hilos de plástico...

En el último cajón de la cómoda encontré revistas musicales y un viejo álbum de fotos que no recordaba haber visto. Lo abrí y acerqué el haz de luz a la primera página, donde un grave retrato de mi padre casi me hizo devolverlo a su sitio.

Tras dudar unos instantes, regresé al álbum con la curiosidad morbosa de un arqueólogo de sí mismo. Empezaba con una serie de retratos de mi padre en diferentes situaciones: recién salido de la universidad, en un viaje a Londres, con mi hermana recién nacida en brazos.

Estas imágenes despertaron en mí un sentimiento amargo, en el que se mezclaban el paso del tiempo y un poco de mala conciencia. Sentado en el suelo del trastero, como cuando era niño, recordé que mi padre falleció sin apenas recibir atención por mi parte. Yo entonces tenía unos veinte años, y estaba herido por una infancia llena de silencios inexplicables.

Desde la muerte de mi madre, él se desentendió totalmente de nosotros y se limitó a pagar nuestros gastos. Entendía que con eso ya cumplía su papel. Mi hermana reaccionó con una conducta extravagante y llena de excesos, mientras que yo me sumí en un silencio paralelo al suyo.

Creo que fue en esa época cuando empecé a construir un caparazón que me aisló del mundo. El resentimiento formó una masa calcárea alrededor de mi corazón que me hizo tan insensible como él. Supongo que me replegaba en mí mismo para protegerme de un mundo que me parecía hostil. A amar también hay que aprender, y yo era un profano en ese arte.

Cuando mi padre desapareció, empecé a perdonarle. De repente, entendí que había hecho simplemente aquello de lo que era capaz. Como dice Hesse, cada cual avanza como puede y se halla en un trecho diferente del camino. No tenía derecho a pedirle más.

«Qué fácil es reconciliarse con los muertos», pensé mientras pasaba las páginas del álbum.

Me descubrí a mí mismo con unos tres años disfrazado de futbolista. En la página de al lado, una fotografía en blanco y negro de mi hermana en una clase de ballet. Tendría unos ocho años, y apoyaba la pierna en la barra adosada a un largo espejo. Tras ella, una larga hilera de niñas se esforzaban en conservar la posición con la cabeza bien guiada.

Entonces la vi.

Sentí que me faltaba el aire. Como un fantasma que regresa del pasado —una vez más—, reconocí a Gabriela al fondo del aula de danza. Con la pierna apoyada en la barra, elevaba el brazo en forma de arco como el resto de alumnas. Pero a diferencia de las demás, que tenían la mirada perdida en su esfuerzo por mantener el equilibrio, sus ojos apuntaban a la cámara.

Y ahora me miraban a mí. Sonreía abiertamente, como si el ejercicio de barra no fuera tan doloroso.

Arranqué la fotografía con extremo cuidado. Era la misma niña que había conocido bajo las escaleras. La Gabriela actual había sabido mantener el ángel; tal vez por eso era la mujer de mi vida, aunque ella no lo supiera todavía.

Como un adolescente ante la imagen de su ídolo, besé suavemente la fotografía y la guardé en mi bolsillo.

El mundo del andén

Llegué a la terraza del café bastante acelerado. Necesitaba hablar con alguien de todo lo que estaba sucediendo, y se me había ocurrido que Valdemar podía ser un interlocutor válido. Pero pronto entendería que era tarea inútil.

—¿Ves ese hombre de negro que se ha sentado a la barra? —dijo en tono enigmático mientras indicaba con el pie el interior del local.

Miré de reojo. Era un joven trajeado con el pelo rojizo. En aquel momento daba un sorbo a su vaso de cerveza.

—Lo veo. ¿Quién es?

—No lo sé, pero me gustaría saberlo.

Por unos momentos, pensé que Valdemar se sentía atraído por ese tipo, pero él mismo se encargó de desmentir la hipótesis.

—Ese hombre es un gran misterio —añadió.

—¿Qué tiene de misterioso? Sólo es alguien que toma una caña en la barra de un bar.

—Eso es lo que parece, pero recuerda que la Luna tiene una cara oculta y las personas también. Enseguida lo entenderás. ¿Llevas reloj?

Me arremangué para mostrarle que tenía uno. Valdemar cabeceó en señal de aprobación.

—Pues fíjate bien: el pelirrojo se levantará de la barra a las 13:24 exactamente. Luego saldrá por esta puerta tarareando una canción.

Miré la esfera de mi reloj: eran las 13:21. Aunque no entendía de qué iba todo aquello, sentí curiosidad por saber si Valdemar tenía dotes de adivino. No dije nada y ambos nos quedamos en tenso silencio, esperando que el minuterero refrendara o echara por tierra su predicción.

Efectivamente, a las 13:24 el pelirrojo dejó una moneda en la barra y salió del café tarareando una canción. Me quedé perplejo.

—¿Cómo lo has adivinado? —le pregunté—. ¿Una de tus jugadas de ajedrez?

—No —rió bajo la barba—, en este caso es pura observación. Llevo meses viniendo aquí y siempre hace lo mismo. Independientemente de la hora que llegue, se queda diecisiete minutos exactos. Ni uno más ni uno menos. Luego se va. Lo descubrí cuando empecé a cronometrarle.

Pensé que era difícil saber quién estaba más chiflado; si el cronometrado o el cronometrador. Pregunté:

—Y, ¿sabes por qué lo hace?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —soltó, casi violento—. Soy físico y me limito a constatar hechos. Ya son en sí bastante desconcertantes. Cuando te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor, descubres que estabas ciego a un mundo de señales. Y no es nada tranquilizador, te lo puedo asegurar.

—Como el cliente de los diecisiete minutos.

—Eso no es nada. Una bagatela comparado con lo que sé y lo que no desearía haber sabido nunca.

Estas palabras me hicieron pensar en el prólogo de *El lado oculto de la Luna*, que por primera vez no estaba en la mesa. Bajo la silla tenía un macuto, y supuse que estaría ahí dentro.

—¿Qué has descubierto? —pregunté.

—Todo empezó en un andén de metro. Me sentaba ahí cada tarde por prescripción del médico.

—¿Cómo? ¿De qué médico hablas?

—Tuve que ir al psiquiatra durante unos meses a causa del accidente. Pero no me medicaba: era una simple terapia conductista.

—No entiendo nada. ¿Tuviste un accidente?

—Sí.

Valdemar se detuvo unos instantes, como si decidiera si debía o no contármelo. Finalmente dijo:

—Tengo familia en Ushuaia, Argentina. Es la ciudad más al sur del mundo.

«Qué tendrá eso que ver con el metro y el psiquiatra» me pregunté, pero preferí no interrumpir su relato.

—Cuando trabajaba en la universidad y tenía dinero iba cada invierno, porque allí es verano —continuó—. Aunque, no creas, sigue haciendo frío: está cerca de la Antártida. Es un lugar magnífico para explorar parajes vírgenes, y eso hacía yo durante las vacaciones. Cogía el coche hasta donde acababan los caminos y luego seguía a pie con mi cámara de fotos. En una de mis excursiones en solitario, no vi una fisura en la montaña y me despeñé por un precipicio de treinta metros.

—¿Treinta metros? Nadie sobrevive a una caída así.

—Normalmente no, pero tuve la suerte de que un árbol frenase mi caída. Supongo que rompí unas cuantas ramas hasta dar contra el suelo.

—¿Supones...?

—Sí, porque perdí el conocimiento. Me desperté una hora después junto a un río helado. Tenía el brazo colgando, el labio partido y ninguna posibilidad de volver al camino que llevaba hasta el coche. Me separaba un muro de treinta metros de altura. Lo único que pude hacer fue caminar por la orilla del río con la esperanza de llegar a algún lugar habitado. Olvidando completamente el dolor, seguí el cauce durante quince horas hasta que llegué a unas cataratas inmensas que era imposible atravesar. Estaba cayendo la noche y la temperatura empezó a descender de los diez bajo cero. Sin duda, no lograría sobrevivir una noche allí. Amanecería muerto y congelado. Estaba aterrorizado cuando, de repente, descubrí a lo lejos una barca de salvamento que me estaba buscando. Empecé a gritar como un loco, pero el ruido de la cascada impedía que me oyeran. Era casi de noche, y vi claramente que la barca ya se alejaba. Entonces tuve una idea ciertamente luminosa...

—¿Qué hiciste? —pregunté asombrado.

—Algo tan sencillo que no se me había ocurrido hasta entonces. De puro milagro, la cámara no se había roto, así que pude disparar el flash unas cuantas veces. Entonces vieron la luz y acudieron a rescatarme. Estuve seis meses convaleciente. Fue increíble: mientras intentaba salvarme no sentía ningún dolor, pero al llegar al hospital empecé a gritar y tuvieron que dormirme.

—Es normal —dije—. La adrenalina te tenía ocupado al cien por cien en tu propósito, como un gato que salta sobre una presa. Pero... ¿qué tiene eso que ver con un andén de metro?

—Al regresar a Barcelona tuve episodios de claustrofobia aguda. Son cosas que suceden meses después de un trauma. Me volvía la angustia de estar atrapado bajo la pared. Eso era un problema, porque necesitaba tomar el metro para ir a la facultad, pero no me sentía capaz.

—Entonces fuiste al psiquiatra conductista.

—Eso. Dijo que no necesitaba medicación, así que diseñó para mí una terapia de exposición gradual. Es muy útil para combatir las fobias. Como su nombre indica,

consiste en ir exponiéndose gradualmente a aquello que te da miedo hasta que la impronta positiva borra la negativa que ha desatado la fobia. En mi caso, la caída por el precipicio. La terapia consistía en bajar a un andén de metro y sentarme en el banco donde esperan los pasajeros. Sólo eso. Primero iba por espacio de cinco minutos, que era lo máximo que resistía bajo tierra, y fui aumentando el tiempo de exposición hasta que logré permanecer media hora. Ese día tomé el metro y fui a decirle al psiquiatra que estaba curado.

—Final feliz.

—Casi, porque fue la primera vez que vi el lado oculto de la Luna, pero en las personas. Si no lo hubiera descubierto, todo sería más fácil para mí.

—Pero ¿qué descubriste?

—Algo inquietante: me di cuenta de que algunas personas del andén jamás subían al metro. Simplemente estaban ahí. Es algo que en condiciones normales nunca hubiera descubierto, porque cuando bajas al metro es para tomarlo.

—Tal vez tenían frío y se refugiaban ahí.

—Error. Estábamos ya en verano y hacía un calor de mil demonios. En esa estación nunca funciona el aire acondicionado. No puedo imaginar a nadie que encuentre placer en quedarse allí abajo.

—¿Qué hacían ahí, entonces?

—Eso mismo pregunté yo al psiquiatra. Le conté lo que había descubierto. Y ¿sabes qué respondió?

—No.

—Dijo: «Quizás están haciendo terapia, como tú.»

Alicia en las ciudades

Llegué a mi calle con la cabeza como un bombo. Valdemar tenía un talento especial para enlazar una historia tras otra. Mejor dicho: enlazaba una historia dentro de otra, abría constantes paréntesis y luego se olvidaba de cerrarlos. Todas las experiencias que contaba llevaban aparejada una teoría propia, lo cual daba lugar a nuevas historias y nuevas teorías. Y así hasta el infinito, o casi.

Mientras entraba en el portal de casa me di cuenta de que, pese al frío, no tenía el menor deseo de encerrarme en mi apartamento. Allí sólo me esperaba un gato y tareas que hacer, tanto de la universidad como de Titus.

Obedeciendo a una súbita rebeldía, retiré la llave del cerrojo y di media vuelta. Había decidido acercarme a los cines Verdi para husmear lo que daban. Estaba dispuesto a dejarme seducir por cualquier película, siempre que no fuera un rollo existencial o surrealista. Para eso ya tenía a Valdemar.

Para mi sorpresa, en una de las salas reponían *Alicia en las ciudades*, mi película favorita de Wim Wenders. Se trata de una joya en blanco y negro de 1973, una década antes de que se diera a conocer con *París Texas* y *El cielo sobre Berlín*.

Es una *road movie* muy particular. Su protagonista, Felix Winter, es un periodista alemán que recorre Estados Unidos buscando temas para un libro. Su tardanza hace que su editor cancele el compromiso, con lo que Felix se ve obligado a volver a Alemania. Mientras espera su avión, entabla relación con una alemana que tiene una hija de nueve años. La mujer se las apaña para desaparecer y endosarle la niña, con la promesa escrita que se reunirá con ellos en Amsterdam. Por supuesto, la madre no se presenta. Felix alquila un coche para buscar el único familiar que la pequeña Alicia tiene en Alemania: su abuela. La niña no recuerda el nombre de la abuela ni la ciudad donde vive. Sólo tiene una pista: la fotografía de una casa exactamente igual a millones de casas que hay en Alemania y que, por lo tanto, podría estar en cualquier parte. A partir de aquí emprenden un viaje desesperado —en cada ciudad enseñan la fotografía sin éxito— mientras el dinero se va agotando.

Salí del cine emocionado, tal vez porque siempre me he sentido como *Alicia en las ciudades*: un náufrago que espera encontrar calor en algún sitio.

Antes de llegar a casa, entré a tomar un bocado en uno de los muchos restaurantes libaneses del barrio. Pedí una botella de vino individual y me entregué a la ilusión de que era Felix Winter. Me gustaba ese tipo porque al menos tenía un objetivo claro: encontrar a la abuela oculta para librarse de la niña. Lo mío era mucho más brumoso.

En la oscuridad del salón vi que parpadeaba el contestador. Imaginé que era un comercial de esos que quieren que cambies de compañía de teléfono, de agua o de lo que sea.

Dejándolo para más tarde, di inicio al ritual de cada noche antes de acostarme. Todo sigue un orden preestablecido: me desnudo y me pongo el pijama, voy al baño en zapatillas y me lavo los dientes mientras se calienta el agua para la infusión. La tomo en la cama mientras leo un libro para que me entre sueño. Nunca logro leer más de cuatro o cinco páginas.

Esta vez había una pequeña variable. Después de haberme lavado los dientes, y antes de que la infusión estuviera a punto, me acerqué al contestador para escuchar el mensaje.

La voz era grave y tersa al mismo tiempo. Dijo algo que me pareció maravilloso:

Hola. Ya ha llegado el disco de Barenboim. Puedes pasar a recogerlo cuando quieras, ¿vale?

La cárcel del corazón

«Tengo un as en la manga que va a cambiar mi suerte», me dije al saltar de la cama.

Eran las siete de la mañana. Podría haberme quedado casi una hora más remoloneando, disfrutar de los últimos compases del sueño. Pero me sentía pletórico de energía y deseaba empezar el día cuanto antes.

Antes de entrar en la ducha pulsé el contestador para oír de nuevo la voz de Gabriela. La noche anterior la había escuchado un par de veces antes de dormirme, como si al tenerla enlatada yo retuviera una pequeña parte de su alma para siempre.

A la luz de un nuevo día, su voz me volvió a parecer deliciosa. Era un poco ronca y a la vez suave. Lástima que sólo hablara del disco de un pianista judío. Pero eso podía cambiar en cualquier momento, porque yo tenía un as en la manga. O eso pensaba, al menos.

Bajo el chorro de agua caliente, cerré los ojos tratando de resucitar el episodio vivido bajo las escaleras con el máximo detalle. Gracias a la fotografía, ahora me resultaba más fácil: podía ver la constelación de pecas en sus mejillas y esa sonrisa que dibujaba bonitas curvas junto a sus ojos rasgados. Luego se hizo la oscuridad, porque yo también había cerrado los ojos, y noté el parpadeo en mi mejilla, ligero como el beso de un ángel.

Tras repasar por enésima vez esta escena, había llegado a la conclusión de que no era el beso en sí lo que me había enamorado de Gabriela. Era la voz. La dulce audacia con la que me preguntó si me habían dado alguna vez un beso de mariposa. Allí me venció.

El parpadeo había sido sólo el eco de aquellas palabras, la luz que flota en el espacio tras el estallido de una estrella. La estrella ya no está, pero el resplandor es la prueba de que una vez estuvo allí. Del mismo modo, el beso de mariposa era la prueba de que Gabriela me había hecho esa pregunta, que era una afirmación y una flecha destinada a romper mi coraza.

Fue entonces cuando «casqué el huevo» —como diría Hesse— y salí de mí mismo, con el paso inseguro de un pollito ciego hasta segundos antes. Ciego a algo que hasta entonces no conocía: el sentimiento. Pues en el gesto de Gabriela había habido sentimiento, o como mínimo ternura. Pero un poco de ternura basta para romper las paredes más rígidas del alma.

Dicen que el primer amor tiene esa fuerza porque nos sorprende que alguien se haya fijado en nosotros.

Pasas la vida en una cárcel que te has construido y un día llaman a la puerta. Alguien ha venido a buscarte y piensas que ya nunca estarás solo. Pero ¿qué sucede si cuando abres te das cuenta de que no hay nadie detrás de la puerta? ¿Y si ya se ha ido? Tal vez para ti la llamada era una invitación a un largo paseo, tan largo que puede durar una vida, mientras que para la otra persona los golpes tenían un fin más simple: comprobar que la puerta todavía sonaba.

Tras una soporífera clase de lengua alemana, quedé libre hasta la tarde. Dispuesto a jugarme el todo por el todo, no quise retrasar más el momento de ir a verla.

Ni siquiera necesité entrar en la tienda, porque Gabriela estaba dentro del escaparate. En aquel momento colgaba el póster de una novedad, aunque las novedades en música clásica son siempre algo relativo. Como me daba la espalda, pude contemplar que su melena ondulada caía sobre un jersey de lana roja. Sus pantalones de pana beige sugerían una figura muy esbelta para tener treinta y siete años. Más que la mía en cualquier caso.

Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando —casi pegado al cristal—, primero pareció sorprendida, como si no supiera qué hacía yo allí. Pero enseguida debió de recordar el asunto del disco, porque salió del escaparate y me invitó a pasar con una amplia sonrisa.

Después de poner el doble disco de Barenboim sobre el mostrador, me preguntó:

—Por cierto, ¿tienes un hijo que toma clases de piano?

—No. ¿Por qué lo dices? —pregunté aturdido.

—Las «Romanzas» son piezas para niños que aprenden piano.

—¿De verdad? —dije avergonzado.

—Todos los estudiantes pasan por alguna Romanza que otra. Yo me quedé atascada con *La hilandera*.

—No tengo hijos —dije a destiempo y, como sucede en estos casos, hice lo último que convenía hacer en el momento menos indicado.

Sin que viniera a cuento, saqué la fotografía del bolsillo y la dejé sobre el mostrador. Gabriela me dirigió una mirada interrogativa, sin fijarse en la foto. Supongo que no comprendía por qué le mostraba unas niñas en clase de danza. Más aún cuando acababa de decirle que no tenía hijos.

Pero ya que había llegado a este punto, ahora estaba obligado a echar el resto. Dije:

—La última niña de la fila. ¿Sabes quién es?

Gabriela levantó la cartulina con delicadeza y sus ojos pasaron de la extrañeza al asombro. Pareció incluso que se le humedecía la mirada cuando dijo:

—Soy yo.

La lección de piano

Andras Schiff toca los *Gondoleros* como si fueran piezas serias, dignas de ser interpretadas en una sala de conciertos. Su versión es lenta y decadente, haciendo uso del pedal para aumentar la languidez.

El disco de Barenboim, en cambio, es más fiel al espíritu original de estas piezas. Al escuchar su versión de las «Romanzas», te puedes trasladar a los salones donde las niñas bien hacían sus prácticas. Casi te llega el olor a lavanda de su ropa en un ambiente de absoluto recato.

Los *Gondoleros* de Schiff son apasionados y sentimentales en extremo, como si el pianista fuera a morir después de cada compás. El primero de ellos tiene una duración de 2 minutos 41 segundos, mientras que la misma «Romanza» en la versión de Barenboim dura sólo 1 minuto 52 segundos. El mensaje está claro: la niña bien, cuya mayor pasión es que se acabe la clase de piano de una puñetera vez, completa el ejercicio a toda velocidad porque quiere merendar.

Creo que pensaba en todo esto —cambiando el disco después de cada tema—, como medida de protección. Es más fácil teorizar sobre el piano de Mendelssohn que afrontar hechos contantes y sonantes. De alguna manera estaba retrasando el análisis de lo que había ocurrido en la tienda, como si necesitara tomar distancia para poder digerirlo. Porque, una vez más, algo totalmente inesperado había sucedido:

«Es para ti», había dicho a Gabriela al entregarle la fotografía.

«¿De verdad me la regalas?», había contestado algo pasmada.

Recuerdo que asentí con la cabeza y me sentí triste, porque si me deshacía de la fotografía perdía todo lo que conservaba de Gabriela. Sólo quedaría una voz suave en el contestador. Dije: «Puedes quedártela. No creo que mi hermana la eche en falta.»

Y entonces había llegado el bombazo.

«Déjame entonces que te invite a un café para agradecértelo.»

Siempre he imaginado que, tras caer una bomba, debe de hacerse el silencio absoluto. Segundos después empiezan a surgir los primeros gritos. Algo así me había sucedido tras escuchar las palabras de Gabriela. Sencillamente no daba crédito. Permanecí mudo hasta que ella añadió:

«¿Qué te parece mañana a las dos, cuando cierre?»

Como toda respuesta, asentí con la cabeza. Creo que todo lo que conseguí decir fue:

«Vendré.»

Luego me hice un lío terrible con un puñado de monedas con las que quería pagar el CD. Cayeron unas cuantas al suelo y Gabriela tuvo que ayudarme a recogerlas. Nuestros rostros se encontraron por un instante bajo el mostrador, a escasos centímetros, como treinta años antes. Creo que me sonrió, aunque eso no era prueba de que recordara nada. Tal vez le había hecho gracia mi torpeza, o simplemente era amable.

Finalmente las monedas no alcanzaron para el importe del disco, así que tuve que pagar con un billete. Sofocado por mi triste papel, salí escopeteado de la tienda, como si intentara huir de mi torpeza.

Al llegar a casa me encerré en el salón como una fiera asustada. Pero dos amigos cuidaban de mí, Schiff y Barenboim, y los tres navegábamos en la góndola de Mendelssohn hacia un puerto incierto.

Polvo lunar

El miércoles empezó de manera sorprendente. Tras pasar la noche prácticamente en vela —fruto de la agitación que me embargaba—, el despertador me hizo saltar de la cama como impulsado por un resorte.

Extrañamente, Mishima no me acompañó y siguió durmiendo a pata suelta.

—No te lo tendré en cuenta —le dije—. Yo haría lo mismo en tu lugar.

Logré ducharme, vestirme y desayunar a la velocidad del rayo, aunque de hecho no tenía ninguna prisa. En un abrir y cerrar de ojos estaba en la calle y me dirigía hacia la parada del metro. Hacía un día más bien templado, pero a cada paso que daba sentía más frío. Era un helor penetrante que me subía por las piernas y hacía temblar todo mi cuerpo.

Entonces me di cuenta de que no me había puesto los zapatos. Había salido de casa en calcetines y ahora estaba demasiado lejos para regresar y calzarme. Si lo hacía, llegaría tarde a la clase de las nueve. Por otra parte, las zapaterías no abrían hasta las diez. ¿Qué hacer?

De repente, el cielo se oscureció —como si la Luna hubiera eclipsado el Sol— y un zumbido familiar resonó en una ciudad donde, aparentemente, sólo caminaba yo.

Abri los ojos y me encontré nuevamente en la cama. Apagué el despertador.

Acababa de experimentar lo que se denomina «falso despertar». Sueñas que te despiertas y haces exactamente aquello que harías si te hubieras levantado. Sigues con la ilusión de estar despierto hasta que alguna incongruencia —en mi caso: ir descalzo por la calle, el eclipse y el zumbido— te dice que aquello no puede estar sucediendo. O no, al menos, en lo que entendemos por vigilia.

Y es una lata, porque cuando te das cuenta de eso tienes que despertarte de nuevo y todo vuelve a empezar.

Una hora después de regresar al mundo terrenal, me encontré paseando por el último piso de la facultad. Había llegado con tiempo sobrado, así que me entretuve contemplando los gatos mientras mordisqueaba un bocadillo.

El tejado y los jardines de Filología están habitados por una extensa colonia felina, bastante escandalosa por cierto. Cuando las gatas no están en celo, se producen refriegas terribles entre los machos. Resulta antipático tener que aguantar todos esos bufidos amenazadores cuando uno se prepara para dar clase.

En el curso de lengua íbamos a analizar algunos textos de la denominada *konkrete poesie*, una generación de poetas cuya gracia era que lo escribían todo en minúsculas, incluso sus nombres. Se trataba de una especie de reacción contra la estética imperante tras la Segunda Guerra Mundial, como si dejar de escribir los sustantivos con mayúscula —como es norma en alemán— fuera a solucionar algo.

Al terminar las clases de la mañana sólo faltaban dos horas para la cita con Gabriela, y empecé a sentirme inquieto. Sin saber todavía adónde iba, crucé la calle vigilando que no pasara ningún coche.

«Nunca me perdonaría morir en un accidente antes de la cita», pensé.

De repente, mi vida me parecía extremadamente valiosa. No tenía ni idea de lo que podía deparar el encuentro, pero saber que la tendría cerca y para mí solo hizo que empezara a sentir palpitaciones. Además, un persistente dolor se había instalado en mi estómago y me dificultaba la respiración.

«Tienes que calmarte —me dije—, o no lograrás llegar allí.»

El secreto estaba en dirigir la atención hacia cualquier otra cosa mientras no llegara la hora. Aunque era un poco temprano, cabía la posibilidad de que Valdemar estuviera ya en la terraza del café, así que me dirigí hacia allí sin dudar.

Las tres mesas estaban vacías. Me senté a la del medio —siempre me han gustado las rutinas— y pedí un aperitivo mientras me entregaba al sol de febrero.

De haber estado Valdemar, pensé, seguro que sus estudios lunares y la nostalgia del futuro me habrían transportado lejos de mí mismo. Y eso era justo lo que necesitaba. Sin embargo, la irrupción de una figura conocida me proporcionó un inesperado entretenimiento.

Era el hombre de negro que, según Valdemar, pasaba exactamente diecisiete minutos en la barra.

A falta de algo mejor que hacer, decidí comprobar por mí mismo si la última medición había sido una casualidad y el resto sólo pura invención. Eran las 12:43 exactamente cuando aquel individuo ocupó su lugar en la barra y pidió un vaso de cerveza. Por lo tanto, debía marcharse en punto. Me lo había puesto fácil.

Espí sus movimientos como un detective, mientras iba lanzando miraditas a la esfera de mi reloj. El pelirrojo dio un par de sorbos a la cerveza, hojeó un periódico deportivo y encendió un cigarrillo. Lo apagó a la mitad, dio otro sorbo a la cerveza y retomó la lectura sin demasiada pasión. Los diecisiete minutos estaban a punto de cumplirse, pero aquel tipo no parecía tener prisa por irse.

Cuando el minuterero pisó la rayita vertical, un repentino timbrado me hizo saltar el corazón. Había sonado el teléfono del bar.

Mientras el camarero respondía con desgana, el hombre de negro dejó una moneda en la barra y salió a toda prisa, como si aquel timbre le hubiera despertado de su letargo.

«Diecisiete minutos», certifiqué.

Aunque quedaba la duda de si hubiera hecho lo mismo de no haber sonado el teléfono. Pero un nuevo golpe de efecto interrumpió mis cálculas.

—Creo que es para usted —dijo el camarero saliendo con un teléfono inalámbrico.

Me quedé estupefacto. ¿Quién podía saber que yo estaba allí? Además, ¿cómo sabía el camarero quién era yo? Ni siquiera conocía mi nombre. Dos palabras al otro lado de la línea bastaron para desvelar este misterio.

—Soy Valdemar.

«No podía ser otro», me dije, aunque era insólito que hubiera llamado por teléfono en lugar de acudir al café como cada mediodía.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

El ruido de fondo del teléfono hacía que su voz pareciera venir de otro mundo. Tras un segundo de duda, respondió:

—Sí.

—Sé un poco más explícito.

—Problemas. Pero no es algo que podamos hablar por teléfono.

«Entonces, por qué me llamas», pensé, pero no quería que Valdemar —o su voz lejana— se fueran tan pronto.

—Hablémoslo esta tarde. Apunta mi número de teléfono...

—Ya te he dicho que por teléfono no puede ser —me cortó—. Dime dónde vives e iré a buscarte.

Le di mis señas sin demasiada convicción. Acto seguido, decidí cambiar el rumbo de la conversación.

—Te oigo tan lejano como si estuvieras en la Luna.

—De alguna manera lo estoy —dijo con un tono súbitamente relajado—. Aunque no haya llegado el momento, estoy haciendo los preparativos para el despegue.

—¿Cómo será nuestra vida en la Luna? —pregunté, cómodo con aquel tema—. Quiero decir, cuando tengamos que huir de la Tierra, descubramos que somos inmortales y todo eso.

—Oh, primero habrá que resolver algunos problemas técnicos. Nada insalvable.

—¿Te refieres al viaje?

—No, eso está hecho. Hay suficiente tecnología para ir allí. El problema es el regolito.

—¿Regolito? ¿Qué demonios es eso?

—Es el polvo lunar formado por el impacto de meteoritos. Son partículas muy finas llenas de aristas que se meten por todas partes. El regolito es tan corrosivo que en pocos días se comió parte del instrumental de los astronautas. Por eso a nadie se le ha ocurrido construir hoteles en la Luna.

—Por culpa del regolito.

—Sí, se comería cualquier edificio que levantáramos ahí. Es como una lija que está en todas partes. A los astronautas les salvó el traje de amianto. El amianto es una maravilla.

—Tal vez se podría utilizar para construir esos hoteles —sugerí.

—Es posible, pero también tendríamos el problema del agua. Aunque han hecho muchas especulaciones, nadie ha demostrado que haya hielo en la Luna. Enviar agua en transportes espaciales no sería viable: el litro de agua saldría a precio de champán francés. A no ser que se construyera una enorme canalización de la Tierra a la Luna, pero entonces ésta dejaría de ser un satélite.

—Veo que has estudiado todos los detalles.

—También hay otros inconvenientes. Por ejemplo, los contrastes de temperatura. En la Luna se pasa de más de cien grados al mediodía a doscientos grados bajo cero por la noche. También hay que pensar en eso.

—¿Y si fuéramos a Marte? —pregunté sin tener ni idea de lo que estaba diciendo.

—Ni hablar. Eso sí que es el infierno. Ahí el baile de las temperaturas es aún más dramático. Además, su atmósfera está plagada de gases venenosos.

De repente, me di cuenta de que el camarero se había plantado delante de mí con los brazos cruzados. Dijo:

—Ya está bien, ¿no? El teléfono es sólo para recados.

Los bigotes del cielo

Tenía un cuarto de hora para cubrir una distancia de apenas cien metros, así que empecé a caminar hacia la tienda de música clásica casi a cámara lenta.

De repente, podía advertir un mundo de detalles que suelen pasarnos desapercibidos: el olor de una olla donde hierve pasta, un charco con forma de pez, el lunar en la frente de un bebé, un rumor de árboles lejanos... ¿Será que el amor nos hace más sensibles?

Atravesé cuidadosamente por el semáforo y bajé hasta la calle Tallers, paraíso de los coleccionistas de discos y de la ropa de inspiración londinense. Me detuve en cada escaparate para hacer tiempo, mientras notaba un hormigueo constante en el plexo solar.

Cuando llegué a mi destino, todavía faltaban tres minutos para las dos. Aun así, entré en la tienda.

En aquel momento Gabriela hablaba en voz baja con un gordo que le mostraba un catálogo. Me situé a un metro detrás de él sin decir nada. Al parecer, el cajero ya se había marchado.

Tal vez debería haberla esperado en la calle —o aquel comercial la ponía nerviosa—, pues Gabriela interrumpió la conversación y me dijo:

—Espérame en el café, enseguida voy.

—¿A cuál te refieres?

—¿Conoces el Kasparo?

—Sí, no está lejos de aquí.

Sin más explicaciones, volvió al catálogo del gordo, que, por lo que entendí, quería poner un estante especial para una colección de música barroca.

No me hice de rogar y salí hacia el célebre Kasparo, un café con mesas bajo unos arcos.

Lo había frecuentado en una época hasta que dejé de hacerlo. Son cosas que pasan sin que uno sepa por qué: vas una y otra vez a un mismo sitio —como si no hubiera otros— hasta que un día dejas de ir y no se te ocurre volver. Tal vez se ha borrado de nuestra mente porque lo hemos gastado con el uso.

Aunque haría unos diez años que no pisaba ese café, el ambiente me pareció más o menos el mismo: jóvenes prematuramente envejecidos por vivir demasiado aprisa, viejos *hippies* reciclados, algún turista despistado que ha acertado el lugar por casualidad.

No hacía calor precisamente, pero a aquella hora encontré una buena tropa de solitarios que comían el plato del día al aire libre.

Siempre he pensado que hay algo de exhibicionismo en eso de sentarse solo en una terraza. Aunque uno finja leer o cierre los ojos para disfrutar del sol, en realidad quiere que se fijen en él. Está allí como un modelo en un escaparate, a la espera de que acuda alguien que aprecie su singularidad, ese algo «especial» que nos distingue —ésta es nuestra ilusión— de la competencia.

En última instancia, el objetivo es que se siente a la mesa alguien de nuestro agrado. Quien desea de verdad estar solo se queda en su casa. Ahí sí que no sucede nada.

Encontré un rincón libre al lado de una columna y me apresuré a adoptar una pose conveniente. Modelo: hombre que espera la llegada de su amor; primera cita. Es difícil parecer natural en un trance así, de modo que me limité a pedir un café mientras miraba el cielo. En aquel momento, dos nubes muy esponjosas se habían fundido proporcionando al azul unos grandes bigotes blancos.

Estuve así mucho tiempo, como si hubiera ido allí para observar las evoluciones de las nubes. Cuando salí de mi ensoñación —un modo de mantener a raya la ansiedad—, vi en mi reloj que ya eran casi las dos y media.

«Parece que no vendrá», me dije con un aplomo que en realidad no tenía.

Acto seguido empecé a sentir pánico. De alguna manera era consciente de lo mucho que había en juego. No estaba preparado para un mundo sin Gabriela, o sin la ilusión de Gabriela al menos. Si no se presentaba, la puerta se cerraría definitivamente devolviéndome a la cárcel de la que había huido.

Justo cuando empezaba a desesperarme, la vi entrar en la plaza. Tuve unos segundos para apreciar la suavidad de sus pasos, como si no tocaran el suelo. Sus caderas danzaban bajo un vestido de lana verde que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Antes de que llegara a mi mesa, un golpe de aire levantó un mechón de sus cabellos y lo depositó entre sus labios. Gabriela lo devolvió delicadamente a su lugar y dijo:

—Disculpa que te haya hecho esperar.

Y se sentó en la silla que quedaba frente a la mía. A mi lado había otra silla libre, pero ocupar ese lugar hubiera demostrado demasiada intimidad. O eso es lo que supuse mientras respondía:

—Oh, no te preocupes. He estado mirando las nubes.

«Ése ha sido un inicio horroroso», me regañé, pero no podía dejar mi discurso a medias, pues quedaría aún peor.

—¿Sabes? —seguí—. Mientras te esperaba dos nubes alargadas se han encontrado. Por un momento parecía que al cielo le hubieran salido bigotes.

Gabriela me miró como quien tiene delante a un bicho raro. Luego respiró profundamente y, con expresión súbitamente seria, preguntó:

—¿Qué quieres de mí? Ni siquiera sé quién eres.

Me quedé mudo. Tenía previsto contarle muchas cosas antes de confesar lo que sentía por ella, si es que era capaz de hacerlo. Ahora me veía ante el juicio final sin haber presentado pruebas preliminares.

—Bueno —dije forzando un tono frío—, descubrí una fotografía tuya de infancia y te la regalé. Tú entonces me invitaste a un café. Por eso estamos aquí, ¿no?

—Eso está claro. Lo que quiero saber es por qué trajiste la fotografía. Es una casualidad que tu hermana hiciera danza conmigo, pero ¿qué tienes que ver tú con eso? Hay cientos de desconocidos en todos los álbumes familiares y no por eso nos dedicamos a buscarlos.

«Maldita sea —me dije—, no me lo va a poner nada fácil.» Mi única salvación era recurrir a mi verborrea de profesor antes de que Gabriela se levantara de la mesa. Si eso sucedía, todo estaría perdido.

—Te lo explicaré si me prestas unos minutos de atención. Nos conocimos cuando los dos teníamos seis o siete años. Algo especial que sucedió, aunque no lo recuerdes, hizo que la niña de la foto quedara grabada en mi memoria durante todo este tiempo. Cuando nos cruzamos en el semáforo te reconocí y eso me impresionó mucho. No es común reconocer a alguien después de tanto tiempo. Me miraste dos veces, primero en el cruce y luego en la acera, antes de seguir tu camino. Eso me hizo pensar que habías sentido algo parecido.

—Es verdad, te miré —reconoció mientras se pasaba la mano por el pelo—, pero no porque recordara nada especial. Me llamó la atención que fueras por la calle en pijama.

—¿Cómo lo viste? —pregunté repentinamente avergonzado—. Me había puesto los pantalones y el abrigo encima.

Gabriela sonrió por primera vez en aquel encuentro.

—Se veía perfectamente porque llevabas el abrigo medio abierto —dijo—. Por eso me giré a mirarte.

—Entonces ha sido todo un malentendido —dije decepcionado—. Pero la foto demuestra que eres la persona que yo recordaba. Aunque no sepas qué sucedió, eso debes reconocerlo.

—Lo reconozco, pero ¿qué sentido tiene revivir algo de hace treinta años? Las personas crecen, cambian, se olvidan unas de otras. De otro modo sería muy difícil vivir, ¿no te parece?

Sentí que estaba a punto de llorar, algo que no me sucedía desde la adolescencia. Decidí clausurar el encuentro antes de dar una escena lamentable. Pero Gabriela me reservaba una última estocada.

—Debes de sentirte muy solo para tener que escarbar tan lejos.

Mientras llamaba al camarero para pagar la cuenta, traté de encontrar una frase lapidaria para cerrar aquel episodio de manera más o menos honrosa. Pero no se me ocurrió ninguna.

Gabriela me miraba con preocupación, como si de repente se sintiera responsable de mi dolor. Yo acababa de pasar por la fase del desprecio, pero no estaba dispuesto a pasar por la de la compasión. Así que me levanté, dejándola en la mesa, y le dije:

—Siento haberte molestado.

Y me alejé de allí con la sensación de haber envejecido treinta años.

El consuelo de Buda

La herida era profunda, por eso era urgente que me la lamiera si no quería desangrarme. Llegué a casa convencido de haber quemado las naves. Los gondoleros tendrían que ir a cantar sus romanzas a otra parte, porque no pensaba volver a escucharlos.

Con el corazón repentinamente endurecido, subí enfurecido al sobreático para volcarme en un capítulo del libro que me iba al pelo: «Los tesoros de la soledad.»

En la biblioteca de Titus había encontrado dos manuales americanos sobre el tema que podían aportar algunas claves. *Fiesta para uno: manifiesto del solitario* y *Celebrar el tiempo solo: historias de soledad espléndida*. Es una maravilla cómo esta clase de libros hacen de la necesidad una virtud, cuando no una obligación.

El primero hacía referencia a algunos solitarios de postín, como Newton o Michelangelo, que «nunca formaron parte del coro» y les fue la mar de bien. El segundo se centraba más en los beneficios concretos de la soledad, que fui anotando de cara a redactar el capítulo.

- Es el estilo de vida predominante del nuevo milenio.
- Favorece las propias prioridades y la toma de decisiones.
- Proporciona un grado de libertad máximo.
- Pone todo el tiempo a nuestra disposición.
- Ayuda a encontrar un sentido a la propia vida.
- Nos acerca al autoconocimiento y a la divinidad.

Lo dejé en ese punto porque me estaba deprimiendo. Me di cuenta de que aceptar ese tipo de consignas equivalía a enterrarse en vida, ahora que —a pesar de todo— acababa de asomar la cabeza al mundo. Había perdido la oportunidad de amar a Gabriela, pero aún no estaba dispuesto a enfundarme el hábito de ermitaño.

«Hay un mundo ahí afuera —me dije—, aunque no siempre logre entenderlo.»

Reconfortado con este pensamiento, preparé la cena, puse pienso y agua fresca a Mishima, lavé los platos, escuché la radio... Tal vez sí que tenía algo de ermitaño, pero estaba dispuesto a bajar de la montaña.

Había decidido, con mucho pesar, desterrar a Gabriela de mis esperanzas para iniciar un nuevo rumbo, dondequiera que me llevase. Los tesoros de la soledad se los dejaba a quien estuviera harto de vivir. De hecho, yo tenía la sensación de no haber empezado todavía.

Me acosté con el medicinal libro de Buda. Una página abierta al azar me reconfortó de mi desolación antes de caer dormido:

*Demos las gracias, porque si hoy no aprendimos mucho,
al menos aprendimos un poco, y si no aprendimos un poco,
al menos no enfermamos, y si enfermamos,
al menos no morimos, por lo tanto demos las gracias.*

IV

Palabras por inventar

Nocturno

Durante varios días no sucedió nada. Estuve esperando la visita de Valdemar, pero no apareció. Tampoco acudió los días siguientes a la terraza. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Hablé un par de veces con Titus por teléfono. Nuestra conversación seguía un itinerario prefijado: decía que su recuperación era lenta pero segura, luego me preguntaba por el libro de Amalfi, y yo exageraba el trabajo realizado para que estuviera tranquilo. Antes de que me preguntara por Gabriela, me despedía abruptamente y prometía volver a llamar.

Sin embargo, Titus era un viejo zorro y ya se imaginaba que las cosas no habían salido a pedir de boca precisamente. Me dijo:

—Samuel, si quieres conseguir algo, piensa que las cosas no suelen salir a la primera.

—¿A qué viene eso ahora? —protesté.

—Lo importante es que sigas amando la vida. Como sostenía Freud, amamos para no enfermar.

Me sorprendió que quien decía estas palabras fuera un hombre desahuciado por la enfermedad. Aunque tal vez fuese eso, justamente, lo que le había dado la perspectiva adecuada.

Titus terminó la conversación con una frase que parecía no venir a cuento, pero de la que tomé buena nota:

—Adiós Samuel, y recuerda que nada es casual.

Libre de mis delirios románticos, tenía todas las fuerzas a mi disposición para alimentar la rutina. En el curso de literatura habíamos acabado con Hesse y tocaba ocuparnos de Bertolt Brecht, estandarte cultural de la Alemania socialista. Luego llegarían los exámenes de febrero y algún lloro en horas de despacho. Vaya, lo normal.

Un miércoles por la noche, mientras preparaba mi clase sobre Brecht, tuve un extraño presentimiento. Estaba repasando un listado de obras teatrales, cuando me asaltó la certeza de que algo iba a cambiar. Resulta imposible explicar cómo llega uno a este tipo de conclusiones, pero el caso es que supe que aquella normalidad en la que me había instalado era tan aparente como provisional.

El mensaje que me mandaba la intuición era algo así como: no te confíes porque, aunque no la oigas llegar, la tempestad se acerca; procúrate un buen chubasquero.

Me acosté con otro convencimiento: mis encarnaciones en Francis Amalfi estaban poniendo en peligro mi cordura. Y sólo tenía hechas una docena de páginas. Había que acabar lo que faltaba antes de que me perdiera del todo.

Tras semanas de ausencia, volví a pensar en el hombre de Tokio mientras Mishima se acomodaba en la cama. Me asustó pensar que estaba retrocediendo a posiciones que creía ya superadas. ¿Y el amor en minúscula, dónde quedaba? Mientras pensaba la respuesta, me dormí.

Un zumbido estridente me arrancó del sueño. Desconcertado, aún no había vuelto del todo a la vigilia cuando un segundo zumbido confirmó que no estaba durmiendo. Era el interfono; llamaban desde la calle.

Miré la hora en el despertador digital: eran más de las tres de la mañana. Aturdido, me incorporé maldiciendo al borrachín que se dedicaba a incordiar tras el cierre de los bares. Pues sólo un borracho o un loco puede llamar a esas horas.

Un tercer zumbido me confirmó que la llamada no era casual ni tenía como único objeto molestar. Quienquiera que fuese, esperaba una respuesta.

Con las piernas aún dormidas, enfilé el pasillo preparando un insulto lo bastante contundente para ahuyentar al borracho. Había una segunda opción, pero no quería ni pensar en ella. Al levantar el interfono, sin embargo, mis peores sospechas se vieron confirmadas.

—Soy Valdemar —dijo—. Necesito ayuda.

El escondite

Valdemar subió las escaleras visiblemente agitado. Antes de explicar qué sucedía, descargó en el pasillo una misteriosa caja metálica, una bolsa grande de lona y el macuto en el que solía transportar su manuscrito.

Apagué la luz del pasillo y le invité a pasar al salón. Creo que el sueño que me embargaba me impedía enfadarme, teniendo en cuenta que apenas nos conocíamos y yo tenía clase a primera hora de la mañana. Por otra parte, algo grave debía de haber sucedido para que me visitara a horas tan intempestivas.

Iba a encender la luz del salón cuando Valdemar, que se había derrumbado en el sofá, dijo:

—Por favor, no lo hagas. Es mejor que estemos a oscuras.

Dicho esto, prendió un cigarrillo sin pedirme permiso. Era la primera vez que le veía fumar.

Fui a la cocina a buscarle un cenicero. Las nubes ocultaban la Luna y un silencio inédito lo envolvía todo. Era como si el tiempo se hubiera congelado y fuera a permanecer así hasta que Valdemar soltara aquello que había venido a decir.

Le entregué el cenicero y ocupé el sillón que quedaba justo enfrente. En la oscuridad del salón, pensé que era inquietante hablar con alguien a quien no le ves la cara. Ni siquiera se había quitado el sombrero; podía ver su silueta. Dio una profunda calada y la punta del cigarrillo iluminó por unos instantes su rostro. Luego dijo:

—Samuel, voy a ser franco. No tengo donde caerme muerto.

«Empezamos bien», pensé.

—Tenía un apartamento de alquiler —continuó—. Me retrasaba un poco en los pagos, es verdad, pero la propietaria se mostraba bastante comprensiva. Después del incendio cambié de opinión y me dio tres días para marcharme. Hoy ha vencido el plazo.

—¿De qué incendio hablas? —pregunté alarmado mientras Valdemar apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—Alguien pegó fuego a mi puerta. Supongo que la idea era que las llamas pasaran al otro lado. Pero no te preocupes, el manuscrito se ha salvado.

—¿El manuscrito? —repetí aturdido—. ¿Crees que intentaron quemar tu casa para destruir el manuscrito?

—Y a mí con él. Hay gente interesada en sacarme de la circulación. Saben que estoy descubriendo cosas. Por eso te he pedido que no enciendas la luz. No conviene que averigüen que estoy aquí hablando contigo. Es por tu propia seguridad.

En aquel momento Mishima saltó sobre las rodillas de Valdemar, que empezó a acariciarle la cabeza con las yemas de los dedos. Aquella era ciertamente una imagen siniestra, muy adecuada para el lío en el que me estaba metiendo sin quererlo. Tal vez todo aquello sólo fueran imaginaciones tuyas, la manía persecutoria de alguien que cree haber leído el futuro en un tablero de ajedrez. Pero el hecho de que hubiera venido de madrugada con todas sus cosas no dejaba de ser inquietante.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—Necesito estar un tiempo en la sombra hasta que se olviden de mí. Pero no quiero ponerte en peligro. Déjame descansar aquí esta noche y mañana seguiré mi camino.

—Buscas un lugar para esconderte.

—Eso mismo. También para esconderme de mí mismo. Creo que he jugado demasiado fuerte últimamente.

Una idea alocada pasó por mi cabeza y se detuvo allí, reclamando atención. Mi piso tenía un único dormitorio y, por lo tanto, sólo podía ofrecer a Valdemar el sofá del salón, con las molestias que eso comportaría para mí. Pero había una alternativa. Con la mirada fija en el techo, dije:

—Tengo las llaves del apartamento que está encima de nosotros. En principio sólo yo puedo disponer de él, pero supongo que el dueño no se enterará si te alojas ahí unos días.

—¿Está vacío? —preguntó Valdemar muy interesado.

—Sí, es de un viejo redactor que ha sufrido una angina de pecho. Me dio las llaves para que le ayudara a terminar un libro que había dejado pendiente. Pero puedo continuarlo en mi ordenador.

—¿De qué libro se trata?

—Nada que pueda interesarte. Es una antología de textos inspiradores. Se llama *Pequeño curso de magia cotidiana*. Como puedes ver, yo también tengo un lado oscuro.

—Todos lo tenemos —dijo súbitamente animado—. Y nuestra obligación es viajar allí para explorarlo. Pero es una aventura peligrosa.

—Tú eres la prueba —apunté con un bostezo.

Le estaba mandando un mensaje no verbal para que entendiera que era hora de dormir. Pero Valdemar parecía estar en su mejor momento y no renunciaría fácilmente a exponer sus visiones. Dijo:

—Antes de que empezara la carrera espacial, la cara oculta de la Luna hacía que la gente imaginara cosas extraordinarias. Como las personas, nuestro satélite muestra siempre el mismo lado. Lo que podía haber detrás era un misterio. Por eso las primeras fotografías fueron todo un acontecimiento, pero también una decepción.

—¿Qué esperaban encontrar en el lado oculto de la Luna?

—La gente pensaba que había selenitas escondidos ahí detrás para que no les amargásemos la fiesta. Pero la ciencia sabía perfectamente que no había nada allí.

—Entonces, ¿por qué tanto interés en hacer fotografías y luego ir hasta allí?

—Si es que se fue —puntualizó Valdemar—. La curiosidad humana no tiene límites. Y a veces nos olvidamos del riesgo que eso comporta. A no ser que aceptes vivir en la periferia del mundo, es mejor no saberlo todo, créeme.

—Eso es lo que explicas en tu libro.

—Sí. Es una crónica de los descubrimientos que me han llevado hasta aquí. Empecé con los enigmas de la Luna: las incongruencias de las misiones espaciales, las posibilidades reales de establecernos allí, el momento en que sucederá, la inmortalidad... Todo eso. Pero eran sólo trabajos preliminares. Tardé un tiempo en entender el verdadero mensaje: la cara oculta de la Luna es un reflejo de nuestra propia alma. Olvídate de la carrera espacial. Eso es un juego de niños comparado con lo que hay allí.

La merienda del gato

Me levanté con mucho sueño tras la larga conversación nocturna. Entre la Luna y el alma, Valdemar había vuelto al episodio de la «gente del andén».

—Quién sabe si no son ellos los que pegaron fuego a mi puerta. Quizá no perdonan que haya descubierto que están ahí, sin subir nunca a los vagones —había dicho.

Yo le había quitado esa idea de la cabeza, sobre todo porque no creía que nadie hubiera atentado contra ese pobre infeliz. Le dije que, para mí, el incendio tenía una explicación mucho más sencilla: alguien, tal vez él mismo, había tirado delante de su puerta una colilla sin apagar. Ésta había encendido la alfombrilla de la puerta provocando una gran humareda y un olor desagradable.

Era un pensamiento muy lógico y la lógica no siempre lo explica todo, lo sé. Pero había servido, al menos, como placebo para acostarnos tranquilos.

Valdemar había subido con sus cosas al apartamento de Titus y habíamos quedado en vernos al anochecer del día siguiente. Entre tanto, yo tendría que lidiar con el sueño y la desidia de los alumnos, buena parte de los cuales ya no acudían a clase porque habían empezado a estudiar.

El café del cruce formaba ya parte del pasado, así que aproveché la pausa del mediodía para acercarme a la consulta veterinaria. Había visto en la cartilla que a Mishima le correspondía una segunda vacuna, así que pregunté a Meritxell cuándo podía traerlo.

—Hoy por la tarde tengo una visita muy cerca de tu casa —dijo—. Si quieres paso por ahí, así no te has de desplazar. Te lo cobraré como si hubieras venido a la consulta, ¿vale?

Estaba claro que le caía simpático. El gato era lo de menos: ya podía ir preparando el chocolate con bizcochos, porque la merienda iba a hacerse realidad. Sin embargo, había que disimular, porque la veterinaria era una mujer tímida que nunca admitiría que acudía a una cita.

—De acuerdo —convine—, pero no me digas a qué hora vienes. Es más, intentaré olvidarme de que hemos quedado para que Mishima no vuelva a esconderse.

—Es una buena táctica —dijo, y me guiñó el ojo antes de desaparecer tras la puerta del consultorio.

Volví a la facultad con la intención de comer algo antes de la clase de las cuatro. El bar de Filología es un zulo subterráneo donde resulta difícil sentirse cómodo, pero prefería hacer tiempo allí mismo.

«Tengo vida social», me dije satisfecho mientras mordía el segundo bocadillo del día.

Desde la llegada de Mishima mi vida se había llenado de compañías variopintas: el viejo, Valdemar, ahora Meritxell. Todos ellos parecían necesitar algo de mí. El gato quería un dueño. Titus, un redactor que le sustituyera. Valdemar, un escondite para sus miedos y conversaciones a medianoche. En el caso de la veterinaria, supuse que sólo buscaba un poco de amistad.

Con una excepción en la que no quería detenerme, me encantaba ser necesario para ellos. Nunca lo hubiera imaginado. Por primera vez me daba cuenta de que nuestro valor se mide, sobre todo, por el bien que hacemos a los demás.

Desaprender lo aprendido

Antes de entrar en mi propio piso, subí a controlar que en el sobreático todo marchara bien. Apliqué la oreja a la puerta pero no detecté actividad de ningún tipo. Probablemente Valdemar estuviera durmiendo. Tenía que reponer fuerzas para no dejarme dormir por la noche.

Contento con la perspectiva de la visita, olvidé que debía ocultármelo a mí mismo para que Mishima no se diera cuenta. Pero mi entrada en el piso con la bolsa de los bizcochos no pasó desapercibida al gato, que hizo unas cuantas carreras por el pasillo antes de volatilizarse. Esta vez ni siquiera me preocupé en buscarlo.

Dejé los bizcochos sobre el mármol de la cocina, junto al paquete de cacao en polvo, y me dejé caer en el sillón sin remordimientos. Aprovecharía la última hora de luz para hojear una vez más el diccionario de palabras intraducibles.

Mientras pasaba las páginas de atrás hacia adelante, fui a parar a un término familiar, *dharma*. Leí:

¿Cuál es mi lugar en el universo? ¿Cuál es la mejor manera de vivir mi vida? ¿Cómo encontrar las respuestas correctas a estas preguntas? Las tradiciones espirituales del mundo se han construido sobre el impulso humano de buscar estas respuestas.

La redacción del libro de Amalfi me había enseñado a saltar hábilmente dentro de este tipo de obras, así que pasé por alto la descripción filológica del término y la cosmología hinduista. Me detuve en la referencia a una novela de Kerouac que había leído hacía años, *Los vagabundos del Dharma*. Este clásico de la generación *beat* había inspirado en el autor del diccionario la siguiente reflexión:

Buscar maneras de aprender y seguir el propio *dharma* no significa la aceptación ciega de un dios o doctrina determinados; es más bien el reconocimiento de que vivir de la manera correcta llevará a la iluminación de todos los seres sentientes, una declaración de que cada ser humano tiene la oportunidad única de descubrir la verdad esencial.

El zumbido del interfono anunció el fin de la lectura y la llegada de Meritxell. Por suerte, no había que contar con Valdemar, que tenía llave para entrar y salir del piso que ocupaba fraudulentamente. Aunque supuse que no se aventuraría a salir de su madriguera los próximos días.

Cuando sonó el timbre de la puerta, yo ya estaba allí recostado contra la pared. La veterinaria entró con su pequeño maletín y un buen humor desconcertante. Observé que se había pintado los ojos y desordenado el pelo corto con gomina. Habría que prohibir a las chicas naturalmente guapas que se pongan aditivos.

A modo de recibimiento, empleé una frase que recordaba haber oído en un chiste:

—Tengo dos noticias que darté: una buena y una mala. ¿Cuál quieres primero?

—La mala, siempre hay que empezar por la mala —rió.

—No encuentro al gato. Ha vuelto a esconderse.

—Bueno, no es el fin del mundo. ¿Cuál es la buena, entonces?

—Puedo preparar chocolate con bizcochos.

—Nunca tomo chocolate, me produce alergia. Pero te acompañaré para descansar un rato. ¡Estoy rendida!

Dicho esto, ocupó el mismo lado del sillón donde Valdemar había soltado su conferencia nocturna. También Mishima solía dormir allí. Debía de tener, pues, algún magnetismo especial.

Mientras hervía la leche para el chocolate a la taza, observé de reojo lo que hacía la bella veterinaria. Se arregló el pelo un par de veces y pasó revista a todo lo que había en el salón. Parecía estar cómoda allí y a la vez expectante, aunque la verdad es que yo no sabía qué esperaba que hiciera.

Serví la merienda y acerqué mi sillón a la mesita. Podría haberme sentado a su lado en el sofá —había espacio de sobra para dos—, pero era una opción peligrosa. Si me equivocaba y Meritxell no quería nada de mí, se sentiría violentada por la proximidad. Si, por el contrario, había cometido el error de elegirme, esperararía que en algún momento de la conversación le pasara el brazo por el hombro. A partir de ahí, podía pasar cualquier cosa.

Solución: me senté en el sillón a verlas venir. Simplemente deseaba disfrutar de una merienda en buena compañía. No quería apuntar más alto.

—Yo también vivo sola —dijo mientras aceptaba un zumo de naranja—. Compartí piso durante muchos años, pero ahora tengo necesidad de un espacio propio.

—Siempre he pensado como tú —confesé—. Sin embargo, desde que empezó el año las cosas se han complicado para mí sin pretenderlo.

—¿Qué quieres decir?

Estuve a punto de contarle cómo había actuado el amor en minúscula, pero me frené a tiempo por miedo a aburrirla.

—Digamos que la mía es una soledad muy ruidosa —respondí—, como la novela de Hraval.

—¿Quién es Hraval?

—Un checo. Disculpame, los profesores tenemos el vicio de hablar con referencias bibliográficas, lo cual es una idiotez.

—¿Por qué ha de ser una idiotez? —replicó Meritxell—. Siempre está bien saber cosas.

—Hasta cierto punto sí, pero saber demasiadas puede ser un estorbo. Valdemar es la prueba.

—¿Quién es Valdemar?

—Más vale que no lo sepas.

—¡Según tú, nadie debería saber nada!

—Bueno, Buda decía que el conocimiento debe ser como una balsa: sirve para pasar a la otra orilla, pero una vez alcanzada es absurdo cargar con ella. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Has usado a Buda para explicarte.

—¿Lo ves? Soy incorregible. Es a eso a lo que me refiero: tengo que desaprender lo aprendido para volver a ser una persona normal. La cultura es un ruido de fondo que no me deja ver la vida tal como es. La cultura no hace feliz a nadie. Quiero ser un ignorante, o un campesino sabio que adivina cuándo lloverá y se acuesta y

levanta con el sol.

—Mi hermano tiene una masía en Berga —dijo irónica—. Tal vez te preste la azada si se la pides.

—Un buen garrotazo en la cabeza, eso es lo que me tendría que dar.

El timbre del teléfono interrumpió aquella conversación inesperadamente animada. Ni yo mismo entendía por qué estaba diciendo todo aquello. Pero mi invitada parecía estar divirtiéndose, así que declaré:

—No pienso cogerlo. ¡Jamás! Estamos en huelga contra el ruido de fondo que no nos deja ver la vida.

Al tercer timbrado se activó el contestador. El mensaje que se grabó me hizo derramar el chocolate sobre el jersey.

Samuel, siento mucho lo que pasó la semana pasada. Creo que fui injusta contigo. ¿Me perdonas? Hay muchas cosas que no sabes de mí. Bueno, en realidad no sabes nada de mí. O casi nada.

Al llegar a este punto, su voz grave pareció quebrarse y se cortó la comunicación.

Con el corazón en un puño, hice un esfuerzo descomunal para abstraerme de lo que acababa de oír y volver a la conversación. Por su parte, Meritxell había perdido la placidez con la que se recostaba en el sofá. Parecía incómoda por haber asistido a aquella intimidad, que la situaba además como plato de segunda mesa. Ninguna mujer tolera eso.

Sin demasiada convicción, seguí:

—Lo dicho. No hay quien viva tranquilo.

El teléfono volvió a sonar, dinamitando cualquier vestigio de comodidad entre Meritxell y yo. Ya no me atreví a decir nada, ni mucho menos a descolgarlo. Simplemente me encogí en el sillón como un pollo desplumado.

Era nuevamente Gabriela, que completaba el mensaje anterior:

Lo que quiero decir es: me gustaría que nos viéramos otra vez, si no estás enfadado conmigo. Tal vez podamos ser amigos. Prometo portarme bien, ¿vale? Mi teléfono es...

Antes de que terminara el mensaje, Meritxell se levantó del sofá y tomó el maletín y el abrigo.

—Se me hace tarde —dijo.

La acompañé hasta la puerta sumido en la confusión. Antes de que encontrara algún tipo de despedida, añadió:

—Tenías razón: la tuya es una soledad muy ruidosa. Adiós.

Leitmotiv

Valdemar no acudió por la noche tal como había dicho, pero tampoco hice el esfuerzo de ir a buscarle. Empezaba a comprender que era imprevisible como un gato.

Ya en la cama, empecé a revisar todo lo que había sucedido aquella jornada llena de sorpresas. Había llegado a una conclusión que me parecía interesante: cada día tiene una tónica determinada, lo que en alemán se llama *Leitmotiv*, motivo conductor.

Hay días en que no ganamos para sustos. Todo lo que hacemos parece ir en nuestro perjuicio. Entonces decimos: «Me he levantado con el pie izquierdo» o «No tendría que haber salido de la cama.» Y tal vez con razón, porque cuando el *leitmotiv* del día es: «Hoy toca sufrir», nada funciona por mucho que nos esforcemos.

Otro *leitmotiv* bastante frecuente es: «Estoy muy enfadado contigo.» Son esos días en los que, sin razón aparente, todo el mundo nos riñe y se irrita por cualquier cosa que hacemos o decimos. Tampoco hay remedio, sólo esperar a que pase el vendaval. Los días de signo negativo, cuando todo sale mal, lo mejor es no tomar medidas drásticas de las que después uno tenga que arrepentirse. Lo más prudente es estarse quietecito y esperar que el día siguiente tenga una tónica favorable. También hay días así.

Ya en los últimos compases de la jornada, entendí que el *leitmotiv* de aquel día había sido: «Quiero estar contigo.»

Lo que, cuando te encuentras solo, parece una bendición, a la hora de la verdad resulta difícil si no estás preparado. Para aceptar la estima de los demás hay que tener un corazón sabio, porque es más fácil recibir desprecio que amor. Contra el que te ataca te revuelves, pero ¿qué hacer cuando alguien te muestra abiertamente su cariño? Podemos dejar la barca del conocimiento en la orilla, pero dejarse querer es algo que sí hay que aprender.

Tal vez el *dharma* último de todo ser humano sea ser capaz de recibir amor para poderlo revertir en los demás.

Antes de dormirme, pensé que Meritxell había sido muy amable al merendar conmigo y prestar atención a mis tonterías. Pese a la abrupta despedida, se había manifestado un territorio común. Había algo entre nosotros que nos permitía mostrarnos tal como éramos, sin miedo a hacer o decir algo equivocado.

Pero ¿y Gabriela? ¿Por qué había llamado justamente entonces?

Era como si, a distancia, hubiera percibido que empezaba a enlazarme con otra persona y quisiera aguarme la fiesta. Despejar el terreno para que mis anhelos se enfocaran nuevamente hacia ella. Pero ¿por qué y para qué?

Hubiera sido tan sencillo enamorarme de Meritxell lentamente... Compartir anécdotas y bromas. Desearla. Recibir un par de negativas. Volver a intentarlo.

Tal como había ido esa primera merienda, tendría suerte si aceptaba ser amiga mía.

El miedo a ser amado justificaba mi larga andadura en solitario. También podía explicar la contundencia con la que Gabriela me había rechazado en la primera cita.

Lección n.º 1: digan lo que digan, la vida nunca es sencilla.

Los que lo saben que se lo cuenten a los que no lo saben

Me había preparado la clase introductoria sobre Bertolt Brecht a conciencia. No es un autor que desate pasiones entre los estudiantes, tal vez porque vivimos en tiempos demasiado perversos para moralismos. Y él es en esencia un autor moral.

Lo que más me gusta de Brecht son los títulos que ponía a sus piezas teatrales, como *El círculo de tiza caucasiano* o *La buena persona de Sezuán*. En lugar de aburrir a los estudiantes con su biografía, me centré en esta última obra, muy representativa de su épica aleccionadora.

La pieza se inicia con la discusión entre tres dioses sobre si una persona puede ser buena y justa y sobrevivir en un mundo de egoístas. El conejillo de Indias será Shen-Té, una prostituta que vive en Sezuán. Ella es la única persona dispuesta a acoger en su choza a tres desconocidos que han llegado al pueblo. Con el dinero que recibe de ellos, abre una tienda para atender las necesidades de sus vecinos. Pero la gente abusa de sus favores hasta dejarla en la ruina.

Escarmentada, inicia un nuevo negocio disfrazada de hombre. Actúa con mano de hierro y obtiene el respeto de todos, que se preguntan con nostalgia qué habrá sido de la bondadosa Shen-Té. Al final, ésta se da a conocer y causa el asombro por su ingenio.

La pregunta de fondo de la obra es: para ser buenos, ¿tendremos que disfrazarnos de malos?

Al llegar a este punto, un estudiante al que veía por primera vez aquel trimestre levantó la mano para intervenir. Pensé que abriría un debate sobre la bondad, el temor y todo eso, pero se trataba de un asunto de mucho menos calado. Preguntó:

—¿Existe Sezuán?

Los cuatro gatos que habían acudido a clase rieron ante la ingenuidad de la pregunta, que sin embargo tenía veneno. Existían muchas posibilidades de que yo no fuera capaz de responderla. De hecho, habría quedado en evidencia si no hubiera recordado algo súbitamente.

—Sí, creo que actualmente se llama Sichuan. Lo sé porque allí está la reserva de pandas gigantes. Lo vi en un documental.

Todo el seminario estalló en una carcajada.

«¿Qué tiene eso de gracioso?», me pregunté molesto. Ahora tendría que pasar a la ofensiva para recuperar el papel de profesor.

—Da exactamente igual que la historia pase en Sezuán o en Samarkanda —continué—. Brecht utiliza un escenario exótico para contarnos una parábola sobre la bondad. Supongo que sabéis qué es una parábola, ¿o me equivoco?

La listilla de las gafas redondas entró en acción.

—Es una historia con mensaje, como las del Nuevo Testamento —dijo.

—Exacto. Pero también los autores contemporáneos han recurrido a la parábola. Adorno, un filósofo alemán marxista, decía que la narrativa de Kafka, en especial *El castillo*, es sobre todo parabólica.

—Como una antena —dijo el que había intervenido en primer lugar—. ¿Cómo puede un alemán llamarse Adorno?

Ignorando la provocación de ese elemento, retomé el discurso donde lo había dejado:

—Sin embargo, *La buena persona de Sezuán* no es sentenciosa como los relatos bíblicos, ni nos da una visión pesimista como la de Kafka. Básicamente formula preguntas. Es una invitación a pensar en un tema bastante peliagudo. En este sentido, se acerca más bien a los relatos de Nasrudín. ¿Alguien sabe quién es?

—Es algo sufi, creo —dijo la de las gafas.

—Bravo. Te estás ganando la matrícula. Nasrudín es el protagonista de muchos cuentos sufíes con mensaje, como has dicho antes. Hay uno sobre la sabiduría que me gusta especialmente. ¿Queréis oírlo?

Nadie dijo nada, lo cual casaba perfectamente con el espíritu de este relato de Oriente Medio. Por lo tanto empecé a explicar:

—Nasrudín llega a un pequeño pueblo donde todo el mundo le confunde con un gran sabio. Para no decepcionar a la multitud que se ha reunido en la plaza, abre las manos y les dice:

»—Supongo que si estáis aquí, ya sabréis qué es lo que tengo que deciros.

»Y la gente le responde:

»—¡No! ¿Qué es lo que tienes que deciros? No lo sabemos. ¡Háblanos!

»Entonces Nasrudín contesta:

»—Si vinisteis hasta aquí sin saber qué es lo que vengo a deciros, entonces no estáis preparados para escucharlo.

»Dicho esto, se levanta y se va. El auditorio está asombrado por esta salida. Ya están a punto de tomarlo por loco cuando alguien exclama:

»—¡Qué inteligente! Tiene toda la razón. ¿Cómo nos atrevemos a venir sin siquiera saber lo que venimos a escuchar? Qué estúpidos hemos sido. Hemos perdido una oportunidad maravillosa. Qué iluminación, qué sabiduría. Vamos a pedirle a este hombre que dé una segunda conferencia.

»Unos cuantos lugareños parten en su busca y le ruegan que regrese, alegando que su conocimiento es demasiado vasto para una sola conferencia. Después de mucho insistir, Nasrudín regresa al pueblo, en cuya plaza hay el doble de público. Vuelve a decirlas:

»—Supongo que ya sabéis qué he venido a deciros.

»Con la lección aprendida, el público asiente y un portavoz responde:

»—Por supuesto que lo sabemos. Por eso hemos venido.

»Al oír esto, Nasrudín baja la cabeza y dice:

»—Bueno, si ya sabéis qué he venido a deciros, no veo la necesidad de repetirlo.

»Acto seguido, abandona la plaza y se va. La audiencia se queda estupefacta, y un fanático empieza a gritar:

»—¡Brillante! ¡Maravilloso! ¡Queremos escucharlo más! ¡Queremos que este hombre nos dé más de su sabiduría!

»Una delegación de notables corre a buscarlo y le piden de rodillas que dé una tercera y definitiva conferencia. Nasrudín no quiere, pero le ruegan y suplican tanto que acepta hablar por tercera y última vez. Cuando llega a la plaza es recibido en un clamor de multitudes. Se dirige a ellos nuevamente con la misma afirmación:

»—Supongo que ya sabéis qué he venido a deciros.

»Esta vez la gente se ha puesto de acuerdo y ha elegido al intendente del pueblo para que hable en su nombre. Éste dice:

»—Algunos sí y otros no.

»En el auditorio se hace un largo silencio y todas las miradas se posan en Nasrudín, que concluye:

»—En este caso, los que lo saben que se lo cuenten a los que no lo saben.

»Y, dicho esto, se va.

Satisfacciones

La historia de Nasrudín había servido para cerrar la clase con bastante éxito. Si estos cuentos han sobrevivido cientos de años en la tradición oral es por algo.

Tenía otra clase a primera hora de la tarde, así que decidí dar un paseo aprovechando que hacía sol. Atravesé la plaza Universidad y me interné por el barrio del Raval. Pasé junto a una librería rusa y desde allí me desvié hasta la calle de las Egipcíacas.

Es de las pocas calles por las que paso porque me gusta el nombre.

Desde que se habían suspendido los encuentros del mediodía con Valdemar iba un poco perdido, así que empecé a dar vueltas —subiendo por un callejón y bajando por otro— sin quedarme en ningún sitio. Renuncié a una nueva visita al bar Marsella, así como a las multitudes que bajan por las Ramblas.

Dudo que nadie que sea de Barcelona y esté en su sano juicio quiera meterse ahí.

Rehice el camino por calles diferentes, descubriendo aquí y allá comercios y cafés minúsculos que no conocía: una churrería hindú, un restaurante de diseño, un almacén de cachivaches electrónicos... Cuando llevaba ya una hora pateando el barrio sin rumbo, me senté bajo una palmera de la Rambla del Raval.

«Estás mareando la perdiz —me dije—. No paras de dar vueltas porque no sabes si llamar o no llamar.»

Miré el reloj y vi que eran las dos y media. Probablemente Gabriela estaba ya camino de su casa, o bien dando vueltas como un servidor. Había dejado el número de su móvil, por lo tanto no suponía ningún problema localizarla. La pregunta era: ¿debía hacerlo?; ¿y si era una neurótica y, después de una de cal y otra de arena, me volvía a tocar la cal?

Como respondiendo a mi pregunta, en aquel momento pasaron por delante de mí dos paquistaníes cogidos de la mano. Es común en esos países que los amigos anden así.

Era una imagen ciertamente afectuosa, así que busqué un par de monedas en mi bolsillo y desplegué el medio folio donde había anotado su número. Tal vez porque estaba aprendiendo a fuerza de golpes, no me sentí demasiado nervioso mientras esperaba a que se pusiera. Dijo:

—¿Hola?

Eso lo cambió todo. Había bastado con oír eso para alimentar un fuego aún vivo. Sin embargo, me había prometido a mí mismo que me comportaría con distancia.

—Aquí Samuel.

—Hola Samuel. ¿Por dónde andas?

—Por todas partes y por ninguna. Me dedico a eso que llaman «hacer tiempo».

—Así que eres hacedor de tiempo... —dijo con el tono amable que se usaría con un niño—. ¿Y haces mucho?

—Voy haciendo.

—Yo estaba en la cama, a punto de entrar en un sueño.

Por un instante, imaginé la melena de Gabriela ocupando la almohada como una flor abierta y estuve a punto de perder el aplomo. Pero logré salir adelante. Ví que en la pantalla líquida del teléfono se había iniciado la cuenta atrás.

—Quedan sólo unos segundos de crédito —dije— y no tengo más monedas. Dime cuándo y dónde nos encontraremos.

El silencio no duró más de un instante.

—Mañana a las seis, en el Caelum.

—No se dónde está. ¿Cómo dices que se llama?

—Tú piensa en el cielo.

Aquí se cortó la comunicación. Aunque no sabía dónde habíamos quedado, me invadió una calma arrebataadora. Me apoyé en la palmera e hice lo que me había dicho Gabriela.

Con la mirada anclada en el cielo, de repente el mundo parecía cobrar sentido. Los gritos de los niños ya no eran ruido, sino vida en estado puro; el viento ya no era un cuchillo helado, sino una fresca caricia.

Volví a mirar el papel donde había anotado su número. Me gustaba ver su nombre escrito al lado de las nueve cifras: GABRIELA.

Al doblar el papel para guardarlo, me di cuenta de que había anotado el número en el reverso de un poema de Brecht llamado Satisfacciones. Pensaba copiarlo en la pizarra para discutirlo en clase. Ahora entendía que había sido una buena idea no hacerlo. No precisaba ningún tipo de análisis ni comentario:

*La primera mirada por la ventana al despertarse,
el viejo libro vuelto a encontrar,
rostros entusiasmados,
nieve,
el cambio de las estaciones,
el periódico,
el perro,
la dialéctica,
 ducharse,
nadar,
música antigua,
zapatos cómodos,
comprender,*

*música nueva,
escribir,
plantar,
viajar,
cantar,
ser amable.*

Una flor al borde de un precipicio

Mientras regresaba a la facultad, me di cuenta de que había algo esencial respecto a Gabriela que estaba por saber. Yo había tendido un larguísimo puente entre el pasado y el presente sin preguntarme si ella era libre para poder corresponderme, en el más feliz de los casos.

A partir de los treinta y cinco, buena parte de las chicas están en pareja, muchas de ellas con hijos. ¿Cómo no lo había pensado antes? Si ella se hallaba en esa situación, eso explicaría sus reticencias hacia mí en la primera cita.

Sin embargo, algo me decía que Gabriela estaba sola, aunque su soledad era de una especie diferente de la mía. Cada soledad es única y no se parece a ninguna otra, porque tiene sus propios motivos para existir.

Caminando por los pasillos de la vieja facultad, empecé a fantasear con el encuentro de dos almas extraviadas que, después de hacer la travesía del desierto, se funden en una sola. Me imaginé paseando con Gabriela de la mano. Casi podía sentir su calidez y la madura suavidad de su piel. La suya era una mano que acompaña pero no aprieta, porque nos habíamos elegido el uno al otro para caminar juntos, no para dominarnos.

De repente, uno de mis alumnos me detuvo y me sacó de mi ensoñación. Lo suyo era prosa pura y dura:

—¿Para cuándo es el examen?

Como quien regresa de un largo viaje y tiene problemas de *jet lag*, necesité un rato para saber de qué me estaba hablando.

—El examen de lengua —insistió—. Es en febrero, ¿no?

Abrí mi cartera para consultar la programación académica y le di la información que me pedía, con el día, hora y aula correspondientes. Luego el estudiante entró en la clase donde me tocaba explicar la diferencia entre los dos tipos de subjuntivo que hay en alemán.

Antes de meterme en mi papel de profesor palizas, me dije: «Si te has equivocado y Gabriela no puede corresponderte, vas a caer en un pozo sin fondo.» Pero una cita de Stendhal que recordé súbitamente me devolvió cierto coraje:

*El amor es una bella flor,
pero hay que ir a buscarla al borde de un precipicio.*

Nada de esto es real

—¿Sabes? A menudo tengo la impresión de que el accidente que sufrí en la Patagonia no terminó como yo creo.

Valdemar se había instalado en el mismo lado del sofá y volvía a fumar en la oscuridad. Había bajado poco antes de medianoche, cuando ya me disponía a acostarme. Al parecer, junto con el mediodía, era la hora en la que estaba más lúcido.

«Eso es —me dije antes de responderle—, Valdemar se activa cada doce horas. Nunca aparece entremedio.»

—¿Ah no? ¿Cómo terminó?

Valdemar dio una calada profunda que iluminó por un instante su frente sudorosa.

—A veces sospecho que morí en ese accidente. Tenías razón: es imposible seguir vivo después de una caída de treinta metros. Desde entonces todo lo que ha sucedido no ha sido más que un sueño: el camino junto al río helado, el flash de la cámara, el salvamento, el hospital, el regreso a Barcelona, esta conversación... Nada de esto es real.

—Si no es real —respondí—, ¿cómo podemos estar aquí hablando de ello?

—Todo forma parte de un sueño, que es el único lugar donde pueden vivir los muertos.

—Así, yo formo parte de tu sueño.

—Más o menos.

—Por lo tanto, tampoco yo tengo vida propia. Vivo en tu cabeza o, peor aún, en el sueño eterno de un muerto.

—Algo así.

Después de este inquietante diálogo nos quedamos un largo minuto en silencio. Valdemar, ya sin sombrero, había recostado la cabeza en el sofá y lanzaba al techo nubes de humo cuya forma apenas podía adivinar. De repente, pareció turbado por un pensamiento y se puso rígido mientras aplastaba la colilla en el cenicero.

—¿Cuándo dejarás de preocuparte y abrazarás la nada de una vez? —me preguntó a bocajarro.

—Tal vez cuando tenga la certeza de estar muerto —respondí.

—Eso es lo más gracioso de todo —dijo Valdemar—, porque nunca podremos saberlo.

Cita en el cielo

Necesité llevar a cabo una pequeña investigación para saber dónde había quedado con Gabriela a las seis de la tarde. Su «tú piensa en el cielo» me había confirmado que el nombre del local era Caelum, que significa «cielo» en latín.

En la pausa del mediodía subí a la librería del FNAC para consultar guías sobre Barcelona. Al final, encontré el Caelum en un listado de cafés y restaurantes «con encanto». Estaba en un callejón cercano a la plaza del Pi y, por lo que pude leer, se trataba de una tetería donde sólo se servían dulces elaborados por monjas de clausura.

Aunque algo sorprendido por esta elección, anoté la calle y el número en mi agenda y me fui a casa a hacer la siesta.

Eso era algo que hacía muy raramente desde mis tiempos de estudiante. Yo era de los vagos que iban a la universidad en horario nocturno —para poder dormir por la mañana—, y antes de los exámenes me pegaba una siesta de campeonato. Tenía la ilusión de que el volquete de información con el que había saturado mi memoria cobraría cierto orden durante el sueño. Y solía ser así, como si un oscuro funcionario que trabaja en turno de noche se dedicara a archivar las cosas en su sitio.

También aquella tarde tenía la sensación de enfrentarme a un examen final. Lo que pasara en esa tetería de monjas podía dinamitar mis esperanzas o bien dar inicio a algo nuevo, aunque era una incógnita en qué consistiría. En todo caso, quería dormir para olvidarme del mundo hasta que llegara la hora de la verdad.

El despertador dio las cinco y Mishima empezó a remolonear en la cama. Tenía la impresión de haber dormido apenas un instante, aunque el reloj indicaba claramente que la siesta se había prolongado durante una hora y media. Demasiado.

Salté de la cama y me dirigí como un zombi hasta la ducha, donde el chorro de agua caliente me fue poniendo a tono. Mientras tanto dudaba si debía o no afeitarme. Tenía barba de un día, una sombra apenas perceptible, pero a la mayoría de mujeres les gustan los hombres afeitados. Sobre todo si deben besar sus mejillas a modo de saludo, cosa que no sabía si sucedería en mi caso. Por otra parte, si acudía excesivamente pulcro y repeinado, le estaría demostrando que la cita era muy importante para mí. Eso la presionaría y quizá la pusiese a la defensiva.

Este razonamiento me convenció de que lo mejor era no afeitarme. Me vestí, eso sí, con mis mejores galas dentro de lo que permitía mi armario: unos pantalones grises que me caían bastante bien y un jersey azul algo ceñido. El abrigo largo me acabaría de dar el toque bohemio que necesitaba.

«Vámonos para allá», me dije para infundirme ánimo, y cerré la puerta de casa con la ilusión de que volvería hecho un hombre nuevo.

Donde mira Dios

Para mi sorpresa, Gabriela ya estaba allí cuando llegué puntualmente a la cita. Antes de entrar, la vi como un espejismo a través de los cristales de la tetería. En aquel momento una gruesa camarera encendía una vela en su mesa. Todo el local tenía un aire entre monástico y romántico, iluminado sólo por la trémula luz de aquellas llamas.

Cuando entré sonaba un clásico del jazz, *A love supreme*, de John Coltrane, un disco dedicado a Dios que encajaba de maravilla con el local. ¿Lo habrían puesto a propósito o era una afinidad accidental?

Algo nervioso, me planté delante de la mesa de Gabriela, que en aquel momento estudiaba la carta de tés.

«¿Debo saludarla con dos besos en las mejillas?», me pregunté.

Por lo general, uno no se arrepiente de algo que no ha dicho o no ha hecho, así que decidí ocupar mi asiento y esperar los acontecimientos. La saludé tímidamente y me sumergí en la carta de especialidades. Como no tenía demasiada experiencia con el té, pedí un Lady Grey sólo porque me gustaba el nombre.

—Lo mismo para mí —dijo Gabriela a la camarera, que nos preguntó si queríamos dulces de monjas.

—De momento no —respondí por los dos, espoleado por que ella hubiera pedido lo mismo que yo.

Tras esta formalidad, quedamos frente a frente en repentino silencio. Observé que Gabriela no llevaba pendientes, pero sí dos mariposas que recogían su melena ondulada. Una era verde jade y la otra fucsia con reflejos azules.

No dejaba de ser maravilloso que se hubiera puesto mariposas en el pelo, sin saber que el recuerdo que yo tenía de ella era justamente un beso de mariposa. Entendí, turbado, que era una buena señal. Estaba pensando cómo iniciar la conversación, cuando Gabriela —que llevaba un rato haciendo girar la taza vacía— dijo sin mirarme:

—Los artesanos japoneses son unos genios cuando hacen tazas. Por cierto, ¿sabes en qué parte se esfuerzan más?

«Ésa es mi Gabriela —me dije mientras pensaba la respuesta—. Como entonces, le gusta llevar la iniciativa.»

—No lo sé —respondí—. ¿En el asa, tal vez?

—Las tazas japonesas no tienen asa.

—¿Cómo lo sabes?

—He vivido allí lo suficiente para saberlo.

—¿Has vivido en Japón?

—No has contestado a mi pregunta —insistió frunciendo graciosamente las cejas.

—Pues, supongo que se esfuerzan en decorar el exterior de la taza con ornamentos simples y armónicos. Muy zen en todo caso.

—No es eso —dijo.

—Entonces procuran que sea perfectamente redonda.

—Tampoco. Una taza irregular puede ser una obra de arte.

—Me rindo —admití—. ¿En qué se esfuerzan?

Gabriela dio la vuelta a la taza vacía y golpeó el fondo un par de veces con la cucharita.

—En la parte de abajo —declaró—, lo que no se ve. Y ¿sabes por qué?

—Ni idea.

—Es donde mira Dios.

Acto seguido me dedicó una sonrisa pícaro que me desarmó. Aquella era una conversación más propia de niños que de adultos que se acercan al ecuador de su vida. Y gracias al cielo que era así.

En circunstancias normales hubiera disparado las preguntas que me parecían más urgentes: «¿De verdad que crees en Dios?», «¿Dónde y cuándo viviste en Japón?», «¿Por qué estamos hablando de tazas de té en lugar de resumir nuestra biografía?», «¿No es eso lo que se suele hacer en una cita?».

Sin embargo, no quería romper aquel inicio mágico ciñéndome al guión establecido para «chico y chica se conocen». Suele consistir en una especie de confesión vital a grandes rasgos, con especial atención a los fracasos sentimentales. Por lo general, se precisan unas cuantas sesiones para que uno y otro puedan completar su informe. A partir de aquí, cuesta encontrar qué decirse.

Entendí que con Gabriela, en cambio, se trataba de decir cualquier cosa menos eso. Pero mi experiencia de hombre solitario me daba ciertas bazas extravagantes que podía emplear para la ocasión.

—Seguro que tienen una palabra para eso—dije mientras la camarera nos servía el té.

—¿Qué quieres decir?

—Los japoneses deben de tener una palabra para esa belleza oculta que sólo Dios puede ver. Y si no, deberían inventarla.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has vivido en Japón? —repitió burlona antes de soplar sobre el té hirviendo.

—No, pero tengo un diccionario de palabras raras. Hay muchos términos que sólo existen en japonés. Tengo la impresión de que viven en un mundo aparte, con códigos que sólo entienden ellos.

—En parte es así. —Dicho esto, se le ensombreció la mirada, y apartó con el dedo índice una lágrima que pugnaba por salir.

Sospeché que había vivido algo terriblemente amargo al otro lado del mundo, aunque no lograba adivinar qué era. No se trataba de un simple desengaño amoroso. Lo que estaba claro era que acababa de pulsar una cuerda no deseada de su alma. Prueba de ello era que, antes de que yo hiciera más preguntas, añadió:

—Debe de ser interesante ese diccionario. Pero preferiría uno de palabras que no existen y que es necesario inventar, como has dicho antes. Seguro que tú serías capaz de hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que yo podría escribir un diccionario?

—Tienes toda la pinta de dedicarte a cosas así.

Aquel comentario me molestó, sobre todo porque era verdad. Sólo alguien como yo podría dedicarse a una actividad como ésa. El libro de Francis Amalfi —aunque lo hiciera por cariño al viejo— tampoco andaba muy lejos. Pasé a la ofensiva.

—Me has convencido —dije—. Creo que voy a escribirlo. Pero me tendrás que ayudar: ¿qué otros significados necesitan de un término propio, aparte de la belleza que sólo ve Dios?

—Quedan muchas palabras por inventar. ¿Por qué existe el término «huérfano» para un niño que pierde a su madre, y no hay término para la madre que pierde a su hijo? ¿Es que sufre menos?

—Tienes razón. Ahora que lo pienso, tengo un significado en busca de palabra: el amor en minúscula.

—¿Amor en minúscula?

—Sí, tal vez sea el único descubrimiento del que me siento orgulloso —dije exaltado—. Uno hace un pequeño acto bondadoso y eso desata una cadena de acontecimientos que le devuelven el amor multiplicado. Al final, aunque quieras volver al punto de partida, ya no es posible. Porque el amor en minúscula ha borrado cualquier camino de regreso hacia lo que habías sido antes.

—Es bonito eso que dices, aunque no acabo de entenderlo.

—Ni siquiera yo lo entiendo. Pero la prueba de ello es que estamos aquí.

Me arrepentí enseguida de haberme delatado de aquella manera. Había llevado bien el encuentro hasta ahí, y me dolía echarlo todo a perder en el último momento. Intuí que nuestra cita estaba a punto de terminar, así que —mientras duraba el silencio— la miré intensamente para empaparme de Gabriela para los próximos treinta años. Me detuve en las dos mariposas de su pelo, a las que envidiaba por estar tan cerca de ella.

—Se me hace tarde —dijo confirmando mis temores—. Debo ir a casa.

Acto seguido, se levantó y yo hice lo mismo. Le pregunté:

—¿Dónde vives?

—En la plaza de los Ángeles.

«No podía ser de otro modo —pensé—. Alguien como Gabriela sólo puede vivir en un lugar con ese nombre.»

—Te acompañaré un trecho —me ofrecí impetuoso.

—No me acompañes. Quiero pensar en las palabras que quedan por inventar.

«¡Vaya excusa!», pensé. Pero Gabriela había caído en su propia trampa, ya que dije:

—Puesto que voy a hacer ese diccionario, necesitaría saber qué entradas has encontrado. ¿Puedo invitarte a comer algún día? Hay un restaurante en Gracia que todavía no he logrado saber por qué se llama como se llama. Es un lugar ideal para inventar palabras.

—¿Cuál es el nombre del restaurante? —preguntó Gabriela, ya en la calle, mientras se abotonaba el abrigo.

—*Buzzing*. ¿Cuándo quieres que vayamos?

Gabriela me miró impaciente. Creo que había entendido que no la dejaría marchar sin que me concediera una nueva cita, así que respondí:

—Tal vez el jueves.

—Me parece perfecto. Como no sabes dónde está, pasaré a recogerte por la tienda y bajamos juntos.

—Como quieras.

Puestos a completar un guión que no tenía previsto interpretar —el de «chico insiste, chica resiste»—, le besé las mejillas como despedida.

—Picas —dijo con una media sonrisa, y eso hizo que mientras se alejaba callejón abajo no lo diera todo por perdido.

Un chispazo en la oscuridad

Soy de esas personas que siempre quieren rectificar cuando es demasiado tarde. Mientras iba en metro hasta el Hospital Clínico, me sentía totalmente avergonzado por mi actuación. Que estuviera enamorado de Gabriela no me daba derecho al acoso al que la había sometido en la despedida. La había puesto entre la espada y la pared, sin dejarla decidir si deseaba o no verme de nuevo.

Lo elegante y delicado hubiera sido decirle algo como:

«Gabriela, me ha encantado tomar el té contigo. Si quieres que repitamos otra tarde, ya sabes cómo encontrarme.»

De este modo no se habría sentido presionada y probablemente hubiera vuelto a llamarme. Nunca sobran los amigos. Pero no, en vez de eso la había obligado a aceptar un nuevo encuentro. Lo más probable era que, antes del jueves, me encontrara con un mensaje en el contestador anulando la cita. Y lo tendría bien merecido.

Cuando me interné por los inacabables pasillos del Clínico, me di cuenta de que llevaba casi un mes sin visitar a Titus. Eso no había estado bien. Es verdad que hablábamos por teléfono un par de veces por semana, pero no era suficiente. A fin de cuentas, él había propiciado que me desviara de mi solitario tren de vida gracias a una curva en miniatura.

Tal vez porque hacía bastante tiempo que no le veía, lo encontré muy consumido. Su cabeza pequeña y calva se hundía en la almohada como si fuera a desaparecer de un momento a otro.

Tomé asiento a su lado mientras un camillero se llevaba a su compañero de habitación, un hombre en la cincuentena con una tos terrorífica.

—Le he fallado —dije a modo de presentación.

El *leitmotiv* de aquel día era: «Me siento culpable.»

—Cállate, ¿quieres? Creo que me estoy muriendo, así que préstame atención. Tengo algo importante que decirte.

Con el corazón encogido, me acerqué todavía más. Su voz era tan débil que resultaba difícil entender lo que decía.

—Esto es un purgatorio, Samuel. Pero en el purgatorio se aprenden lecciones importantes.

Traté de distraerle de aquel discurso lúgubre con lo único que se me ocurrió que podía consolarlo.

—Perdone que le interrumpa. ¿Recuerda que le hablé de un físico lunático?

—Valdemar.

—Tiene buena memoria. Pues bien, el otro día dijo que su vida es sólo un sueño y que en realidad está muerto. Tal vez tenga razón y estemos todos muertos. O quizá la vida real sea lo que vemos y hacemos cuando soñamos. Lo que quiero decir es... Bueno, él dijo que nada de esto es real, por lo tanto no deberíamos preocuparnos. Tampoco usted, aunque ahora lo esté pasando mal.

Titus se pasó la mano por la barbilla mal afeitada, como si intentara dar con las palabras justas. Parecía tranquilo. Finalmente se aclaró la voz y dijo muy lentamente:

—Ese Valdemar del demonio tiene razón. No podemos estar seguros de que este mundo exista. Llámale sueño, ilusión o lo que quieras. Quizá sólo seamos un chispazo de conciencia en la oscuridad del universo. Pero como el tiempo que nos precede y el que nos seguirá es infinito, matemáticamente podemos decir que ese chispazo nunca se ha producido. ¿Entiendes por dónde voy?

—Más o menos. Pero ¿qué es eso tan importante que iba a revelarme?

—¡Te lo estoy diciendo, narices!

Luego de esa salida de tono, pareció que Titus se ahogaba, y estuve a punto de llamar a la enfermera. Pero me agarró por el brazo para que no lo hiciera. Tras respirar tres veces con dificultad, recuperó un poco de color en la cara.

—No haga esfuerzos innecesarios —le susurré al oído—. Si quiere hablar, hágalo con calma. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Pero yo no. Por lo tanto, haz el favor de no interrumpirme.

Asentí con la cabeza y junté las manos como un buen chico. Cuando empezó a hablar, comprendí que Titus llevaba tiempo preparando aquellas palabras para mí; era una especie de mensaje de despedida.

—Vivimos demasiado lejos de las galaxias exteriores. Nunca llegaremos a ellas. También estamos demasiado lejos del universo cuántico para comprenderlo. Jamás lograremos penetrar en el último umbral de la materia. Y si lo hiciéramos, sería para descubrir que nada existe, como dice Valdemar. No podemos tomar en serio a unas partículas que se comportan de modo diferente cuando las estamos mirando. Si para saber cómo es íntimamente la materia no hay que mirarla, ¡apaga y vámonos! Es absurdo. Lo que quiero decir es que nunca sabremos nada porque probablemente no haya nada que saber. Vivimos en un mundo de sensaciones y sentimientos. Eso es todo lo que hay. Recuérdalo siempre, Samuel: nunca desprecies tus sensaciones y sentimientos, porque eso es todo lo que posees.

Impresionado por estas palabras, acudí a mi mente la frase de Nasrudín: «Los que lo saben que se lo cuentan a los que no lo saben.» Aunque no estaba seguro de que tuviera nadie a quién contarle lo que Titus me acababa de revelar.

—Ahora vete y no vuelvas —añadió.

—¿Por qué? —pregunté alarmado.

De repente era como si todo aquello de lo que me sentía parte se alejara de mí igual que una galaxia que se expande.

—No tengo más que decirte. Tampoco quiero que me llames. Déjame jugar a solas mi última partida con la muerte. Me temo que ha marcado las cartas.

El precio de la Luna

Llegué a casa con el alma a ras de suelo. Tal vez me hubiera equivocado y el *leitmotiv* del día no fuera «Me siento culpable», sino «Hasta nunca jamás».

Al entrar en el salón vi con alivio que el contestador no parpadeaba. Gabriela todavía no había anulado la cita, aunque era posible que lo hiciera antes del jueves. ¿Me estaría convirtiendo en un neurótico?

Mientras ponía a hervir agua para la pasta y jugaba con Mishima, deseé ardientemente que Valdemar no bajara esa noche. No me sentía con ánimos para escucharle. Sólo quería cenar y meterme en la cama para que cayera el telón de aquel día.

Había perdido a Titus, que era lo más cercano a un padre que había tenido. Además del mensaje final, que tardaría un tiempo en asimilar, al menos su desgracia me había dado la perspectiva adecuada. Por mucho que yo sufriera a causa de Gabriela, mi dolor no era nada en comparación con el de un hombre que se consume en un hospital público.

¿Era eso lo que había tratado de decirme? ¿Que me aferrara a las sensaciones y sentimientos mientras estuviera en el mundo? Probablemente sí, pero la despedida de Titus me había afectado demasiado para poder seguir su consejo.

Mezclé los espaguetis con un bote de salsa de tomate fría y cené sin hambre frente al televisor, cosa que no suelo hacer. Curiosamente, echaban un documental sobre la carrera espacial, como si a falta de Valdemar —mi deseo se iba a ver cumplido— tuviera que recibir mi dosis diaria de astronáutica por vía televisiva.

El monográfico hacía un repaso a los logros y percances de las más de cincuenta naves que visitaron la Luna, aunque sólo una docena de hombres la acabaran pisando. Tras el *Apolo XVII*, que alunizó en diciembre de 1972, nadie más ha ido allí, lo cual no dejaba de apoyar las dudas de Valdemar. La siguiente nave fue el *Lunar Prospector*, esta vez sin tripulación, que no partió hasta veinticinco años después.

Como sucede en mis clases, tras un repaso veloz al asunto de los viajes espaciales, llegó la sección «anécdotas y chismes». El episodio en cuestión hacía referencia al polvo lunar, el dichoso regolito del que había hablado Valdemar. Al parecer los astronautas que visitaron la Luna trajeron como *souvenir* un total de 382 kilos de rocas y regolito, que la NASA conserva en Houston a 92 grados bajo cero.

La curiosidad era que en agosto de 2003 se juzgó a tres becarios del laboratorio que habían robado 105 gramos de luna, que se proponían vender a un precio de entre mil y cinco mil dólares el gramo. Sin embargo, el jurado otorgó a lo sustraído un valor muy superior, ya que se calculaba que la obtención de cada gramo había costado a las arcas estadounidenses 50.800 dólares. Pero el precio de venta al público acabaría disparándose aún más. En Sotheby's se subastaron muestras lunares obtenidas por misiones soviéticas a 1,2 millones de dólares el gramo.

Apagué el televisor preguntándome quién sería el idiota que había pagado esa fortuna por un montón de polvo.

Ausencias

El miércoles, tras hacer de vigilante en unos cuantos exámenes, fui a visitar a la veterinaria. No la había visto desde la merienda que había acabado de manera abrupta. Sin embargo, el recibimiento fue bastante cordial.

—Ahora no puedo salir —dijo—. Tengo guardia hasta las cinco.

—Bueno, si luego quieres merendar, estaré en casa. Además, queda pendiente la vacuna de Mishima. Aunque ya sabes cómo es.

—La llevaré por si acaso.

Entendí, por tanto, que tenía la intención de venir.

Aunque un sol generoso anunciaba que la primavera andaba cerca, me sentía demasiado triste para deambular por la ciudad, como había hecho últimamente. Lo que necesitaba era el calor de un amigo, mejor aún si tenía la cabeza bien amueblada como Meritxell.

Sin embargo, un peligro se cernía sobre el horizonte de aquella merienda. Faltaban exactamente veinticuatro horas para la hipotética cita con Gabriela. Era el momento idóneo para anularla alegando cualquier excusa. Si mientras estábamos en el salón volvía a activarse el contestador —esta vez para darme calabazas—, la amistad con Meritxell se resentiría de manera definitiva.

La solución era sencilla: desconectar el contestador e incluso el teléfono. De hecho, no quería saber si Gabriela iría o no. Prefería que hablaran los hechos: yo pasaría a recogerla a la hora acordada; si no quería que compartiéramos mesa, comería yo solo en ese restaurante. No había que darle más vueltas al asunto.

Desconectado del mundo exterior con excepción del timbre de casa, dediqué las primeras horas de la tarde a corregir exámenes de Lengua y de Historia de la Literatura. Sorprendentemente, no había punto medio: o se trataba de exámenes impecables —lo cual revelaba que se trataba de un alumno con uno o ambos padres alemanes— o había que poner mucha compasión y sentido práctico para aprobarlos. Con estos últimos, casi estuve tentado de seguir el «método de la alfombra», una leyenda urbana de la facultad. Durante un tiempo se creyó que un profesor que no tenía tiempo de corregir exámenes los arrojaba a la alfombra de su despacho. Los que caían dentro estaban aprobados y los otros suspendían.

Mientras corregía desapasionadamente los ejercicios, me preguntaba qué estaría haciendo Valdemar todo el día allí arriba. Que no me hubiera ocupado de él no significaba que el problema no existiera. ¿Hasta cuándo podría esconderlo? Cuando Titus falleciera —lo cual podía suceder en cualquier momento—, vendrían los familiares a liquidar sus cosas y yo me encontraría en un buen lío si topaban con él.

La despreocupación con la que estaba llevando la cuestión de Valdemar me llevaba a un asunto más problemático aún: el libro de Francis Amalfi. Hacía una eternidad —o eso me parecía— desde que el viejo me había pedido que asumiera el encargo. Ya debería estar terminado, aunque Titus no me había dado fechas ni el nombre del editor que esperaba el libro. Simplemente me había pedido que lo escribiera. ¿Qué sentido tenía aquello?

El zumbido del timbre me sacó de mis cálculos. Puse la cafetera en el fuego mientras oía los pasos de Meritxell en la escalera. El suyo era un caminar suave y ordenado, como de chica que nunca ha roto un plato, lo cual no significaba que fuera incapaz de cuadrarse cuando las circunstancias lo exigían.

La recibí con un tímido abrazo y la ayudé a quitarse el abrigo. Parecía estar nuevamente de buen humor, lo que confirmaba sus simpatías hacia mí, cosa que yo no había hecho nada por merecer.

Aceptó un café y medio cruasán del día anterior mientras yo amenizaba la tertulia con mi disco favorito de Keith Jarrett: el *Concierto de Colonia*.

—No veo a Mishima —dijo irónica.

—Se ha escondido, supongo. Creo que te detecta a la legua. Es normal: yo también me escondía bajo la cama cuando sabía que venía el médico con una inyección.

Acababa de poner los cafés y el cruasán partido sobre la mesita, cuando dos timbrazos en la puerta encendieron todas mis alarmas.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó Meritxell con desconfianza.

—En absoluto —declaré, y corrí hacia la puerta para ver quién era.

El acto de abrir la puerta fue sólo una constatación de lo que ya esperaba encontrar: se trataba de Valdemar con sombrero incluido. Una imagen ciertamente antipática en aquellas circunstancias. Antes de que le invitara a pasar —o le impidiera el paso—, entró como una tromba y fue directo hasta el salón.

Mientras le seguía, vi que la veterinaria casi saltaba del susto ante la aparición de Valdemar, que se sentó a su lado en el sofá sin siquiera saludarla.

—Vive en el sobreático —dije, como si eso explicara algo—. Solemos charlar a medianoche, pero hoy se ha presentado antes.

—Han encontrado a Temis —declaró eufórico, como si yo, Meritxell y el resto de la humanidad estuviéramos obligados a saber quién era Temis. —Se quitó el sombrero para recostar mejor la cabeza en el sofá y añadió—: Temistocles García. Temis para los amigos. Desapareció el pasado 5 de julio en el valle de la Luna.

Fui a buscar un cenicero para no complicar más las cosas. Mientras Valdemar se removía presa de la excitación, Meritxell se había quedado paralizada con la taza de café en una mano y medio cruasán en la otra.

«Tendría que hacerle una foto —me dije—, porque esto tiene toda la pinta de ser nuestra última merienda.»

—Estoy hablando del norte de Chile —aclaró Valdemar—, en el desierto de Atacama. Ahí está el valle de la Luna, donde Temis desapareció. Una ausencia del tipo *grand mal*.

—Pero ¿de qué diablos estás hablando? —salté indignado por que hubiera reventado de aquella manera nuestra merienda.

—No soy ningún experto en medicina —dijo Valdemar, ajeno a mi reacción—, pero sé que hay un tipo de epilepsia que produce las denominadas ausencias. Éstas se dividen a su vez en *petit mal* y *grand mal*. Temistocles padecía ausencias de esta segunda clase, que es la más terrible. La persona pierde el juicio durante unas horas y sólo piensa en huir. Si tiene dinero, como mi amigo, corre a un aeropuerto y compra un billete de avión al destino más lejano posible. Cuando llega allí, toma una habitación de hotel y se acuesta. La ausencia desaparece durante el sueño, borrando todo lo que ha sucedido durante estas horas. Imagínate lo desconcertante que debe de ser despertarse en un hotel de Toronto, por ejemplo, y no saber dónde estás ni cómo has llegado hasta allí. Eso le ha sucedido a Temis decenas de veces. Gracias a una herencia, los últimos años se ha despertado en ciudades de todo el mundo. Explicado así parece divertido, pero para quien lo sufre es angustiante, te lo puedo asegurar. Después del último *grand mal* en el valle de la Luna, nadie sabía dónde se había metido. Pero acabo de telefonar a un amigo chileno que me ha dicho que lo

han encontrado. Mejor dicho: Temístocles ha logrado encontrarse a sí mismo y ahora ya está listo para la siguiente ausencia.

—Bueno, yo me tengo que ir —dijo Meritxell.

De repente, fue como si Valdemar la viera por primera vez, ya que le dijo:

—Si te despiertas en alguna ciudad desconocida, tú llámanos e iremos a buscarte. Nunca se sabe cuándo ataca el *grand mal* por primera vez.

Y ¿qué le pasó al cerdo?

Si no se cancelaba en el último momento, aquélla iba ser mi tercera cita con Gabriela. Y seguíamos siendo dos desconocidos.

Yo sólo sabía que ella trabajaba en una tienda de discos y que había vivido en Japón; que en alguna época había ido a clases de ballet y que, cuando estudiaba piano, se había encallado con la romanza de *La hilandera*. No era mucho.

En cuanto a mí, ella sólo sabía que me gustaba la música clásica y que recordaba un juego de niños de treinta años atrás. También sabía que estaba loco por ella.

Acudí a la tienda de música clásica con el propósito de comportarme como un caballero, sucediera lo que sucediera. Sorprendentemente, Gabriela me esperaba ya en la calle, lista para salir. Llevaba un abrigo granate y se había recogido el pelo con una diadema del mismo color.

—Hoy cierra mi compañero. Ya nos podemos ir —dijo alegre.

«No es un mito eso de que las mujeres nunca dejan de sorprender», pensé mientras atravesábamos el último tramo de las Ramblas hacia la plaza Cataluña.

—¿Quieres que tomemos el metro? —le pregunté.

—Podemos ir paseando. Hace un día bonito.

Miré alrededor. A aquella hora la plaza estaba llena de extranjeros sentados al sol, mezclados con grupos de oficinistas de recreo que fumaban y bromeaban a gritos con sus compañeros. Sí, realmente era un día bonito, y para mí más que nadie, porque caminaba al lado de Gabriela.

Para llegar al restaurante había que cruzar todo el Paseo de Gracia, donde el modernismo sirve de excusa para cazar a los turistas en *boutiques* de precios astronómicos. Un grupo de japoneses que daban vueltas a un mapa me llevó a preguntar a Gabriela:

—¿De qué vivías en Japón?

Había elegido cuidadosamente las palabras. Era mucho más discreto preguntarle eso que el motivo por el que se había instalado ahí, o por qué había regresado.

—Daba clases particulares de inglés.

—Qué extraño. Los japoneses me parecen la clase de personas que exigirían un nativo. Debes de hablarlo muy bien, entonces.

—No creas. Sólo tengo el *First Certificate*. Lo que sucede es que en Japón casi nadie habla inglés. Es peor que aquí. Por eso necesitan profesores desesperadamente, y pagan muy bien.

—Pero vivir allí debe de ser muy caro —dijo mientras esquivaba a dos nórdicos que caminaban con la mirada fija en un tejado de Gaudí—. Tendrías que dar muchas clases.

—En realidad, no tantas. Yo estaba en Osaka, y en aquella época no salía casi nunca. Cuando no daba clases, me quedaba en mi habitación alquilada leyendo. Devoraba tres o cuatro libros por semana.

«¿Qué sentido tiene estar en Japón para recluirse en una habitación?», hubiera querido preguntarle. Pero intuí que era mejor no traspasar la superficie de lo que me quería contar. Le pregunté:

—¿Lees en japonés?

—No. Puedo hablarlo, no es demasiado difícil. Pero leer los *kanjis* es otra cosa. Necesitas años para aprender.

—¿En qué idioma leías, entonces?

—Sobre todo en inglés. Osaka viene a ser la capital cultural del Japón. O al menos eso es lo que cree la gente de allí. Dicen que Tokio es para los negocios, Kioto para la espiritualidad y Osaka para la cultura. Cerca de mi bloque había una librería americana de segunda mano donde iban muchos extranjeros. Yo me gastaba el dinero en antologías de *short stories*, ¡me encantan los cuentos!

—Vaya, eres una caja de sorpresas. Creo que tu vida ha sido mucho más interesante que la mía. ¿Y qué autores te gustaban?

—Muchos que actualmente ya no están de moda, como Somerset Maugham. Pero mi cuento favorito es uno de Graham Greene que se llama *A shocking accident*. Estaba en una antología. Fue el único libro que me llevé cuando dejé Osaka. No lo encontrarás en ningún sitio. ¿Quieres que te lo cuente?

Asentí mientras reducía el paso. Me sentía tan afortunado a su lado que hubiera deseado que el Paseo de Gracia no terminara nunca, o que fuera al menos como la avenida Insurgentes de Ciudad de México, que tiene más de cuarenta kilómetros de largo.

Gabriela empezó la historia:

—El protagonista es el hijo de un escritor fracasado que se dedica al periodismo. Como el hombre además es viudo, envía al chico a un internado de Inglaterra mientras trabaja como corresponsal en Italia. Con la distancia, el niño mitifica a su padre e imagina que en realidad es un agente secreto y muchas cosas más. Un día, el director del internado le llama para darle la noticia de que su padre ha muerto, aunque se apresura a puntualizar que no ha sufrido. Como es lógico, el niño pregunta cómo ha muerto su padre. El director no quiere entrar en detalles, pero ante su insistencia le dice algo así:

»—Ha sido un accidente muy extraño. Tu padre caminaba por Nápoles y pasó por debajo de un balcón en el que el dueño de la casa tenía un cerdo. El animal estaba demasiado gordo porque lo habían cebado en exceso. Justo cuando tu padre pasaba por debajo, el balcón ha cedido. Ha muerto aplastado en el acto.

»—¿Y qué le pasó al cerdo? —le pregunta el niño al director, que se enfada por lo que le parece una frivolidad y lo manda a su habitación.

»Cuando el hijo del periodista crece, se vuelve melancólico y solitario. Acepta que su padre no era un espía, pero se niega a explicar cómo murió, porque las veces que lo ha hecho se han reído de él. Lleva este trauma en secreto como una losa. Un día conoce a una chica y empieza a salir con ella. Le oculta que su padre ha muerto, porque sabe que si se ríe nunca podrá casarse con ella. Pero en una visita a casa de la tía del chico, ella ve una foto del padre y pregunta quién es. La tía se lo dice y le cuenta que murió en un accidente.

»—No me has hablado nunca de eso —dice ella, sorprendida, a su novio.

»—Pues yo te lo explicaré —interviene la tía.

»Y él se echa a temblar. Cuando la tía termina el relato del accidente, la chica pregunta:

»—Y ¿qué le pasó al cerdo?

»Entonces él se da cuenta de que ha encontrado el amor de su vida.

Apúntalo en mi karma

—*Buzzing* significa que un local está lleno de gente que lo pasa muy bien —respondió el camarero y dueño del restaurante—. Le pusimos este nombre para anticiparnos al éxito. Por algo se empieza.

Lucía un flequillo psicodélico a juego con el local, decorado con tonos negros y naranjas, y mobiliario inspirado en los años sesenta. Gabriela se quedó unos segundos contemplando una serie fotográfica en blanco y negro que presidía una de las paredes. Luego me preguntó:

—¿Tienes alguna nueva entrada para tu diccionario?

—Algo tengo —respondí tratando de improvisar algo, porque en realidad no había pensado más en ello—. Es una variante del amor en minúscula: el karma rápido que se produce cuando hacemos pequeñas gamberradas. Como cuando hablas de lo agarrado que es un amigo y ese mismo día te sorprende con un regalo. O cuando gritas a alguien y al salir a la calle estás tan nervioso que te das de bruces contra un poste. Los alemanes tienen un dicho para esto: «Dios castiga los pequeños pecados de inmediato.»

—No está mal.

—Es como si alguien tomara nota de nuestras torpezas y nos diera un tirón de orejas para hacernos reaccionar. Se trata de un karma que no necesita de otras vidas para cobrarse, porque se paga con el dinero suelto que llevas en el bolsillo, por decirlo de algún modo.

El camarero del flequillo nos sirvió el vino mientras decidíamos qué íbamos a pedir. Levanté la copa para brindar con Gabriela y estuve tentado de decir «por nosotros», pero eso habría sonado demasiado empalagoso, así que dejé que el cristal chocara sin palabras.

—¿Cuándo te volveré a ver? —pregunté faltando a mi propósito de no presionarla.

—Tengo una nueva entrada para tu diccionario —dijo ella sin responder a mi pregunta—. La definición sería: incapacidad que tienen algunas personas para vivir el momento presente.

—Eso no ha estado bien —protesté.

Gabriela sonrió y, tras dar un sorbo a la copa de vino, dijo:

—Apúntalo en mi karma.

10.000 maneras de decir «Te quiero»

Todo enamorado siente la tentación de explorar el pasado de la persona amada. Es un modo de entenderla mejor y, si es posible, no decepcionarla. En mi caso, apenas conocía nada del pasado de Gabriela, pero saber que había vivido en Osaka y que hablaba el idioma me decidió, aquella misma tarde, a hacer un curso intensivo de cultura japonesa.

La verdad es que no contaba con muchos recursos: *El marinero que perdió la gracia del mar*, de un autor que se llama como mi gato, y una antología de *haikus* y poemas breves japoneses que alguien me había regalado hacía años. Empezaría por ahí: las piezas pequeñas son la mejor manera de acercarse a un mundo tan complejo como la cultura nipona.

En la sección de *haikus* encontré uno de Issa que era ideal para recitárselo a Mishima, que me observaba desde la comodidad del sofá. Leí en voz alta:

*Sal de tu sueño, viejo gato,
y, entre grandes bostezos y estiramientos,
ve a buscar el amor.*

Mishima respondió con un par de latigazos con la cola, pero no se movió de su sitio. Probablemente aún fuese demasiado joven para ir en busca del amor. A continuación le leí una canción popular japonesa que me parecía especialmente tierna:

*Hay dos cosas que nunca cambiarán,
ni hoy ni nunca,
pues existen desde que el tiempo es tiempo:
el flujo del agua
y el carácter dulce y extraño del amor.*

Ésa era una buena definición del amor, sí señor, pues si no fuera extraño e imprevisible, no entendería cómo había conseguido una cita con Gabriela para el día siguiente.

Me sentía peligrosamente feliz —el precipicio del amor del que hablaba Stendhal— y pletórico de energía. Una vez oí decir que cuando te enamoras de alguien, en realidad no estás enamorado de esa persona, sino de la vida a través de ella. Eso mismo me sucedía a mí.

No me importaba arder en el agua y ahogarme en el fuego. Aceptaba cualquier sufrimiento presente y futuro mientras se me permitiera amar a Gabriela.

El problema era que no sabía hasta cuándo lograría contener lo que sentía. Con independencia de lo que me propusiera, cada vez que estaba a su lado deseaba confesarle mi amor a bocajarro, lo cual sería del todo contraproducente. Por el momento, ella sólo me había ofrecido su amistad, y debía aferrarme a ello como a un clavo ardiendo. Lo cual no quitaba que ensayara en privado las más disparatadas declaraciones amorosas.

Para ello me había venido como anillo al dedo un librito de la biblioteca de Titus titulado *10.000 maneras de decir «Te quiero»*.

Cuesta creer que pueda haber tantas variantes, pero el autor del libro —un tal Godek— se había propuesto batir el récord Guinness en ese terreno. Algunas de las más extravagantes:

- Escribir con un rotulador que no sea tóxico **TE QUIERO** en los dientes (una letra en cada diente) y sonreír abiertamente para que la persona amada pueda leerlo.
- Hacer campaña en su barrio, donde hay que fijar muchos carteles con tu fotografía y su nombre con el eslogan: **ÁMAME**.
- Decírselo por teléfono en morse (si conoce el código) golpeando un vaso con una cucharilla.
- Regalarte tú mismo envuelto en papel de embalar y que unos amigos te entreguen en casa de la persona amada el día de su cumpleaños.
- Compartir una pizza en la que habremos confeccionado un gran corazón con los ingredientes.
- Cerrar los párpados para que te bese; sobre ellos habrás escrito las palabras: **TE QUIERO**.

Este último era el que más me gustaba, pero hay que ser un adolescente para que algo así no resulte ridículo. Aunque, personalmente, prefería el encendido verso de Shakespeare:

*Duda de que las estrellas son fuego;
duda de que el sol se mueve;
duda de que la verdad no engaña;
pero nunca dudas de que te amo.*

¿Quién es Lobsang Rampa?

Mi especial estado de ánimo y la perspectiva de una semana libre —hasta que empezara el segundo semestre—, hizo que aquella noche acogiera a Valdemar con complicidad e incluso con ganas de replicarle.

Tal vez para contrarrestar mi energía, esta vez se mostró sombrío y pesimista, como si hubiera recibido noticias de sus perseguidores y se hallara en la picota. Con la luz apagada, fumó un cigarrillo entero antes de decidirse a hablar. Mientras tanto, yo me había servido una copa de vino y estudiaba sus movimientos —o la sombra de ellos— con curiosidad de antropólogo.

Valdemar, que había dejado a sus pies aquel macuto del que no se separaba, dio inicio a la charla nocturna con una pregunta dirigida a sí mismo.

—¿Quién era Lobsang Rampa? En todo caso, no quien creíamos que era. Millones de personas que leyeron *El tercer ojo* se convencieron de que era un lama tibetano que había desarrollado poderes sobrenaturales, como explica en su libro. Sin embargo, pese a que fue un *best seller* durante décadas, ninguna televisión logró nunca entrevistarle. Eso no hizo más que aumentar su crédito, porque a la gente le encanta el misterio. Algo así sucedió años después con Carlos Castaneda. Su mejor baza era que nadie sabía qué aspecto tenía. Por esa misma razón, la gente del siglo pasado prefería el lado oculto de la Luna tal como creían que era antes de ser fotografiado. La realidad, o lo que entendemos por realidad, nunca ha interesado a la mayoría.

—¿Y quién es, entonces, Lobsang Rampa? —pregunté.

—No es nadie, éste es el problema. Lobsang Rampa no existe como tal. Tras engañar a todo el mundo con la historia del lama, unos periodistas del *Times* descubrieron que el autor era un fontanero inglés llamado Henry Hoskins que nunca había visitado el Tíbet. Y lo más sorprendente de todo es que nadie pareció decepcionarse por ello, porque los libros se siguieron vendiendo. ¿En qué clase de mundo vivimos? ¿Entiendes ahora por qué tengo nostalgia del futuro?

—Entiendo que algunas personas no pueden presentarse tal como son, porque el público no se lo permite —dije, y me sorprendí a mí mismo defendiendo el terreno de Francis Amalfi.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tal vez el autor hubiera preferido presentarse con su propio nombre, pero nadie le habría hecho caso, empezando por los editores. El mundo esperaba a Lobsang Rampa, no a Henry Hoskins.

—¿Y Castaneda?

—Supongo que es un tipo que, sencillamente, quería vivir tranquilo mientras sus libros producían *royalties*. Es una opción bastante saludable.

—Luego está el caso Carnegie.

—¿Dale Carnegie? ¿El que enseñaba cómo hacer amigos? —dije sorprendido de que Valdemar se interesara de repente por este tipo de libros.

—Ese. Toda la vida enseñando cómo debemos vivir para acabar suicidándose, según dicen algunos, aunque su editorial asegure que es un rumor sin fundamento. Quizá tenían miedo de que los lectores exigieran la devolución de lo que habían pagado por esos manuales.

—Tal vez los consejos sean buenos —dije conciliador—, aunque él mismo no fuera capaz de aplicárselos. También hay médicos de los pulmones que fuman dos cajetillas al día, y no por eso dejan de ser médicos.

—Tratas de decirme que no es necesario predicar con el ejemplo, que podemos ir por ahí pensando una cosa, diciendo otra y haciendo una tercera. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Yo sólo digo que somos humanos. No sería justo que yo le exigiera a Lobsang Rampa algo que no me exijo a mí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—El ser humano es en esencia contradictorio. Tú mismo compras un paquete de tabaco en el que pone FUMAR MATA y enciendes ahora un segundo cigarrillo. Y, sin embargo, no deseas morir. ¿No es eso una contradicción?

Valdemar dio una profunda calada, como si estuviera desafiando al departamento de sanidad que había redactado esas amenazas. Porque son amenazas. Luego expulsó el humo lentamente y dijo:

—No sólo vivimos en un mundo de impostura, sino que además he llegado a la conclusión de que es imposible compartir ninguna experiencia.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te lo explicaré con un ejemplo: imagínate que voy a hacer un largo viaje del que no sé cuándo volveré y tú vas a la estación de tren a despedirme. Si luego nos comunicamos por correo o por teléfono y recordamos aquella despedida, será pura impostura.

—¿Por qué?

—No estaremos hablando de lo mismo, aunque alimentemos la ilusión de que es así. El tuyo y el mío serán recuerdos diferentes, cuando no directamente opuestos. Tú recuerdas a un hombre que se aleja en un tren y saluda con la mano desde la ventanilla. Yo, en cambio, recuerdo a un hombre que estaba inmóvil en un andén y se hacía pequeño. Eso es lo único que podemos compartir: la sensación de que el otro se hace pequeño. Es algo que tiene su eco en nuestras emociones. Cuando te distancias físicamente de alguien, su presencia en tu inconsciente se reduce progresivamente. Tal vez, en ese sentido, lo que sucede en un nivel óptico sea una mera preparación para lo que sucederá en la mente. Pero volvamos al inicio: la experiencia nunca puede ser compartida. Se sirve en envases individuales.

Me entraron ganas de aplaudirle. A diferencia de otras noches, Valdemar me parecía extraordinariamente lúcido.

—¿Quieres una copa de vino? —le propuse—. Creo que aún vamos a hablar un buen rato.

En ese momento Mishima emprendió una carrera por el pasillo, como si hubiera entendido que aquella noche iba a ser importante por algún motivo y debía mantenerse alerta y en plena forma.

El macuto vacío

Cuando desperté en el sillón, tardé un buen rato en entender dónde me encontraba, como si hubiera sufrido una ausencia. La primera luz de la mañana se reflejaba en dos botellas de vino vacías y una tercera empezada.

Con la cabeza a punto de estallar por la resaca, comprendí que habíamos hablado y bebido sin pausa hasta que me quedé dormido. Valdemar debía de haber regresado al apartamento dando tumbos, ya que había olvidado su macuto en el suelo.

Antes de poner orden en mi cuerpo me pareció más urgente adecentar todo aquello, así que retiré rápidamente las botellas y el cenicero lleno de colillas. Al levantar el macuto, me sorprendió comprobar que no pesaba casi nada. Abrí la cremallera y vi que estaba vacío.

Aquello no dejaba de ser sorprendente, ya que Valdemar lo utilizaba para transportar su manuscrito. No le había visto abrirlo en toda la noche. ¿Cómo era posible, entonces, que estuviera vacío? Caba la posibilidad de que hubiera bajado con el macuto tal como acababa de encontrarlo. Pero, nuevamente, ¿para qué transportar una bolsa sin nada? Eso sólo tenía sentido si lo que pretendía era llevarse algo. Y la prueba de que eso no había sucedido era que el macuto estaba ahí, muerto de risa.

Me fui a la ducha con el convencimiento de que es imposible escrutar las razones de los borrachos, sobre todo cuando se pasan toda la noche filosofando, ya que eso equivale a una doble borrachera. También las palabras pueden embriagar la mente.

Dos tabletas de paracetamol y una ducha fría consiguieron convertir mi resaca en un simple apaleamiento. Luego me obligué a comer unas tostadas con emmental. Mi poca experiencia con el alcohol me decía que la comida es el mejor antídoto para los efectos secundarios.

Serían las diez cuando salí a la calle aún algo mareado. Disponía de dos horas para recuperarme hasta la cita con Gabriela, que tenía la mañana libre.

«Debería haberlo pensado antes de empujar el codo», me dije mientras recibía el aire fresco como un bálsamo.

La elección de una novela

El lugar de encuentro sería esta vez el café de la Central, la mayor librería del Raval. Como había llegado una hora antes de la cita, me dediqué a curiosear en la sección de novela extranjera. Allí siempre hay traducciones sorprendentes de autores polacos, finlandeses o lituanos, entre otros exóticos del frío.

Me detuve a mirar una novela del escritor de moda en Ucrania, Andréi Kurkov, *Muerte con pingüino*. Un título tan chocante merece como mínimo que uno lea la contracubierta. Al parecer, la novela retrataba la soledad y la vida en la Ucrania postsoviética: Viktor, un escritor fracasado, adopta al pingüino del zoo de Kiev, que se ha quedado sin dinero para alimentar a los animales. Juntos correrán curiosas aventuras por la capital ucraniana, aunque pronto se meterán en un lío de difícil salida.

Seducido por el hallazgo, decidí que me llevaría a casa al pingüino y a su protector. Antes de pasar por caja, sin embargo, pensé que si yo tenía una novela nueva, también Gabriela merecía una. La cuestión era cuál. No es fácil adivinar los gustos de alguien que apenas conoces, aunque haya leído a Somerset Maugham y Graham Greene.

En estos casos, hay una solución que nunca falla: regalar lo que a uno le venga en gana. Aun así, debía ser cuidadoso con la elección, pues el título de un libro dice mucho de nuestras intenciones para con esa persona. No es lo mismo obsequiar a una mujer con *Dime que me amas aunque sea mentira*, que con *Memorias de una hija de perra*. Este último era de un autor griego, lo que me dio la pista definitiva para el libro de Gabriela.

Pedí en la caja la novela *El fallo*, de Samarakis. Aparentemente es una novela policíaca, pero al final te das cuenta de que es la historia de una amistad. Recordaba haber terminado la lectura con lágrimas en los ojos, cosa que me ha sucedido contadas veces. Sí, definitivamente aquella era una buena elección.

Hice que me envolvieran los dos libros para regalo. Cuando compro una novela para mí, tengo la costumbre de guardarla con su envoltorio hasta que siento que he merecido el premio. Entonces me autorregalo el libro con gran placer.

Todas las personas solas que conozco recurren a esta clase de rituales. Una vez me presentaron a un tipo que se escribía cartas a sí mismo y las echaba al correo. Cuando recibía su propia misiva, debidamente timbrada, la abría cuidadosamente y la leía como si viniera de muy lejos. Luego meditaba durante un día sobre su contenido y al día siguiente la respondía con todo lujo de detalles. La carta aparecía timbrada en su buzón tres días más tarde y vuelta a empezar.

Gracias al correo, creo que ese hombre llegó a hacerse bastante amigo de sí mismo.

El fallo

Cuando Gabriela entró en el café de la librería, yo estaba tomando el «té del monje», una especialidad muy adecuada para la imagen de recato y contención que quería dar.

Me pareció que estaba maravillosa, pero eso es lo que piensan todos los enamorados cuando aparece su amada. Acercó su mejilla para que pudiera besarla —esta vez me había afeitado— y me embriagó un perfume suave con matices de mandarina.

Pidió lo mismo que yo. Mientras preparaban la infusión detrás de la barra, puse sobre la mesa la novela que había escogido para ella.

—¿Qué es? —exclamó sorprendida.

—Puesto que estamos en una librería, supongo que es un libro —dije tratando de hacerme el gracioso.

—¿Cómo sabes que hoy es mi cumpleaños? ¿Has contratado a un detective?

Esta sospecha me molestó, aunque mi indignación quedaba eclipsada por aquel golpe del azar. En todo caso, me convenía mostrarme algo frío y distante, así que respondí:

—No lo sabía, pero felicidades de todos modos. Además, yo soy como la liebre de marzo: me gusta celebrar los días de no-cumpleaños.

—En este caso, es toda una coincidencia —sonrió asombrada.

—Una de tantas. Hace poco subí dos veces seguidas al mismo taxi sin pretenderlo, y no creo que deba extraer un mensaje de eso. Es como el reloj que llevo, ¿sabes lo bueno que tiene?

Me arremangué para que viese la antigualla que llevaba en la muñeca. Lo había heredado directamente de mi abuelo. Justo entonces se había parado, lo que facilitaba más aún mi conclusión:

—Al menos da la hora bien dos veces al día.

Gabriela enarcó las cejas. Creo que no sabía si le estaba tomando el pelo o era sencillamente bobo.

—¿No lo vas a abrir? —dije impaciente.

Sus largos dedos arrancaron el papel como si estuvieran desnudando el libro de su mortaja. Cuando *El fallo* quedó a la vista, Gabriela lo miró desde la mesa sin tocarlo. Un mechón de su cabello, en cambio, se había posado sobre la portada tapando el nombre del autor.

—No lo conozco —dijo.

—Por eso te lo regalo, para que lo conozcas. Es una de mis novelas favoritas.

«Esto no va bien —pensé—. Con el regalo has añadido una presión innecesaria a la cita. Ahora ella pensará que esperas que te corresponda de algún modo.»

—Gracias —dijo, y guardó el libro en el bolsillo de su abrigo de lana.

Había que reconducir la situación cuanto antes, así que bebí lo que quedaba de té en la taza y le propuse:

—¿Quieres que demos un paseo? Hoy es mi primer día libre y tengo ganas de que me dé el aire.

Gabriela asintió con la cabeza y, con expresión ausente, se levantó dejando todo el té en su taza. No había reparado en ese detalle. Definitivamente, no podía estar haciéndolo peor.

Salimos de la librería y nos adentramos por la calle que lleva a la plaza de los Ángeles. Allí hay un viejo edificio con dos palmeras altas y delgadas que siempre me ha encantado. Sin embargo, aquella mañana me parecieron dos seres tristes azotados por el viento, como Gabriela y yo.

—¿Cómo es Osaka? —pregunté para romper el silencio que se había erigido entre nosotros.

—La llaman la Venecia del Japón, porque tiene canales. Pero no tiene nada que ver. Es una ciudad moderna con muchos estudiantes.

Luego volvió el silencio, porque no pregunté nada más ni ella parecía dispuesta a tomar la iniciativa, como en la última cita. ¿Qué estaba pasando?

Como suele suceder en las situaciones desesperadas, escogí justo aquel momento para hacer algo temerario. Cuando desembocamos en la gran plaza, le tomé la mano. Para mí sorpresa, no la apartó ni dijo nada para reprenderme. Ni siquiera se detuvo ante aquella novedad. Simplemente seguimos andando hacia el centro de la plaza, surcada por patinadores y músicos.

Le había tomado la mano, que era fría y suave, lo cual no significaba que ella hubiera hecho lo mismo con la mía. En lugar de apretarla un poco para hacerme saber que correspondía el gesto, la había dejado muerta, como un ser sin voluntad. Esa constatación me llevó hasta el borde del precipicio que me estaba cavando yo mismo, ya que le pregunté:

—¿Te incomoda que te tome la mano?

—A mí no me molesta. El problema es lo que eso significa para ti.

Tras la estocada, la solté. Cayó a plomo junto a su cadera, como un pájaro abatido de un disparo. Aquello era un punto de no retorno. Y yo era el culpable, porque no había tenido bastante paciencia y dominio de mí mismo para ganarme poco a poco su amistad y confianza.

Ahora ella había leído perfectamente mis intenciones y todo estaba perdido. Quedaba excluida cualquier posibilidad de un acercamiento sigiloso, que es lo que dictan las leyes áureas de la seducción.

Precisamente porque todo estaba perdido, no me veía con fuerzas para seguir alimentando la ilusión. Prefería morir en el intento.

—Gabriela, siento haberte importunado ahora y las últimas semanas —dije—. No sirvo para el flirteo. Voy a serte franco: no creo que nunca podamos ser amigos.

—¿Ah, no? —respondió asustada.

—Me encantaría, porque para mí es un privilegio poder estar a tu lado. Pero te quiero demasiado para seguir fingiendo. Gabriela, o te vas ahora mismo o voy a besarte.

Dicho esto, sentí una vertiginosa necesidad de huir y me di a la fuga sin esperar su reacción. Mientras abandonaba la plaza precipitadamente todo me daba vueltas. Me sentía, además, el hombre más ridículo del mundo, porque tras mi amenaza quien se había ido era yo.

Desde las alturas

Dediqué el resto del día a caminar por la ciudad como un poseso, con la esperanza de que el agotamiento me hiciera olvidar lo que acababa de suceder. Escapé del Raval por el mercado de San Antonio para luego seguir por la izquierda del Ensanche.

Cuando alcancé la Diagonal —la avenida que tradicionalmente ha separado a los ricos del resto de Barcelona—, la seguí en dirección norte atraído por una misteriosa inercia. Sabía que en el momento en que llegara a casa el mundo se me vendría encima, así que continuaría mi expedición hasta que se agotaran mis fuerzas.

Por puro capricho, decidí dejar de avanzar en línea recta —o diagonal— y giré por la calle Muntaner en dirección montaña. El sol estaba en lo más alto cuando mis pies empezaron a arder. Mientras me cruzaba con colegialas, ejecutivos y jubilados con buena renta, entendí que iba a caminar hasta dejar atrás los últimos vestigios de la ciudad. Sólo entonces me detendría.

Topé con el límite de la plaza de la Bonanova y giré a la izquierda buscando alguna calle que me permitiera seguir mi alocada ascensión. Cerca de una célebre escuela de negocios la encontré, y empecé a escalar la pendiente sin mirar atrás.

Tras veinte minutos de patear la cuesta, llegué a un punto en el que los apartamentos de lujo dan paso a pequeñas y grandes mansiones. Después de éstas, alguna villa en mal estado. Luego, sólo el bosque.

Exhausto por la caminata, me senté bajo un grupo de pinos, que se inclinaban vencidos por la gravedad. Por primera vez logré reunir un poco de calma. Era un alivio tener la ciudad a mis pies y saber que, aunque fuera por unos minutos, ya no formaba parte de ella.

Desde mi observatorio en las alturas cualquier deseo o aspiración parecía insignificante, como cuando miramos la febril actividad de un hormiguero. Para las hormigas es muy importante lo que están haciendo, pero nosotros sabemos que basta con un pisotón para que se pierda el fruto de esos esfuerzos pequeños y constantes. Y nunca comprenderán por qué ha sucedido.

Del mismo modo, también el destino —o el karma que nos ganamos a pulso— pisa a veces nuestros sueños.

Mientras me llenaba de aire con aroma a resina, podía ver cómo la bola solar caía lenta e inexorable sobre el horizonte. De la calma que se había instalado en mi interior empezó a florecer un poco de sentido común.

«Ya le has fastidiado a esa chica el día de su cumpleaños —me dije—. Ahora vete a casa y procura no tropezar con los muebles.»

V

Un día en la vida

La desaparición

Me tomé el descenso de la montaña con mucha más calma. Llegué a casa con la noche suspendida sobre mi cabeza, ignorando que me esperaban las veinticuatro horas más extrañas de mi vida.

Podría haber ido al cine para mitigar la angustia, pero estaba demasiado cansado para seguir una película. Quizá lo mejor fuera meterme en la cama y olvidarme de mí mismo.

Mientras subía los escalones, estaba convencido de que Gabriela había dejado un mensaje en el contestador. Podía ser de dos clases: o me preguntaba cómo estaba —lo cual sería muy amable de su parte—, o bien recriminaba mi comportamiento y me pedía que en adelante no la molestara.

«Al menos ella estaba a dos pasos de su casa —me dije mientras abría la puerta—. Yo he necesitado subir a una cumbre para regresar hasta mí mismo.»

No había mensaje en el contestador y eso me hirió. ¿Es que no le importaba que yo estuviera sufriendo?

Me metí bajo la ducha para que el agua se llevara mis lágrimas por el desagüe hasta alguna planta depuradora de las afueras de la ciudad. Quería mandar la tristeza bien lejos para regresar a mi anodina soledad.

Cuando salí de la ducha, ya estaba bastante resignado. Mientras me peinaba frente al espejo descubrí con disgusto media docena de canas nuevas.

«Qué rápido pasa el tiempo», me dije, pero ni siquiera me digné a arrancarlas. La cuestión de las 650.000 horas había dejado de interesarme; le regalaba mi crédito vital a quien supiera qué hacer con él.

Me enfundé el pijama y, sin hambre para cenar, estuve deambulando por la casa poniendo un poco de orden, mientras Mishima me vigilaba con la mirada. Tropecé nuevamente con el macuto de Valdemar y tuve un mal presentimiento.

¿Cómo era posible que no hubiese vuelto por él? ¿Y si, a causa de la borrachera, se había golpeado la cabeza y estaba allí arriba malherido?

Sólo había una manera de averiguarlo. Subí en pijama y zapatillas hasta el sobreático y llamé al timbre dos veces. Tras el zumbido ya conocido, no sucedió nada. Valdemar disponía incluso de un botón para abrir a distancia, pero todo indicaba que ni siquiera era capaz de eso.

Tardé un buen rato —y una tercera llamada al timbre— en averiguar que la puerta no estaba cerrada, sino sólo ajustada. Aturdido, la empujé esperando descubrir los restos de alguna catástrofe.

Para mi sorpresa, al encender la luz me pareció que todo estaba impecable, lo cual no ligaba con la puerta abierta. Las llaves estaban puestas al otro lado de la cerradura. Las guardé en mi bolsillo antes de cerrar y seguir indagando.

Un fragante olor a limón revelaba que había fregado recientemente. También el salón-estudio estaba perfectamente limpio y ordenado, con el ordenador portátil sobre la mesa, en la que no parecía haber una mota de polvo. Al dirigir la mirada hacia la cocina —que, como la mía, daba al exterior— empecé a alarmarme.

En el centro había montado un gran telescopio con su trípode, cuyo extremo se asomaba por la ventana abierta apuntando hacia el firmamento.

Abandoné la cocina sin tocar nada y empecé a recorrer el apartamento llamando a Valdemar. Mientras registraba todas las habitaciones, armarios incluidos, recordé la caja metálica con la que había llegado la primera noche. Sin duda contenía el telescopio. No podía ser que se hubiera marchado dejándolo allí, a no ser que algo inesperado le hubiera obligado a huir de inmediato.

El caminante sobre el mar de nubes podía meditar desde las alturas sin miedo a ser molestado, porque la casa estaba desierta.

La misma intuición que me había alertado al ver el macuto me decía que Valdemar no iba a volver. Registré nuevamente el apartamento y vi que estaban todas sus cosas, incluso los cigarrillos. Sólo faltaba el manuscrito. Aquello era muy extraño.

Volví a la cocina presa de la confusión. Bajo un plato de café había una nota escrita a mano que me había pasado por alto. El mensaje era tan simple como inquietante:

HE SALIDO. ¿VOLVERÉ?

Con el corazón angustiado y mala conciencia por mi poca vigilancia, apliqué el ojo al visor por si las estrellas me daban alguna pista del paradero de Valdemar. Como si hubiera sabido el momento exacto en el que yo llegaría, en aquel momento el telescopio apuntaba a la luna llena.

No sé cuánto tiempo permanecí allí hipnotizado, siguiendo los cráteres y los oscuros mares donde quizás alguna vez hubo agua. Echaba ya de menos a Valdemar, y me gustaba pensar que de algún modo había logrado llegar allí. Imaginé que en aquel momento me estaba mirando desde un cráter con un potente telescopio, abandonado a su suerte por los astronautas del *Apolo XVII*.

La noche del fin del mundo

Era medianoche cuando, aturdido por lo que acababa de suceder, me vestí de nuevo y salí a la calle a tomar el aire.

Desde la acera eché un vistazo a los dos últimos pisos de aquel lado del edificio. Tras los recientes acontecimientos se habían convertido en un mausoleo de sombras, y yo había decidido huir antes de que se sellara para siempre. No quería emular al hombre de Tokio.

Justo encima de mi cabeza, una luna de proporciones gigantescas derramaba su luz fantasmal sobre la ciudad.

Me quedé absorto ante aquel fenómeno. No recordaba haberla visto nunca tan cerca. Parecía como si nuestro satélite estuviera a la mitad de la distancia habitual. ¿Y si estaba cayendo hacia la Tierra por una mala jugada de la gravedad? En este caso se iría agrandando cada vez más hasta colisionar con nuestro planeta. Una gran hecatombe y un final honroso para más de uno: el fin del mundo estaba servido.

¿Tendría algo que ver con ello la desaparición de Valdemar?

Definitivamente, no podía quedarme en casa. Si aquella era la noche del fin del mundo, no la pensaba pasar en la cama.

Tal vez por la peligrosa aproximación de la Luna, aquella noche de febrero era singularmente cálida. Las piernas me dolían de la maratón urbana que había hecho esa misma tarde, pero tenía los depósitos de adrenalina a tope, así que caminé hacia el centro con los ojos bien abiertos.

Tenía la certeza de que la huida de Valdemar era sólo el preludio de algo muy importante que iba ocurrir. La intuición me decía que aquella noche sucederían cosas, y la colisión de la Tierra con su satélite podía ser la guinda. El beso final de una relación de amor que había durado 4.600 millones de años.

Y lo más curioso de todo era que no sentía miedo. De ser así, aceptaba la hecatombe como un final digno para mi pobre existencia.

Mientras bajaba por el Paseo de Gracia, me di cuenta que muchos otros habían tenido la misma idea que yo. Aunque era casi la una de la mañana, la calle estaba llena de gente. Familias enteras con niños miraban al cielo y señalaban con el índice la gran dama de la destrucción.

Nadie parecía asustado. Más bien estaban fascinados y las cámaras digitales no cesaban de disparar para capturar el fenómeno. ¿Cómo podía la gente estar de buen humor ante lo que se nos venía encima?

Harto de esquivar las multitudes asombradas —que chocaban constantemente entre sí al tener la vista clavada en el cielo—, me desvié por la Gran Vía y luego bajé el último tramo de Balmes.

Sin pretenderlo me encontré ante el café del cruce. Aunque la persiana estaba medio bajada, había luz. De repente pensé que si Valdemar estaba en algún lugar de este mundo, lo encontraría ahí dentro.

Tras semanas sin acudir allí, me parecía un bonito lugar para celebrar el fin del mundo. Por lo tanto, me agaché y pasé al otro lado de la persiana.

17 minutos

Cuando me vio emerger tras el acero, el camarero me miró con una ira nada disimulada. Con la seguridad de que el fin del mundo me daba total impunidad, me aposté en la barra y pedí una copa de vino.

—Está cerrado, pero por ser cliente habitual le voy a servir —dijo mientras descorchaba una botella nueva.

Después de llenar mi copa, se escondió en la cocina, de donde llegaba el eco de las noticias de la radio.

Solo en la barra, caté el vino mientras echaba un vistazo al periódico del día. En la portada había una gran fotografía de la Luna sobre los tejados de Barcelona. Tal vez se había anunciado el fin del mundo y yo no me había enterado todavía. ¿Tan lejos vivía de las grandes cosas?

Antes de que pudiera leer el artículo, un tipo familiar se coló dentro del bar. Era el pelirrojo trajeado de negro, el de los diecisiete minutos. La noche se ponía interesante.

—¡Está cerrado! —vociferó el camarero sacando la cabeza desde la cocina.

—Es un cliente habitual —dije en su defensa.

Con el corazón roto, ya sabía las dos últimas cosas que quería hacer antes del fin: leer el artículo y cronometrar por tercera y última vez al hombre de negro.

El camarero blasfemó un par de veces antes de salir de su escondite para servir una copa de cerveza.

—Quince minutos y cierro —dijo.

—¿No puede ser un poco más? —pregunté pensando en el número mágico.

Por toda respuesta recibí una mirada asesina. Luego desapareció de nuevo y subió el volumen de la radio, donde en aquel momento había un debate de científicos.

¿Estaría Valdemar entre ellos?

Consulté mi reloj: la una y diez.

Yo con mi copa de vino y el pelirrojo con su cerveza. Dos hombres solos en un bar cerrado. Si fuera un guión de Hollywood, estaríamos obligados a entablar una conversación profunda y melancólica, dadas las circunstancias. Dos extraños se cuentan confidencias en la soledad del bar, como en un cuadro de Hopper.

En vez de eso, me entregué a una doble actividad —cada cual tiene derecho a pasar sus últimas horas como le dé la gana—. Con un ojo controlaba el minutero del reloj mientras el otro se sumergía en la lectura del artículo.

ILUSIÓN LUNAR DE INVIERNO. *Los científicos no logran ponerse de acuerdo sobre las causas del fenómeno.*

Agencias. Según ha confirmado la NASA en un comunicado, esta noche podrá verse una luna llena el doble de grande de lo habitual. Se trata de un efecto puramente óptico que la psicología de la percepción denomina «ilusión de la Luna» o, más técnicamente, «Hipótesis de Distancia Aparente».

Pese a que no se conoce exactamente a qué se debe el efecto óptico —que suele darse sólo en verano, de ahí lo excepcional del evento—, parece ser que los rayos lunares convergen de tal manera que crean la ilusión de una Luna inflada al observarla sobre el horizonte.

En realidad se trata de un efecto óptico relacionado con la perspectiva que sólo capta el ojo humano, no la cámara fotográfica. Para comprobarlo, la NASA propone un curioso experimento: aislar la Luna con un círculo o un tubo de papel. Al suprimir los elementos de referencia de su alrededor, la magia de la Luna gigante desaparece.

Cerré el periódico con fastidio. Aquello más que una ilusión era una desilusión. Ya me había hecho a la idea de dejar de luchar a brazo partido con la vida.

«El fin del mundo tendrá que esperar», me dije mientras echaba una nueva mirada al reloj: la una y veintisiete. Como activado por un oscuro mecanismo, justo entonces el pelirrojo dejó una moneda sobre la barra y se agachó ágilmente para pasar al otro lado.

De repente sentí una imperiosa necesidad de seguirle. Y estaba demasiado cansado para oponerme a ese impulso.

Pese a lo intempestivo de la hora, salí tras él con la Luna gigante y fantasmal sobre nuestras cabezas.

Ascensor

El joven de negro cruzó la calle Pelayo a toda prisa y continuó hasta Portal del Ángel, donde giró a la derecha en dirección a la Catedral.

Yo le seguía a escasos metros, encarnado en detective que aspira a cerrar el caso con un descubrimiento definitivo. En realidad, me había aferrado a esa persecución para mantener alejado el dolor de haber perdido a Gabriela. Todos los detectives tienen un pasado que olvidar. Y el peligro —o husmear en existencias ajenas— es el mejor narcótico.

El hombre de los diecisiete minutos llegó a la Catedral, en cuya aguja más alta parecía estar clavada la Luna como una enorme fruta lechosa. Luego se internó por un callejón lateral que pasa bajo un puente gótico.

La calle estaba desierta, así que le di un poco más de distancia mientras intentaba que mis zapatos no resonaran sobre los adoquines milenarios. También él aflojó el paso mientras se llevaba un cigarrillo a la boca y lo encendía con la mirada puesta en el cielo.

Cruzamos la plaza que alberga el palacio del gobierno y el ayuntamiento para proseguir por una calle que baja hasta el puerto. Antes, sin embargo, el enigmático pelirrojo giró a la izquierda por el callejón de Bellafilla. Se detuvo un instante delante de una puerta iluminada y desapareció tras ella.

Con mi perseguido a buen recaudo, me planté en cuatro zancadas ante lo que resultó ser la entrada de una coctelería: El Ascensor. Haciendo honor a su nombre, la entrada era un viejo ascensor de madera de caoba con puertas corredera. Todavía conservaba los botones originales de principios del siglo XX.

Mientras decidía lo que tenía que hacer, dentro de aquella cabina fuera de lugar, pensé en la escena final de la película *El corazón del ángel*, cuando Mickey Rourke baja en ascensor hasta las entrañas del infierno.

Entré sin demasiada convicción. La puerta corredera daba acceso a un pequeño café con espejos y mesas de mármol. En aquel momento todas estaban ocupadas por grupos de jóvenes que apuraban sus bebidas animadamente en aquel ambiente fin de siglo.

Me quedé junto a la barra sin saber qué hacer a continuación. Carecía del aplomo cínico de Mickey Rourke y el sueño empezaba a hacer mella en mí.

Como suele suceder en estos casos, cuando uno no actúa otros deciden por ti. El pelirrojo vestido de negro se levantó impetuosamente de la mesa —que compartía con dos bellas jóvenes— y se dirigió hacia mí con cara de pocos amigos.

Sus acompañantes, que tendrían poco más de veinte años, contemplaban la escena entre divertidas y expectantes. Me pareció que una de ellas, de ojos profundamente azules, le dijo algo como: «Déjalo en paz, ¿quieres?»

Apoyado en la barra, no se me ocurría cómo encarar la situación para que no terminara en una pelea de escándalo. Antes de que pudiera pensar nada, el pelirrojo dijo con tono educado pero firme:

—¿Me está siguiendo?

La única respuesta que se me ocurrió no era nada cinematográfica:

—Sí.

—¿Y puedo saber por qué?

Por suerte, la vena excéntrica que cultivamos los hombres solos acudió en el momento adecuado:

—Ayudo a un amigo en un estudio de antropología urbana —mentí a medias—. Nos dedicamos a estudiar las costumbres del animal de barra, en especial los clientes que siguen un ritual prefijado, como usted.

Me estudió con los brazos cruzados, como si esperara a que terminara la aportación de pruebas antes de dictar el veredicto y el castigo. Sin embargo, una sonrisa contenida me decía que aquel tipo era totalmente inofensivo y se estaba divirtiendo a mi costa. Seguía el arquetipo de todos los pelirrojos que he conocido desde la infancia: son unos demonios traviesos.

Aparentando estar vivamente indignado, preguntó:

—¿Qué le hace pensar que yo soy uno de esos clientes?

—Somos habituales del mismo café. De hecho, gracias a mi intervención ha podido tomarse hoy su cerveza... en diecisiete minutos.

Esto último pareció desarmarlo, y a que abandonó su rigidez y me dio un golpecito cómplice en el hombro. Luego dijo:

—Siéntese con nosotros a tomar una copa.

La pequeña mesa arrimada a la pared no tenía más sillas. Sin embargo, al vernos llegar juntos, una morena de cara angulosa se levantó y dijo:

—Tomad mi asiento. Dentro de cinco horas tengo que levantarme.

Antes de que atinase a decir nada, me encontré sentado entre la joven de mirada azul y el pelirrojo, que llamó al camarero con un chasquido de dedos. Entonces ella asestó un golpe de efecto a la insólita reunión.

—Rubén —dijo—, te presento a Samuel de Juan.

Me quedé estupefacto. Siempre resulta inquietante que te reconozca alguien que no te suena lo más mínimo. Quería evitar una pregunta penosa como «Quién eres», así que esperé que alguna pista me pusiera en el camino correcto. Y así fue:

—Es mi profesor de Literatura Contemporánea —dijo ella sonriendo—. Tenemos que emborracharlo para que haga alguna locura. Así se verá obligado a comprar mi silencio con una matrícula.

De repente todo se volvió claro: era la sabihonda de las gafas redondas. Al ir sin ellas no la había reconocido. Sus ojos miopes y profundamente azules le daban un aire frágil muy diferente a la estudiante que yo conocía.

—No será necesario, porque ya te la he puesto —dijo—. Las notas se publicarán en un par de días.

Debía de estar algo borracha, porque se abalanzó sobre mí y me dio un sonoro beso en la mejilla que me dejó sin aliento. Por suerte, el camarero llegó a punto para salvarme de un sofoco que no podía disimular.

—Tres copas de Aquavit con hielo —dijo el tal Rubén.

Se notaba que era un hombre de amplia experiencia nocturna, y a que se atrevía a pedir para toda la mesa sin siquiera consultar. Para justificar aquella iniciativa, me susurró al oído:

—Es para celebrar el éxito de mi amiga.

Antes de ir a buscar las bebidas, el camarero preguntó al pelirrojo:

—¿Los quiere de la línea?

—Por supuesto —respondió casi ofendido.

—¿Qué es eso de la línea? —preguntó la estudiante.

—¿Qué es un Aquavit? —pregunté yo.

Rubén rió orgulloso por que su elección hubiera despertado tanta expectación. Luego dijo en tono didáctico:

—Aquavit es un licor noruego que me dio a probar aquí un amigo mío. Hay de dos clases: el normal y el de la línea, que es mucho más caro, porque antes de ser embotellado da la vuelta al mundo dos veces. El licor envejece en las bodegas de un barco que sigue la línea del ecuador. Sólo cuando ha completado dos vueltas enteras puede recibir la etiqueta oficial.

—Debe de ser un licor con mucho mundo —rió la estudiante de ojos azules.

Mientras el camarero nos servía el brebaje en tres vasitos con hielo, dije perplejo:

—Estos noruegos están locos.

Conversaciones con el ingeniero

Por suerte El Ascensor cerró a las dos y media, con lo que sólo tuve que tomarme un par de copas. Suficiente para que la cabeza me diera vueltas, como el licor alrededor del globo.

—Ella vive aquí al lado —dijo Rubén con las llaves del coche en la mano—. ¿Quieres que te acerque a tu casa?

—Por favor, no te molestes —respondí aceptando el tuteo.

—No es ninguna molestia. Así hablamos de antropología urbana. ¿No querías saber lo de los diecisiete minutos?

Recibí un segundo beso de mi estudiante —ante la que había perdido toda mi autoridad académica— y caminé en compañía del pelirrojo hasta un garaje cercano, de donde salió con un flamante Saab deportivo. Definitivamente, era un hombre de gustos nórdicos.

—Viajo mucho a Escandinavia —dijo cuando le pregunté por esa cuestión—. Soy ingeniero de pozos petrolíferos, pero ahora estoy de vacaciones.

Mientras surcábamos lentamente la Vía Laietana, me hizo un resumen concentrado de su status quo: vivía solo en un apartamento de la zona alta, que no utilizaba más que un par de meses al año. Las dos jóvenes que le habían acompañado eran amigas del instituto.

—No tengo ocasión de echarme novia —dijo sin que se lo hubiera preguntado—. Con tanto ir y venir, lo máximo a lo que puedo aspirar es a un revolcón.

«Otro hombre solo», me dije pensando en todos los encuentros que había tenido desde que había empezado el año.

Estuvimos un rato en silencio, que aproveché para entregarme a mis cábalas entre luces borrosas de coches que nos adelantaban. Rebobiné y volví a reproducir mi lamentable escena con Gabriela en la plaza de los Ángeles.

Me parecía inconcebible que hubiera tenido lugar ese mismo día que estaba terminando. Habían pasado demasiadas cosas desde entonces: la huida al monte, la desaparición de Valdemar, la ilusión lunar, el encuentro con el pelirrojo y luego la estudiante...

El hecho de que en ese momento cruzara junto a él la noche de Barcelona demostraba que estaba viviendo aprisa —tal vez demasiado—, quemando etapas como si las horas se acabaran. Una prueba más de la relatividad del tiempo.

Aun así, intuía que la cosa no terminaba ahí. En mi carrera alocada de un evento al siguiente todavía me esperaban un par de sorpresas. Sin embargo, nada podría llenar el vacío que había dejado el fracaso con Gabriela.

Por suerte, el ingeniero me sacó del pozo de la melancolía.

—Cuando estoy en Barcelona suelo ir al café del cruce —dijo—. Hago escala allí antes de ir a comprar libros por el centro. Leo mucho porque paso cientos de noches al año en habitaciones de hotel. Y no soy nada televisivo.

—Pero ¿por qué siempre te quedas ahí diecisiete minutos? —pregunté súbitamente animado.

—Es un favor que os hago.

Mientras Rubén encendía un cigarrillo y yo rechazaba otro, pensé que no estaba menos chiflado que Valdemar. Siguió:

—Yo también soy observador, ¿sabes? Un mediodía me senté fuera y vi que el barbudo anotaba en un cuaderno el tiempo exacto que permanecía cada cliente en el bar. A partir de entonces decidí que siempre estaría diecisiete minutos. Era una especie de juego. Luego vi que tú también te dedicabas al cronometraje. He mantenido esa costumbre para no decepcionaros, como esos cantantes de los que el público siempre espera la misma canción.

—Es sorprendente que un ingeniero se dedique a esos juegos —dije algo decepcionado.

—El misterio es una necesidad de primer orden, como comer, beber o dormir. No podríamos vivir en un mundo en el que todo tuviera explicación. Ya hay muchos enigmas naturales, pero nunca sobra añadir alguno más.

—Podrías crear una ONG —dije burlón—. Misterios sin Fronteras.

—Eso vosotros. Siempre que os veía ahí sentados pensaba: «vaya tipos tan siniestros. ¿Qué asuntos deben de llevarse entre manos?». Primero pensé que erais unos perversos. Luego llegué a la conclusión que simplemente estabais locos.

Le di la razón en silencio. La reciente desaparición de Valdemar y los extraños tumbos que había dado mi vida los últimos meses demostraban que había abandonado la normalidad. Y lo mejor de todo era que no estaba dispuesto a volver a ella.

Hundí la cabeza en el cuero del asiento mientras decía:

—La relación que se ha establecido entre nosotros y tú es como la del físico cuántico y sus partículas. Estabas ahí diecisiete minutos porque era lo que nosotros queríamos ver.

—Exacto. Ya te lo he dicho: os hacía un favor.

—Mi duda es, entonces, cuántas cosas pasan de determinada manera porque nosotros lo queremos así. Por ejemplo, las personas que siempre temen lo peor y lo dicen a todo el mundo. Luego les sucede lo peor y se sorprenden. No se dan cuenta, pero en realidad estaban formulando un deseo.

—Un deseo cenizo.

—Puede que sí —admití—, pero tal vez la satisfacción por ver cumplida su predicción supera la catástrofe. Hay gente pesimista que necesita decir: «Ya te lo decía yo que esto pasaría.» Mi hermana y su marido son así.

El coche se detuvo frente a mi puerta y el ingeniero me despidió con una palmada en el hombro, como si yo fuera un jovencito alocado, aunque le llevase diez años.

—Por mí puedes batir tu propia marca en el café —le dije a modo de despedida—. La próxima vez tómate una segunda cerveza.

—La tomaré con vosotros —dijo antes de pisar el acelerador.

Cuando el coche hubo desaparecido, me quedé allí pasmado y algo triste. Ya no existía un «nosotros». Regresaba a casa más solo que nunca.

Decidí echar un último vistazo al sobreático. Tal vez Valdemar no hubiera huido y sólo hubiese salido a medir el fenómeno en campo abierto.

Pero encontré el estudio exactamente igual que lo había dejado. No pude resistir la tentación de volver a mirar por el telescopio, aunque tuve que regular la posición para encontrar la Luna.

Mientras las piernas se me doblaban de agotamiento paseé la mirada por los valles lunares, como si entre ellos pudiera encontrar algún rastro de mi amigo.

Con el ojo pegado al telescopio, en aquel momento desconocía que la aventura no había hecho más que empezar. El lunático había desaparecido, era cierto, pero preparaba una vuelta de tuerca que daría un nuevo giro de ciento ochenta grados al extraño mundo en el que yo acababa de ingresar.

Pero eso es parte de una segunda historia, y en la presente aún quedaban algunos cartuchos por quemar.

La muerte perdió el tren

Al volver a mi apartamento, ya de madrugada, me asaltó una fatiga invencible. Con la blanca Luna grabada en mi retina, me desplomé sobre la cama y me abandoné al sopor.

Si mi descanso nocturno no se hubiera visto interrumpido, jamás habría logrado recordar aquel sueño que iba a revolucionarlo todo. Habría despertado lentamente y el rastro del episodio nocturno se habría disuelto en un mar de conciencia.

Pero aún no eran las siete de la mañana cuando sonó el timbre de la calle, largo e insistente; alguien llamaba con urgencia. Y ese despertar abrupto me permitió recuperar la última escena de un sueño: Valdemar caminaba por el pasillo de mi casa con el manuscrito en la mano mientras seguía a Mishima, que le conducía hacia algún sitio.

Una segunda llamada acabó de borrar la escena y no conseguí saber dónde había llevado Mishima a Valdemar.

«Parece ser que ya ha vuelto de la Luna», me dije mientras saltaba de la cama, aún adormecido.

Pero al descolgar el interfono me llevé una sorpresa de campeonato, porque no era quien yo imaginaba. Una voz muy diferente dijo:

—Samuel...

¿Lo había oído bien? No podía ser que Titus estuviera ahí abajo. Sin embargo, aquella parecía su voz. Volví a aplicar la oreja al auricular. Era el viejo redactor en persona, y había perdido la paciencia, porque gritó:

—¡Abre de una vez y baja a ayudarme!

Igual que un niño que se reencuentra con su padre tras un largo viaje, bajé los escalones casi volando y me arrojé a los brazos de Titus, que destilaba felicidad aunque hiciera ver que estaba enfadado.

—Dijiste que te estabas muriendo —le recordé.

—No encontré otro modo de que me prestaras atención. Además, no he dicho nada que no sea verdad. Todos empezamos a morir desde que nacemos. Pero en el camino hay muchos renacimientos.

—Por lo tanto, ¿estás curado? —pregunté entusiasmado.

—Nadie está curado de nada, y menos a mi edad. Pero digamos que la muerte perdió el tren y llegará otro día.

Revelaciones

Enseguida intuí que la cosa no terminaba ahí. La insólita desaparición de Valdemar y el regreso al mundo de los vivos de Titus eran sólo la superficie de un proceso violento y soterrado, como un terremoto que se manifiesta de golpe, cuando ya no hay tiempo para huir.

De algún modo, Valdemar había salido para que Titus pudiera entrar, aunque no se conocieran entre sí. Y eso era sólo la punta del iceberg.

Ahora yo tendría que dar muchas explicaciones, como justificar que hubiera un telescopio en su cocina. Por eso me apresuré a acompañar al viejo hasta su apartamento, con el espíritu del guía turístico que muestra los cambios que se han producido en una ciudad y el porqué de los mismos.

Sin embargo, Titus no pareció encontrar mis explicaciones demasiado interesantes, porque cuando le señalé el armatoste de la cocina, se limitó a decir:

—Sí, ya lo veo, es un telescopio. No soy ciego, ¿sabes?

—¿Y no le sorprende que esté ahí?

—Valdemar me pidió permiso para instalarlo y se lo di. Por lo tanto, dejémoslo donde está.

No entendía nada, así que pregunté:

—¿Dice que le pidió permiso? ¿Cómo? ¿Es que lo conoce?

—Hemos hablado casi cada noche desde la primera vez que llamé desde el hospital y se puso al teléfono.

Aturdido, me pregunté por qué Valdemar, si vivía oculto, respondía un teléfono ajeno. La única explicación plausible era que en esa primera llamada hubiera pensado que yo lo llamaba desde el piso de abajo para darle algún recado.

El resto lo confirmó el propio Titus.

—Me explicó su situación a grandes rasgos y me pidió que no me enfadara contigo por haberle cedido el apartamento —dijo—. Le di permiso para permanecer aquí todo lo que quisiera.

—Parece ser que Valdemar y usted se hicieron amigos por teléfono. ¿Por qué no me lo dijo?

—Pensé que ya tenías suficientes preocupaciones. Yo llamaba al estudio pensando que te encontraría volcado en la tarea. Por él supe que no estabas dando ni golpe.

—¿Eso dijo? —exclamé avergonzado.

—Bueno, en realidad trató de disculparte. Dijo que estabas pasando por una mala racha, aunque no hablaras de ello. Ese hombre siempre sabe más de lo que dice.

—¿Dónde está ahora? —pregunté sin salir de mi sorpresa.

—¿Cómo quieres que lo sepa! Ayer le dije que llegaba esta mañana, pero que podía quedarse. Sin embargo, ya me imaginaba que esto sucedería. ¿Sabes? Valdemar es una perla: es capaz de hacer cualquier cosa por no molestar.

Serenitas

Hay vidas enteras que nacen y mueren sin que haya sucedido nada remarcable, y días que valen por toda una vida, porque no ganas para sustos.

Desde que me había levantado, parecía que cualquier cosa que me hubiera reservado el destino tenía que llegar forzosamente esa misma jornada. Era como si todo se desmoronara a mi alrededor, como si caminara sobre arenas movedizas y los acontecimientos, más fuertes que mi voluntad, fueran a tragarme de un momento a otro.

A fin de contrarrestar esa vorágine, me había decidido a frenar el tiempo para no morir con la embestida. Tras la revelación de Titus, volví a mi casa con la decisión de no preocuparme. Es decir, me ocuparía de cada catástrofe en el momento en que se produjera, nunca antes.

Un artículo sobre Mendelssohn de una revista a la que estaba suscrito me animó a poner nuevamente las *Romanzas sin palabras* por Barenboim, después de varios días de censura.

Tumbado en el sofá como un haragán, me entregué a la lectura de lo que era un pequeño ensayo literario sobre el compositor. Venía firmado por un tal Andrés Sánchez Pascual y me pareció espléndido. Definía así su música:

El placer que procura no es fácil, trivial o grosero, sino que es un placer mucho más sutil, lleno de melancolía, y quizá tiene su expresión más exacta en el vocablo latino *serenitas*.

El artículo ahondaba luego en la relación entre Goethe y Mendelssohn, cuando este último sólo tenía doce años pero ya brillaba como pianista y compositor. En su mansión de Weimar, el escritor consagrado obligaba a tocar a su invitado hasta ocho horas diarias.

De hecho, sólo Mendelssohn logró, años después, que Goethe apreciara la música de Beethoven, un compositor del que no quería saber nada. Tras interpretar para él —que contaba ya ochenta años— el primer tiempo de la *Quinta sinfonía*, el literato tuvo que reconocer que aquello era «enorme».

Sonaba ya el segundo gondolero cuando llegué a una curiosidad sobre las *Romanzas sin palabras*. Cuando en 1842, un pariente de su esposa le preguntó qué había querido decir con esas piezas breves, contestó así por carta:

Se habla mucho sobre música, pero se dice muy poco. Creo que las palabras son incapaces de hacerlo, y si yo creyera que son capaces dejaría de escribir música [...]. Lo que me dice una música que amo no son para mí pensamientos demasiado imprecisos para expresarlos con palabras, sino justamente pensamientos demasiado precisos para que las palabras puedan transmitirlos.

La jaula húmeda de la Luna

Toda la *serenitas* se fue al traste cuando sonó el timbre de la puerta. Un fuerte carraspeo me hizo saber, antes de abrir, que detrás me esperaba Titus con alguna novedad.

Le invité a pasar mientras el viejo redactor me daba palmaditas cariñosas en la espalda, lo cual no era nada habitual en él. Llevaba bajo el brazo una carpeta con gomas.

—¿Le molesta la música? —dije bajando el volumen.

—Lo que me molesta es que seas tan modesto.

—¿Por qué lo dice? —pregunté mientras me recostaba nuevamente en el sofá.

Titus tomó asiento en el sillón y dijo:

—El *Pequeño curso de magia cotidiana* ha quedado magnífico. Felicidades. Mañana mismo estará en la mesa del editor. Te entregaré el importe íntegro del trabajo, no acepto una negativa en ese sentido.

—Pero... ¿de qué diablos está hablando? No recuerdo haber redactado más de quince páginas.

—Pues yo he contado ciento veintiocho —dijo abriendo la carpeta llena de folios impresos—. No sólo eres modesto, sino también bastante mentiroso por lo que parece.

—Déjeme ver —pedí, y le arranqué el pliego de folios para comprobar que no me estaba tomando el pelo.

Mientras pasaba las páginas a toda velocidad comprobé que, por inexplicable que fuera, el trabajo estaba pulcramente finalizado. Cada uno de los siete capítulos —incluido el de «amor en minúscula»— contaba con casi una veintena de páginas llenas de pasajes inspiradores.

La antología se cerraba con un verso tradicional celta, que tenía la virtud de acercar el libro a las oscuras investigaciones de su verdadero autor:

*No temas la magia de los druidas,
tú también eres un mago hábil.
Puedes convocar a los espíritus de la noche,
y enjaular a la Luna en un charco.*

Sin salir de mi estupor, le devolví las hojas a Titus y le dije:

—Entregue el dinero a Valdemar si es capaz de encontrarlo. Esto es sin duda obra de él.

Durante el resto de la tarde expliqué al viejo cómo conocí a Valdemar en el café, su accidente en la Patagonia y la misteriosa gente del andén, su llegada de madrugada y nuestras conversaciones nocturnas.

Titus seguía mi relato asintiendo sin prestar demasiada atención, como si ya conociera muchos de esos detalles. Sin embargo, cuando llegué al episodio de la borrachera, el macuto vacío y el sueño del que él mismo me había despertado, pareció súbitamente interesado.

—¿Y dices que, en el sueño, Valdemar seguía al gato con el manuscrito en la mano?

—Eso mismo —respondí mirando a Mishima, que se restregaba alegre contra la alfombra—. ¿No es extraño?

El viejo estalló en una carcajada antes de decir:

—Lo que es extraño es tu poca perspicacia. Me sorprende que no entiendas un mensaje tan claro. El gato te está mostrando en el sueño el escondite del manuscrito de Valdemar. Por ahora es todo lo que queda de él y sus investigaciones. Por lo tanto, nuestra obligación es buscarlo y custodiarlo.

—Escondite —repetí—. Ésa es la palabra clave. Todas las veces que han venido a vacunar a Mishima, él se ha ocultado en un lugar donde nunca le he encontrado.

—Donde cabe un gato... —empezó Titus.

—... cabe un manuscrito —acabé yo—. El problema es que no he logrado descubrir dónde está el escondite.

—Dejemos que él mismo nos lo muestre —propuso—. Bastará con que llames al veterinario. Yo mismo le seguiré.

Era una idea tan buena y simple que costaba creer que funcionaría. Aun así, hice lo que me pedía. Tomé el teléfono y marqué el número de la clínica veterinaria. Tras unos segundos de espera surgió la voz de Meritxell al otro lado de la línea.

—Buenas tardes. Tengo un gato que se llama Mishima y necesita vacunas —dije poniendo el énfasis en las palabras «Mishima» y «vacunas».

Observé de reojo que el felino se desperezaba y se marchaba disimuladamente por el pasillo, mientras Titus lo seguía a distancia.

—¿Te estás burlando de mí? —dijo Meritxell—. ¿O es que has pasado demasiado tiempo con tu vecino?

—Ya te lo explicaré —respondí en voz baja, y colgué el auricular para sumarme a la expedición de Titus.

El viejo se había detenido junto a la puerta de un armario empotrado donde colgaba los trajes que no me ponía. Acercó el índice a los labios para advertirme de que no hiciera ruido.

—Se ha metido ahí dentro —susurró.

Nos miramos mutuamente, como si cada uno esperara instrucciones del otro para actuar. Finalmente me decidí a abrir el armario, que no cerraba del todo, para desvelar el gran misterio.

A primera vista, ahí sólo había dos trajes viejos y un estante superior con una caja de zapatos llena de polvo. Al sacarla noté que estaba vacía; no se había metido ahí dentro. Pero la caja tapaba, para mi sorpresa, un hueco en la pared.

Y allí estaba: Mishima redondeó los ojos, como asombrado de que hubiéramos dado con su escondite. El trabajo sería suyo ahora para encontrar otro.

Quise agarrarlo pero saltó hábilmente y echó a correr por el pasillo. Efectivamente, el manuscrito estaba allí. La caja de zapatos ocultaba a Mishima, que a su vez ocultaba el manuscrito.

Se lo entregué a Titus, que lo acogió como si de un precioso legado se tratara. Ruborizado por la emoción, dijo:

—Puesto que Valdemar ha vivido en mi casa, permíteme que guarde el manuscrito. Quién sabe si necesitaré del telescopio para corroborar algún dato.

—Es todo suyo.

—Te convoco esta noche para estudiarlo juntos, si te parece. Quizá nos dé las claves de dónde podemos encontrar a su autor. Hay muchas cosas que aún no sabes sobre él.

La rosa del poeta

Tan pronto como Titus se hubo marchado, me tumbé en la cama con la esperanza de que una siesta tardía me ayudara a digerir lo vivido.

Eran las seis de la tarde y el dormitorio se hallaba ya a oscuras. Mishima estaba dolido porque le habíamos ganado la partida —aunque sólo provisionalmente— y no me acompañó esta vez.

Al tender las piernas, las agujetas me pasaron factura por los excesos del día anterior. Pero cuando estás tan cansado a veces no consigues dormirte, y eso mismo me sucedió. Permanecí una hora larga en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño, esa especie de limbo en el que uno deja el cuerpo atrás y el pensamiento divaga sin pensar en nada concreto.

Los maestros de meditación recomiendan lo siguiente cuando intentas poner la mente en blanco y acude un pensamiento: lo consideras una nube a la que etiquetas como «pensamiento» y luego la dejas pasar sin juzgarla. Los pensamientos no son ni buenos ni malos, sólo son pensamientos. Sólo los actos cuentan.

Yo había alcanzado sin pretenderlo ese estado meditativo neutro, aunque me hallaba muy lejos de comprender la vida o mi papel en ella. En cualquier caso, ese limbo me mantenía alejado del mundo y de mis propios anhelos hasta que hubiera que volver a la carga.

La ilusión de no ser nada —y saber aún menos— se desvaneció al abrirse suavemente la puerta del dormitorio. Un maullido en la oscuridad me dijo que Mishima ya no estaba enfadado y reclamaba mi atención.

Salté de la cama suponiendo que le faltaba comida o agua, o que quería que limpiara su lavabo. También es muy exigente con eso. Sin embargo, al pasar revista a todas estas cosas vi que estaban en orden. ¿Por qué me había despertado, entonces?

Un gato siempre tiene sus razones; otra cosa es que sepamos captarlas.

Mientras me tambaleaba en la cocina, dudando entre preparar o no café, advertí que había un folio sobre la alfombra. Debía de haberse escapado de la carpeta de Titus —oficialmente de Francis Amalfi— y yacía abandonado a su suerte.

Lo que llevaba vivido desde el inicio del año me decía que si había quedado esa hoja ahí, en lugar de cualquier otra, sería por algún motivo. Por lo tanto, la recogí y me senté a leerla en el sofá esperando una nueva revelación.

Formaba parte de las secciones «El corazón en la mano» y era una anécdota supuestamente verídica sobre la primera estancia en París del joven Rainer Maria Rilke:

El poeta solía pasear —acompañado de una muchacha— por una plaza donde había una mendiga con la mano extendida. La mujer siempre estaba sentada en el mismo lugar, sin mirar a los paseantes ni implorarles limosna, y tampoco mostraba agradecimiento cuando recibía algún donativo. Aunque su amiga a menudo la obsequiaba con una moneda, Rilke nunca daba limosna a la mujer. Una vez, la joven preguntó al poeta el motivo por el que no le daba nada, a lo que éste respondió:

—Es su corazón el que necesita un regalo, no su mano.

Unos días después, Rilke depositó una rosa en la mano agrietada de la mendiga. Entonces sucedió algo inesperado: la mujer levantó la mirada y, tras besar efusivamente la mano del poeta, salió del lugar blandiendo la rosa. El rincón de la mendiga permaneció vacío durante toda una semana, transcurrida la cual volvió a ocupar su sitio.

—Pero ¿de qué ha vivido todos estos días, si no ha estado en la plaza pidiendo? —preguntó la muchacha.

A lo que Rilke respondió:

—De la rosa.

Se cierra el círculo

Sin preocuparme de devolver el folio extraviado a Titus, de repente me encontré en la calle, resuelto a llegar hasta el centro por mi propio pie.

Era una de esas decisiones que sólo se entienden mucho después de ser tomadas. De alguna manera había asumido que el *leitmotiv* del día era: «Cualquier cosa puede suceder», así que resolví bajar hasta la tienda de música clásica antes de que cerrara.

El regreso de Titus, la desaparición de Valdemar y el hallazgo de su manuscrito hacían planear sobre mi vida suficientes incógnitas, de modo que me decidí a solucionar algo que sólo dependía de mí. Puesto que había ofendido a Gabriela, estaba obligado a pedirle disculpas. Sólo así cerraría aquel doloroso asunto.

Esta vez no precisaría de ninguna escenificación especial. Me limitaría a entrar en la tienda de discos, disculparme ante Gabriela por mi actitud y desearle buena suerte. Si era capaz de hacer eso y sólo eso, el orden quedaría restablecido. Antes o después, la herida del amor se cerraría y volvería a mi solitaria calma.

Los últimos eventos auguraban un tiempo de tormentas para el que necesitaría contar con todas mis fuerzas.

Llegué a mi destino cuando Gabriela estaba bajando la persiana metálica. Me detuve a unos tres metros para no invadir su espacio. Antes de que me descubriera allí, hice acopio de toda la *serenitas* del mundo y repetí mentalmente la disculpa que tenía preparada.

Sin embargo, cuando se giró y me fulminó con sus ojos rasgados, me quedé mudo. Estaba preparando ya una versión abreviada de mi disculpa cuando se adelantó.

—Te estoy llamando desde ayer y comunicas todo el tiempo —dijo—. ¿Por qué haces estas cosas? Me tenías preocupada, ¿sabes?

Tras el estupor inicial, recordé que dos días antes había desconectado el teléfono y el contestador durante la merienda. Sólo ahora me daba cuenta de que no lo había vuelto a conectar. Un despiste así sólo puede sucederle a alguien que nunca recibe llamadas.

—Da igual —dijo ella al ver que no respondía—, lo importante es que estás bien. Tenía miedo de que hubieras cometido alguna locura.

—Bueno, de hecho cometí una —respondí mientras bajábamos por las Ramblas—. Atravesé toda Barcelona a pie hasta llegar a los bosques del Tibidabo.

—¿Y luego qué hiciste?

—Luego bajé.

—¡Eso sí que ha sido una aventura! —dijo burlona.

—Mis aventuras son de ese calibre: minúsculas.

Seguimos caminando en silencio, dentro del silencio que puede haber en la calle más transitada del mundo. ¿Qué diablos hacíamos ahí? ¿Es que no había otros lugares donde pasear?

Como respondiendo a mi pregunta, en aquel momento Gabriela me tomó de la mano y me condujo hacia una acera lateral. Ahora era yo quien se dejaba llevar como un muerto, mientras ella apretaba dulcemente mis dedos, como una niña que quiere mostrarle a su padre algo que ha descubierto.

Entramos por una portalada de piedra que daba acceso a una librería de arte. Un cartel indicaba que en el piso superior había una exposición dedicada a Frida Khalo. El póster reproducía la última pintura de esta artista mexicana, justo antes de morir con terribles dolores. Muestra una sandía abierta donde se ha marcado a cuchillo: VIVA LA VIDA.

—¿Quieres ver la exposición? —le pregunté cerrando su mano en la mía.

—Quiero que veas algo —repuso y tiró de mí hasta el fondo del recinto y luego a la derecha, por un pasaje oscuro y húmedo que nos obligaba a agacharnos.

De repente me encontré agazapado, junto a Gabriela, bajo la misma escalera donde nos habíamos conocido treinta años antes.

Varias preguntas trataban de abrirse paso en medio de mi confusión. ¿Cómo habíamos llegado hasta allí? La transformación de aquel palacio en centro de exposiciones había hecho que no lo reconociera de buen principio. Por otra parte, como no había vuelto desde niño, en mi recuerdo todo tenía unas dimensiones mucho mayores.

Mientras Gabriela me miraba pícaramente, me asaltó una duda: ¿había fingido ella todo el tiempo y recordaba lo mismo que yo? ¿O había recuperado el episodio a través de un sueño, como mi revelación sobre el manuscrito?

Con la respiración agitada, renuncié a las preguntas, ya que había aprendido que rara vez conducen a respuestas. Las preguntas sólo engendran más preguntas. Como decía Mendelssohn, las cosas verdaderamente importantes no pueden expresarse con palabras.

—Cierra los ojos —me susurró Gabriela en la penumbra, mientras acercaba su cara a la mía.

Hice lo que me pedía y, un segundo después, un aleteo casi imperceptible tocó mi mejilla. Se había cerrado el círculo.

Abrí los ojos temiendo despertar de un sueño. Pero Gabriela seguía allí y me sonreía con mirada desafiante. Concluí:

—Supongo que aquí acaba la historia.

—Al contrario, es ahora cuando comienza —dijo mientras sus labios viajaban lentamente hacia los míos, como dos planetas condenados a colisionar por efecto de la gravedad.

Agradecimientos

A Marisa Tonezzer y Teresa González.

A Fernando Haro, mi hermano chileno.

A Miquel de Loles.

A todo el departamento de Filología Alemana de la Universidad de Barcelona.

A Zinka Carandell, Heidi Grünewald y Anna Rossell, que me enseñaron a amar el alemán.

A ti, que sostienes este libro, por compartir la aventura.

Notas

1. Del inglés, «Tienen un nombre para eso».